

Mabel Diaz

UN AMOR DE CINCO ESTRELLAS  
A CITY OF LOVE: VOL. 3

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, abril 2019

© 2019 Mabel Díaz

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para Teresa Lozano y Verónica Antonio.

# Capítulo 1

Erika observaba por la ventanilla del avión el paisaje montañoso de la costa dalmata, con laderas que llegaban hasta el mar. Era espectacular ver desde el aire la ciudad amurallada de Dubrovnik, el Adriático bañándola y el sol dotando a sus pequeñas playas de una luminosidad magnífica. El avión volaba bajo, por lo que acertó a ver que los estrechos sitios aptos para el baño eran de piedra y canto rodado. Pensó que se encontraría con grandes extensiones de arena en las que poder broncearse; sin embargo, la orografía del terreno era bien distinta.

Divisó la corta pista de aterrizaje entre dos laderas y al fondo el aeropuerto de hormigón y cristal. Pudo ver también en uno de los campos a un pastor con las ovejas. Aquello le hizo gracia y sonrió.

A pesar de que la Perla del Adriático, como era conocida la medieval Dubrovnik, era un reclamo turístico importante, con visitantes de muchos países desde marzo hasta noviembre, algunas personas conservaban todavía profesiones de tiempos añejos.

Le gustaba esa combinación de modernidad y tradición, y estaba convencida de que sus días en Croacia los iba a disfrutar al máximo.

Se desabrochó el cinturón con las prisas por bajarse del avión y comenzar con su visita lo antes posible, sin esperar a que este terminase de rodar por la pista de aterrizaje. Cuando el aparato llegó al final, frenó de golpe y Erika se estampó contra el asiento de delante con fuerza.

Al desincrustarse de él, notó cómo algo caliente salía de su apéndice nasal. Se tocó con los dedos y los descubrió con sangre.

—Pues sí que empezamos bien —murmuró, para sí misma.

Echó la cabeza hacia atrás mientras buscaba en su bolso un pañuelo desechable para taponarse la nariz.

—Mierda. ¿Por qué nunca están las cosas donde deberían? —masculló, revolviendo en el bolso.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó en inglés el hombre que viajaba a su lado.

—Sí, sí, no es nada, tranquilo —contestó ella, en el mismo idioma.

—¿Llamo a una azafata?

—No. No se preocupe. En cuanto encuentre el dichoso pañuelo...

En ese momento sus dedos tocaron la suave celulosa y lo sacó rápidamente para cubrirse la nariz.

—Ya está —le dijo al hombre—. Solucionado.

Mientras esperaba que los pasajeros desembarcasen, ella se entretuvo presionando para cortar la hemorragia. Cuando lo consiguió, abandonó el avión y se dirigió hacia la zona donde estaba la cinta portaequipajes para recoger su maleta.

Una vez fuera del aeropuerto, anduvo hacia el autocar que la llevaría a su hotel. Cargó la maleta en los bajos del vehículo junto con las del resto de turistas y escogió un asiento al lado de la ventana. Al mirarse en el reflejo del cristal se dio cuenta de que algunas gotas de sangre le habían caído en la blusa, ensuciándosela.

—Genial —murmuró con sarcasmo—. A ver si llego pronto al hotel y me cambio.

En los veintidós kilómetros que separaban el aeropuerto de la ciudad vieja de Dubrovnik, Erika comprobó el daño que había hecho la guerra de los Balcanes a la población extramuros. A pesar de haber sido reconstruida, aún quedaban vestigios de las cruentas batallas que allí tuvieron lugar. Aunque quedaban pocas casas destruidas y abandonadas, Erika sintió que el corazón se le encogía de dolor por todo el sufrimiento que debió padecer aquella gente con la masacre y limpieza étnica que se llevó a cabo.

Recordó haber escuchado a sus padres comentando las noticias que daban en la televisión, en su casa de Madrid, lamentándose por todos los muertos, heridos, gente que se había quedado sin hogar, que pasaban hambre y penurias, de uno y otro bando. Ella era entonces una niña y no entendía bien lo que decían sus progenitores, pero ahora se daba cuenta, viendo todo aquello, de lo que hablaban.

Cerró los ojos unos segundos y suspiró. No quería llevarse ese recuerdo de Dubrovnik, a pesar de que la realidad había sido esa y la tenía allí presente.

De pronto, el autobús comenzó a dar frenazos cortos, a embalarse y adquirir velocidad, a frenar de nuevo y Erika maldijo al conductor que tan

mal estaba dirigiendo el vehículo. A ese paso, conseguiría que se mareasen todos los pasajeros.

En medio del revuelo por las quejas de algunos, el autocar frenó en seco y ella se estampó de nuevo contra el asiento de delante.

—Joder... ¿Pero es que me voy a comer todos los asientos hoy? — masculló, recordando el golpe en el interior del avión.

Con rapidez sacó el mismo pañuelo de antes al sentir que otra vez la sangre manaba de su nariz.

—Menos mal que me lo guardé en el bolsillo del pantalón, que si no... —dijo, hablando consigo misma como solía hacer muchas veces.

Su soliloquio se vio interrumpido por la atronadora voz del conductor, que informaba a los pasajeros de que el autobús había sufrido una avería y tenían que bajarse.

Todos salieron al exterior para recoger sus equipajes y después preguntaron a qué distancia quedaban sus respectivos hoteles. El chófer les indicó amablemente que podían ir caminando, pues la mayoría estaba cerca de donde habían parado.

Cuando Erika le preguntó por el suyo y el señor respondió, se le cayó el alma a los pies. Sabía que la mayoría de hoteles estaban a las afueras de la ciudad vieja y que el suyo era uno de ellos, pero nunca imaginó tener que cubrir los dos kilómetros que la separaban de su alojamiento subida a unos tacones de diez centímetros y arrastrando una maleta. Si se hubiera calzado sus zapatillas de deporte podría caminar más cómoda, pero no era el caso.

Sacó su móvil para llamar a un taxi y descubrió que estaba sin batería. Claro, se había pasado todo el vuelo usándolo...

Pensó en abrir la maleta y sacar sus Adidas, calzárselas y guardar los zapatos, pero le dio vergüenza hacer eso en mitad de la calle. Además, debía darse prisa si no quería que la noche se le echara encima. El vuelo había salido con retraso y llegaba más de dos horas tarde al hotel. Así que, inspiró profundamente, se armó de valor y se dirigió a su destino taconeando.

Aleksandar conducía su coche de camino al trabajo pensando en cómo iba a organizar a los camareros esa noche. Era el *maître* de un hotel de lujo y

su función consistía en supervisar el correcto funcionamiento de los distintos restaurantes con los que contaba el alojamiento de superlujo.

Con dos personas menos, uno despedido recientemente y otro de baja por una lesión en la mano, tenía que hacer cábalas para atender correctamente a los clientes. La dirección del hotel no había querido contratar a nadie para sustituir a los que faltaban, escudándose en que no era necesaria tanta mano de obra en los comedores. Pero la temporada alta había comenzado, ya estaban en junio, y estas reducciones de personal siempre complicaban las cosas.

No estaba en exceso preocupado ya que, en sus diez años en el hotel, se había visto en esta situación varias veces y sabía cómo solventarlo.

Rebasó a un autocar de turistas vacío que estaba parado en el arcén y pitó para saludar al chófer, a quién conocía. El hombre le devolvió el saludo alzando la mano y Aleksandar correspondió de igual manera. Seguramente el vehículo se había averiado y el conductor estaba esperando a que la grúa lo remolcase. Observó el desfile de pasajeros del autobús andando hacia sus respectivos destinos mientras seguía su camino.

Un poco más adelante, enfundada en unos pantalones pitillo de flores y una camisa celeste de manga francesa, caminaba una morena, muy delgada, subida a unos taconazos y arrastrando una maleta de ruedas. Pensó que cuando llegase a su destino, la pobre chica tendría destrozados los pies, así que se apiadó de ella y detuvo el coche justo a su altura.

—Perdona, ¿vas muy lejos? —preguntó en inglés, a través de la ventanilla bajada—. Si quieres puedo llevarte.

Ella se giró, creyendo que sería algún taxista, pero al ver un coche particular continuó su camino como si no le hubiese escuchado.

Aleksandar creyó que no le había entendido o no le había oído bien, por lo que reanudó la marcha a una velocidad baja y volvió a repetirle la misma pregunta cuando se puso de nuevo a su altura, esta vez más despacio y vocalizando correctamente.

—No, gracias —contestó la joven, en el mismo idioma y sin detenerse.

—¿En qué hotel te alojas? Puedo acercarte. De verdad que no me importa —insistió él.

—Te he dicho que no.



—Tus pies me lo agradecerán, te lo aseguro —comentó Alek, con una sonrisa en la voz mientras recorría con los ojos sus largas piernas hasta llegar a las uñas pintadas de rosita.

Erika sabía que el hombre tenía razón, pero no iba a subirse al coche del primer desconocido que le prestara auxilio en un país extranjero. Aunque le habían asegurado que Dubrovnik no era un lugar peligroso para el turista, ella no era tan osada como para hacer algo así por muy bueno que estuviera el madurito atractivo que la estaba siguiendo con su coche.

Lo único que deseaba era que dejase de insistir y poder llegar al hotel lo antes posible.

—Mis pies a usted no le importan —soltó muy seria en inglés, para ver si así el desconocido la dejaba en paz.

—Venga, no seas así. Te vas a destrozar los pies con esos tacones. Déjame que te acerque hasta tu hotel.

—He dicho que no. —Erika elevó la voz un par de tonos, negándose con contundencia y, en castellano, añadió un poco más bajo—. Viejo verde gilipollas.

El insulto le escoció a Alek. Él solo pretendía ser cordial y educado con una visitante de su ciudad y que se llevase un buen recuerdo de la amabilidad de los ragusianos, pero aquella esmirriada jovencita le había faltado al respeto con su grosería. Había entendido perfectamente lo que le había dicho en castellano, puesto que él también conocía el idioma. Y aunque comprendía que no era muy lógico abordar a una mujer desde un coche mientras estaba oscureciendo, tampoco era para que la chica se mostrase tan desagradable.

Además, él no era tan viejo. Acababa de cumplir cuarenta años y estaba en muy buena forma. Hacía ejercicio con regularidad y las canas que salpicaban su cabello le daban un aire más interesante que cuando tenía veinticinco. Al menos, eso era lo que le decían las mujeres con las que se relacionaba.

Herido en su orgullo masculino, decidió no dejar pasar la afrenta. Alguien debía darle un escarmiento a esa chiquilla insolente.

—¡Sácate el palo del culo, estirada! —gritó en castellano, con toda su mala leche.

Aceleró el vehículo y salió de allí volando.

Erika se detuvo sorprendida al escuchar la frase en su mismo idioma. Apretó los dientes por la ofensa y rezó para no volver a encontrarse con ese imbécil. De lo contrario, no respondería de sus actos.

## Capítulo 2

Alek llegó al hotel con el tiempo justo de cambiarse la ropa de calle por el traje negro que usaba para recibir a los clientes en la puerta del comedor. Mientras se deshacía de sus prendas, entró su amigo y subordinado Pavle. Lo saludó, pero Alek no correspondió.

—¿Qué te pasa? —preguntó, al verlo con el ceño fruncido cuando él siempre se mostraba sonriente.

—Que viniendo hacia aquí me he encontrado con una estirada a la que le he ofrecido mi ayuda y ella no solo se ha negado, sino que me ha insultado, ¿te lo puedes creer?

—A ver, cuéntamelo con más detalle —pidió Pavle.

Alek le relató toda la conversación con la joven.

—Es normal que se haya mostrado intimidada. Está en un país extranjero, la aborda un desconocido al caer la tarde... Lógico que no haya querido subir contigo al coche —comentó su amigo.

El *mâtre* se detuvo con los pantalones del traje en la mano y miró muy serio a su compañero.

—¿Y era necesario que me insultara? —quiso saber enfurruñado.

—Quizá has sido demasiado insistente.

—Solo pretendía ayudarla.

—Deberías haberla dejado tranquila la primera vez que te dijo que no —replicó Pavle.

Como su amigo no le daba la razón y no quería discutir con él, Alek optó por cambiar de tema.

—Oye, ¿sigue en pie lo de mañana?

—¿Qué es lo de mañana? —preguntó Pavle intrigado.

—La salida en kayak. No me digas que te has olvidado.

—No, tranquilo. Era a las cinco, ¿verdad?

—A las cuatro y media —replicó Alek, sacudiendo la cabeza a un lado y al otro.

—Cuatro treinta. De acuerdo.

—No me dejes tirado otra vez ni tampoco llegues tarde —pidió el *maître* a su amigo.

—¿Cuándo he hecho yo eso? —Pavle se hizo el ofendido.

—¿Empiezo a contar? Tengo una lista muy larga.

Pero su amigo le hizo un gesto con la mano para que dejara el tema.

—¿Estás listo ya? —quiso saber Pavle, mirando cómo Alek se arreglaba el nudo de la corbata.

—Listo —contestó el *maître*, con una sonrisa de oreja a oreja.

Los dos hombres salieron del vestuario y se encaminaron hacia la zona de restauración del hotel.

Erika llegó al hotel agotada y maldiciéndose a sí misma porque no se le hubiese ocurrido decirle al conductor o algún pasajero que le dejase su teléfono para llamar a un taxi. ¿Cómo no lo había pensado antes? Los pies le dolían por la caminata y estaba deseando quitarse los zapatos, darse un buen baño y cenar algo. Además, notaba una pequeña molestia en la nariz por los dos impactos recibidos. Esperaba que no se le hinchase y se le pusiera como una morcilla de Burgos.

El edificio era una construcción de varias plantas de altura, con vistas al mar. La fachada, de color arena, estaba dividida en balcones para que los huéspedes pudiesen disfrutar de las maravillosas panorámicas de Dubrovnik.

Cuando se abrieron las puertas automáticas y Erika sintió el frescor del aire acondicionado suspiró satisfecha. Estuvo tentada de tirarse sobre los sofás blancos que presidían la entrada, pero se dijo que lo mejor sería hacer el *check in* lo antes posible y subir a la habitación para descansar. Sopesó la idea de pedir que un botones la llevase en brazos, pero sabía que eso iba a ser imposible. La recepcionista pensaría que estaba loca o la tomaba el pelo.

Se detuvo unos segundos para mirarse en un espejo. Tenía una pinta horrible. Con el pelo pegado a la cara por el calor y con manchas de sudoración debajo de las axilas parecía que acabase de correr un maratón. Además de las gotas de sangre seca en su camisa celeste —gracias a Dios la nariz conservaba su aspecto de siempre— y las mejillas ruborizadas por el bochorno. Creyó que en junio no haría tanto calor en Dubrovnik; sin

embargo, se había equivocado de lleno.

A pesar de esto, notó el sudor frío y cómo se le nublaba la visión, acompañado del ligero mareo que precedía a una bajada de azúcar. Necesitaba glucosa y la necesitaba ya.

Abrió el bolso con manos temblorosas para sacar un par de azucarillos y tomárselos. No quería caerse redonda en mitad de la recepción del hotel y asustar a los empleados y clientes que allí estaban.

Cuando se sintió mejor, terminó de cubrir la distancia que la separaba de recepción para hacer el *check in*.

—Buenas noches. Tengo una reserva a nombre de Erika Bravo —dijo en inglés a la joven que estaba al otro lado del mostrador.

—El *check in* es de dos a ocho de la tarde —comentó con mala cara y con gesto altivo—. Son las nueve y media. Lo más seguro es que su reserva ya no sea válida.

Erika supo que aquella chica iba a darle problemas. Se armó de paciencia e inspiró profundamente.

—Mi avión ha salido con retraso y, para colmo, el autobús que nos traía desde el aeropuerto se averió a dos kilómetros de aquí. He tenido que recorrer esa distancia andando con unos tacones de diez centímetros, lo que me ha obligado a caminar más despacio y...

—¿Y por qué no llamó a un taxi? Además de habernos avisado a nosotros para comunicar que llegaría tarde —soltó la joven rubia, mirándola con desdén.

—Me quedé sin batería en el móvil —bufó Erika, observando la placa que mostraba el nombre de la chica. Se lo apuntaría para poner una queja por lo borde que estaba siendo y el trato dispensado.

«Milka», leyó y al instante se acordó del anuncio del chocolate con ese nombre en el que aparecía una vaca de color lila pastando en el campo. Desde luego, el gran pecho de la chica no distaba mucho de las ubres de este tipo de animal y Erika, al hacer la comparación, no pudo evitar reírse.

Mientras, la recepcionista había tecleado en su ordenador los datos que Erika le había dicho para comprobar si su reserva seguía en vigor.

—Lo lamento —dijo sin un ápice de sentirlo de verdad—, pero su habitación ya está ocupada por otro huésped.

—Eso no puede ser.

—Me temo que sí, señorita Bravo. Las normas del hotel indican que el *check in* es de dos a ocho y usted ha llegado a las nueve y media. Por lo tanto, su reserva se ha cancelado y esa habitación ha sido asignada a otro cliente.

La sonrisa y el tono altivo con que le comentó esto hicieron que a Erika le diesen ganas de arrearle un buen tortazo, pero se contuvo.

—¿Cómo que se ha cancelado? Esa habitación se ha pagado por adelantado para toda una semana. ¡No puede cancelarla y dársela a otra persona!

—Lo siento, pero las normas del hotel...

—¡Me importan una mierda las normas del hotel! —gritó, cortando la respuesta de la rubia tetona—. ¡Quiero mi habitación!

—Pues no se la puedo dar. Usted ha llegado tarde. Tendrá que buscar otro alojamiento.

La chica se cruzó de brazos para reforzar su negativa, con una amplia sonrisa falsa en la boca. Podía haberle ofrecido otra habitación ya que el hotel no estaba completo, pero no tenía ganas de trabajar esa noche.

La sonrisa se le heló cuando escuchó a Erika decir:

—Muy bien, Milka. Ahora mismo voy a poner una reclamación y también quiero hablar con el director del hotel o, en su defecto, con el subdirector. Y si no están ninguno de los dos, hablaré con el jefe de Reservas o el jefe de Relaciones Públicas. Me he alojado en suficientes hoteles como para saber lo que debo hacer en estos casos. Además, como habrás comprobado conozco a la perfección el organigrama de un hotel y sé a quién debo recurrir. Te voy a meter tal paquete que se te va a caer el pelo y no volverás a trabajar en este hotel ni en ningún otro en lo que te queda de vida.

La joven la observaba con los ojos como platos y Erika se apresuró a dar la estocada final.

—Sabes que puedo hacerlo. Un cliente descontento es malo para la reputación del hotel. Además de todo esto, puedo poner una estrella en todas las páginas de opiniones en las que aparezca el Ragusa Princess Palace y hacer una mención especial a una recepcionista llamada Milka. —Hizo una pausa mientras se deleitaba con la mirada de rencor de la chica y añadió—. Puedo hacer todo eso o... tú puedes mover el culo y teclear en tu ordenador

con esos deditos de uñas rojo pasión para darme otra habitación de las mismas características que la que había pagado, ya que la mía está ocupada. Reconozco que he llegado tarde y que las normas del hotel son como son, pero tú no estás haciendo tu trabajo adecuadamente, así que, si no quieres que te despidan...

Dejó la frase en el aire porque sabía que si la chica era un poco lista haría lo que ella le estaba pidiendo.

Milka agachó la cabeza y miró al teclado. Segundos después comenzó a escribir y cuando terminó le devolvió a Erika su documento de identidad junto con la tarjeta-llave de una habitación.

—Habitación 504. Que tenga una feliz estancia en nuestro hotel y bienvenida a Dubrovnik —masculló, mordiendo cada palabra que salía de su boca.

Erika no se molestó en darle las gracias. Guardó su DNI, agarró la llave y la maleta y, al darse la vuelta para dirigirse hacia los ascensores, chocó contra un torso masculino enfundado en un traje negro.

Debido al impacto, rebotó hacia atrás, tropezando con su maleta. Los tacones la desestabilizaron, ayudando a que cayese de culo al suelo. Soltó una maldición al levantar la vista y ver contra quién había chocado.

—Joder... —murmuró en voz baja.

—Perdone, señorita —dijo el hombre con un brillo de diversión en los ojos.

Aleksandar había reconocido a la española estirada de hacía un rato. ¿Se alojaría en el hotel? Tenía toda la pinta de que sí. Sintió el impulso de ignorarla y que se levantase sola, pero decidió que, si era cliente del Ragusa Princess Palace, lo mejor sería ser amable y educado. Así que, le tendió la mano para ayudarla a levantarse y se quedó hipnotizado unos segundos observando el lunar que tenía entre los senos y que el escote de la camisa que llevaba le mostraba.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó, sin poder apartar los ojos de aquella mancha oscura y pequeña.

—No, gracias —soltó arisca, alzándose del suelo agarrada de su mano fuerte, grande y cálida que tiraba de ella.

¿Qué demonios hacía ese hombre con la vista clavada en sus tetas?

¡Guarro!

—Se ha ensuciado la camisa. —Señaló con el mentón.

¡Ah, vale! No le estaba mirando las tetas. Eran las manchas de sangre que tenía en la blusa.

—Muy observador —comentó Erika, con desdén—. ¿Me devuelve mi mano, por favor?

Alek no se había dado cuenta de que aún la retenía en la suya, por lo que al escucharla, se la soltó disculpándose otra vez.

Milka, que había presenciado toda la escena sin apartar los ojos de Alek, carraspeó para hacerse notar.

—Señorita Bravo, si va a querer cenar le aconsejo que acuda antes de las once de la noche porque a partir de esa hora ya no se aceptan comandas. Los restaurantes cierran a las doce. Normas del hotel.

Erika giró la cabeza al escuchar a la recepcionista. Aunque le hablaba a ella, esta permanecía con sus ojos cargados de deseo mirando al atractivo hombre que tenía frente a sí.

«Así que a la vaca del chocolate le gusta el madurito», pensó.

—No se preocupe, Milka. Pediré que me suban algo a mí habitación. Y tranquila, será antes de las once —dijo con sorna.

Agarró su maleta y su bolso que se había caído al suelo con el impacto y se encaminó hacia el ascensor sin mirar atrás. ¿También se hospedaba en el hotel el desconocido del coche? ¡Vaya suerte la suya!

Alek se quedó un momento observando su marcha, recordando ese lunar que le había llamado la atención.

—¿En qué habitación está alojada? —le preguntó a la recepcionista, cuando Erika estuvo lo suficientemente lejos para que no le oyera.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Te invito a un café un día de estos.

—¿De verdad? —Su voz contenta mostró el entusiasmo ante la perspectiva de quedar con él.

Alek asintió con una sonrisa que derritió a la chica.

—En la 504.

—¿Cómo se llama? —volvió a preguntar Aleksandar.

—Erika Bravo. ¿Por qué lo preguntas? —repitió Milka. El tono cambió y



se tornó suspicaz. No le gustaba nada que el *maître* del hotel se interesara por aquella clienta que había amenazado con hacer que la despidieran. Además, la forma en que Alek la miraba hacía que se sintiera celosa.

—Por si hay que cargarle algo a su habitación, ya sabes.

—Por cierto, ¿tú qué haces aquí? ¿No deberías estar en tu puesto recibiendo a los comensales?

Alek se apoyó en el mostrador.

—He venido a verte ahora que las cosas están tranquilas en el restaurante.

A Milka, los ojos se le encendieron por la ilusión de que él hubiera ido expresamente a verla.

—Necesito que llames a Jelenia para que me mande a alguien con manteles limpios. Los que hay en el comedor son insuficientes.

A la chica se le ensombreció la mirada al oírlo.

—Sí, Alek, enseguida llamo —contestó, con decepción.

—Gracias, guapa.

—No te olvides de ese café que me has prometido —le recordó Milka, viendo cómo se alejaba su objeto de deseo.

## Capítulo 3

Erika llegó a su habitación y, nada más cerrar la puerta, se quitó los zapatos. El alivio fue inmediato. Caminó por la mullida moqueta sintiendo cómo la sangre volvía a circular por sus pies. El cuarto estaba decorado con una combinación de tonos cálidos que resultaba muy acogedora. Le agradó encontrar una cesta de frutas en una mesilla auxiliar y que las vistas desde su balcón fueran al mar. También se veía una pequeña porción de la muralla de la ciudad vieja de Dubrovnik.

Con el día tan desastroso que había tenido, lo que más le apetecía en esos momentos era darse un baño relajante y lleno de espuma.

Recordó la conversación con la recepcionista sobre el horario del comedor. Sí, cenaría en la habitación. No tenía ganas de volver a vestirse para bajar al restaurante. Así que levantó el auricular del teléfono que descansaba en una mesita al lado de la cama y marcó el número del servicio de habitaciones. Mientras esperaba a que contestasen, leyó el menú que había para estos casos y se decidió por un par de platos.

—Que me lo suban sobre las diez y media, por favor —le indicó al chico que estaba al otro lado de la línea.

Cuando colgó el teléfono, abrió la maleta, sacó el cargador del móvil y lo enchufó. Dejó su pijama sobre la cama, junto con las braguitas, y se dirigió al baño para llenar la enorme bañera. Abrió el grifo y echó unas pocas sales perfumadas que había en un botecito, cortesía del hotel. Regresó a la habitación y cogió una manzana del cestillo de frutas. Le dio un buen mordisco y se dispuso a esperar que la tina se llenara. Encendió el móvil. Aunque tenía poquísima batería, serviría para enviar un WhatsApp a sus padres y que supieran que había llegado bien a la ciudad medieval. Después regresó al baño.

Con el agua a punto de rebosar en la bañera, cerró el grifo y tiró a la papelera los restos de la manzana. Se despojó de su ropa y se metió dentro del líquido.

Un suspiro de satisfacción escapó de sus labios al notar el agua

acariciando su cuerpo. Primero se lavó el pelo, que se recogió después con una pinza en lo alto de la cabeza para que no se le llenara de espuma otra vez. Luego, se recostó con el líquido hasta el cuello y cerró los ojos relajándose. Era tal el cansancio que tenía y allí estaba tan a gusto, tranquila y en paz, que casi se quedó dormida.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su sopor:

—*Room service* —escuchó que decía una voz de hombre.

Se incorporó al instante y, antes de salir de la bañera, quitó el tapón para que se fuera vaciando. El momento de relax había terminado.

Y fue sustituido por uno de estrés, porque en el mismo momento en que el agua abandonaba la tina, empezó a salir por el sifón del suelo. Erika se puso el albornoz con rapidez y, cogiendo el rollo de papel higiénico, cortó una larga tira para secar la espuma y el líquido que por allí salía.

—*Room service*. —Volvió a escuchar, junto con un par de golpes en la puerta de la habitación.

—¡Ya voy! ¡Un momento! —gritó ella, mientras aquello no dejaba de manar agua y cada vez se iba poniendo más nerviosa al ver que no conseguía detenerlo.

El suelo del baño comenzaba a sufrir una pequeña inundación y Erika maldijo hablando consigo misma.

—Me cago en la mar. ¿Pero es que todo me tiene que pasar a mí? Vaya un día de mierda que llevo.

—*Room service*. ¿Da usted su permiso para entrar? —preguntó el hombre que había al otro lado de la puerta de la habitación.

—¡Sí, sí! ¡Entre y déjelo por ahí en cualquier lado! —gritó en inglés, sin dejar de intentar secar el suelo.

El camarero del servicio de habitaciones entró con un carrito que portaba la cena que Erika había solicitado. Al pasar por delante de la puerta abierta del baño y verla de rodillas en el suelo, cubierta por el albornoz blanco del hotel, afanándose en arreglar aquel estropicio, se mordió los labios para no soltar una carcajada.

—Lo mejor será que llame a recepción para que envíen a alguien de mantenimiento —le aconsejó.

—Sí, sí, ahora llamo —contestó Erika, con las manos mojadas, llenas de

espuma y trozos de papel higiénico pegados a ellas.

Al chico al ver el estado en el que estaba, se ofreció a hacerlo él mismo. Erika accedió y él llamó a recepción.

—Enseguida enviarán a alguien. No se preocupe, señorita —dijo, tras colgar el teléfono.

—Muchas gracias... —Miró la chapita con su nombre, que llevaba colgada en un lateral de la camisa y pronunció—... Pavle.

—De nada, señorita. Disfrute de la cena. Buenas noches —se despidió educadamente Pavle.

Cuando Pavle bajó al restaurante y se encontró con Aleksandar no podía esconder la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó el *maitre*.

—No te vas a creer lo que ha pasado en la habitación 504.

Al oír el número del aposento recordó a la chica española. Esa era su habitación.

—Cuéntame. Estoy muy interesado en escucharlo, así también podré reírme yo.

Y Pavle se dispuso a relatar lo sucedido.

El chico de mantenimiento no tardó demasiado en arreglar aquello del baño, mientras Erika cenaba en la otra parte de la habitación, muerta de la vergüenza por la que había organizado.

¿Qué más cosas podían salir mal? Rememoró todo lo acontecido hasta el momento en su primer día en Dubrovnik y rezó para que en las siguientes jornadas no le sucediera nada más. Con lo que le había pasado hasta entonces, había cubierto el cupo de desgracias para una buena temporada.

Acabó de cenar y salió al pasillo para dejar el carrito. Cuando regresó a la habitación, encendió su portátil y comenzó con el informe que debía presentar al jefe. Le hubiera gustado acostarse y dormir, pero tenía que esperar dos horas y media para ponerse la inyección de insulina lenta de la noche, así que se entretendría trabajando ese tiempo.

Abrió un archivo de Word y tecleó:

—Instalaciones.

- Recepción.
- Room Service*.
- Mantenimiento.
- Restauración.
- Lavandería.

Erika se despertó al día siguiente con una sensación de bienestar como no sentía desde hacía tiempo. Se estiró, desperezándose sobre la cómoda cama, al tiempo que pensaba en lo estupendamente que había dormido.

Se levantó con agilidad y se preparó para bajar a desayunar. Ese día tenía pensado visitar la ciudad vieja y, como iba a andar bastante, se calzó sus Adidas rosas para que los pies no sufrieran como el día anterior.

Llamó al servicio de lavandería del hotel para que recogieran la ropa que había llevado puesta la jornada pasada y se la devolvieran limpia.

Cuando llegó al comedor del hotel descubrió al madurito atractivo en la puerta atendiendo a unos huéspedes.

—Vaya, así que eres el *maître* —murmuró para sí misma—. Veamos qué tal haces tu trabajo.

Se acercó a él con toda la intención de ponerle las cosas difíciles.

Alek, al verla, mostró su sonrisa más cautivadora, esa que derretía a las mujeres porque era *sexy* y sensual. O al menos eso le decían su hermana Jelenia y Neda, su mejor amiga desde la infancia.

—Buenos días, señorita —saludó con cortesía—. ¿Qué le apetece tomar? —preguntó en español, pensando que ella agradecería que la hablasen en su idioma.

—Hombre, pues a esta hora el desayuno, digo yo, ¿no? —señaló en inglés, mirándolo como si fuera tonto y evitando corresponder al saludo de buenos días.

Aleksandar borró la sonrisa de su cara y la cambió por un rictus serio y profesional.

—Me refería a si le apetece un desayuno de tipo bufet o quizá prefiera uno a la carta —explicó pasándose al inglés.

—Pues no lo sé. ¿Qué me recomienda?

—¿Qué suele desayunar normalmente?

—Café con leche desnatada y una tostada con aceite —respondió Erika, hablando en castellano para ver si él se hacía un lío con los idiomas.

—Pues entonces le recomiendo un desayuno a la carta. En la zona de la piscina, podrá degustarlo con tranquilidad ya que a esta hora no está concurrida. Además, las vistas al mar son preciosas y tendrá una sensación de relax que espero que le dure todo el día.

Alek le habló en la misma lengua que ella había utilizado, demostrándole así que pasaba de una a otra sin dificultad.

A Erika le gustó su profesionalidad y, mentalmente, le anotó un punto extra. Además, el *maitre* había vuelto a sonreír y tenía unos labios tan bonitos...

Pero se sintió incómoda cuando se dio cuenta de que él no dejaba de mirarle el escote del top de tirantes que llevaba. El día anterior ocurrió lo mismo. ¿Por qué se quedaba embobado mirándole las tetas? Ella tenía el pecho pequeño. No llamaba la atención de los hombres por esto. Si lo hubiese tenido grande como la vaca del chocolate de la recepcionista, hubiese entendido que el *maitre* se quedara atontado mirándola, pero con su talla 80 no lo comprendía. Aunque las tenía bien puestas, sí señor. Pequeñas, pero firmes.

Alek no podía dejar de observar el lunar que Erika tenía entre los senos. Era pequeño, redondito, con los bordes bien delineados y de un color chocolate que le tentaba a comérselo como si fuera un bombón.

—Y bien, ¿hacia dónde está la piscina? —preguntó ella, para sacarlo de su embeleso, al tiempo que le quitaba el punto extra que le había puesto por salido.

Con dificultad, Alek retiró sus ojos del escote de Erika y los subió hasta la cara. Debía reconocer que la chica era guapa. Morena, ojos castaños con largas pestañas, la nariz recta y los labios algo más finos de lo que a él le gustaban en las mujeres. El conjunto hacía que su rostro fuera muy bonito. La pena es que la joven estaba muy delgada y no poseía las curvas que él admiraba en otras féminas. Aun así, no estaba mal físicamente. Vestía un pantalón corto rosa, a juego con las zapatillas, y un top de tirantes blanco. Ropa apropiada para visitar la ciudad. El pelo lo llevaba recogido en una

coleta alta para que no la diera calor.

—Por aquí, señorita. —Alek hizo un gesto con la mano para que lo acompañase.

Caminaron sin hablar hasta que llegaron a una amplia terraza con sillas de madera clara, mesas con manteles impecables y grandes sombrillas, que a Erika le gustaron mucho, pues daba la sensación de estar en un ambiente *chill out*. Allí se respiraba tranquilidad y tuvo que reconocer que el hombre había acertado al recomendárselo, pues eso era justo lo que necesitaba. Además, la tenue música relajante que flotaba en el aire contribuía a aumentar esa sensación.

Aleksandar retiró una silla para que ella se acomodase y llamó al camarero.

—Confío en que todo sea de su agrado y disfrute del desayuno.

—Muy amable, gracias. —Lo despachó Erika con un movimiento de la mano y una sonrisa.

Cuando el *maitre* se dio la vuelta para marcharse, ella lo observó. No estaba nada mal. Alto, espalda ancha, caderas algo más estrechas y muslos firmes. Le hubiese gustado verle el culo, pero la chaqueta del traje negro que llevaba, y que le sentaba estupendamente, se lo impedía.

Se había fijado en la chapita prendida de la solapa para saber su nombre. Aleksandar. Le gustó. Iba bien con su cuerpo y la cara de ojos verdes. A pesar de que tenía el pelo moreno, algunas canas empezaban a salpicárselo aquí y allá, sobre todo en la parte de las sienes. Tenía el labio inferior algo más grueso que el superior, perfecto para morder y tirar de él, soltándolo poco a poco. Aunque iba recién afeitado, le recubría el mentón la sombra de una barba que debía ser dura. Seguro que tenía que rasurarse todos los días y aun así no lograba hacerla desaparecer de su piel.

Y sus manos... ¡Qué manos! Grandes, fuertes, con dedos largos, óptimos para acariciar el cuerpo de una mujer... Recordó su tacto cuando la noche anterior la ayudó a alzarse del suelo. Era una mano masculina muy cálida, que abrigó la suya y la hizo sentir protegida.

¿Cuántos años tendría? Aunque el día de antes le llamó «viejo» no creía que tuviese más de cuarenta o cuarenta y dos años. Se había equivocado al referirse a él de esta forma. En realidad, no parecía tan mayor como para

decirle algo así y, además, tenía una sonrisa tan *sexy*...

Bueno, bueno, bueno, ¿qué hacía ella pensando en un hombre? ¡Por el amor de Dios, no! Y encima en uno que no le quitaba los ojos de las tetas. ¡Salido! Eso es lo que era ese tipo.

Se regañó a sí misma por pensar en él. Después de romper la relación con su novio, se había jurado que jamás iba a fijarse en otro hombre. Más valía sola, que mal acompañada.

¿Y ahora fantaseaba con este croata madurito? ¡No! ¡No debía hacerlo!

Aunque... Llevaba sin catar a un hombre ¿cuánto? ¿Seis meses?

Rememoró la última vez que se había acostado con su pareja porque desde que rompió con él no había estado con nadie y se dio cuenta de que el tiempo pasaba muy deprisa. La última vez que alguien la besó en los labios, la acarició el cuerpo y la hizo subir al cielo fue ocho meses antes.

Un guapo camarero se la acercó para tomar nota de su desayuno, cortando el hilo de sus pensamientos.

Aleksandar la observaba desde lejos. Debía tener unos veinticinco años aproximadamente. Demasiado joven para él. A pesar de que no era el tipo de mujer que a él lo atraía —las prefería rubias, con más carne en el cuerpo y, sobre todo, una talla de pecho considerable—, no podía dejar de mirarla. Había algo en ella que la hacía irresistible. Quizá esa elegancia innata o el porte altivo con el que se movía, que la hacía parecer una princesita. O a lo mejor era el palo que tenía metido en el culo y que a él le daban ganas de sacárselo para meterle otra cosa...

Sacudió la cabeza para deshacerse de este último pensamiento. Se preguntó a sí mismo, horrorizado, cómo era posible que se le hubiese ocurrido algo así.

Quizá la falta de sexo comenzaba a pasarle factura. ¿Cuánto hacía que no estaba con una mujer en la intimidad de su habitación? La última fue Milka, la recepcionista. Y de eso habían pasado casi dos meses. Estuvo bien el revolcón que se dieron, pero solo fue eso. Sexo y nada más. Y aunque sabía que su compañera anhelaba repetir, a él no le apetecía.

Observó que Erika sacaba de su bolso un bolígrafo, le quitaba el



capuchón y se pinchaba con él en el brazo, cerca del hombro. Aquel gesto tan rutinario para ella, lo sorprendió. ¿Qué demonios acababa de hacer?

Unos huéspedes llegaron al comedor y Alek tuvo que dejar de pensar en Erika para centrarse en su trabajo.

# Capítulo 4

Erika disfrutó del desayuno y, al acabar, se dejó aconsejar por el barman sobre qué ver en Dubrovnik. Al pasar por recepción, cogió un plano de la ciudad como le había dicho el camarero y dejó la tarjeta de la habitación, a pesar de que la recepcionista le indicó que podía llevársela. Pero Erika prefirió no hacerlo por si la perdía.

Siguiendo las indicaciones que le había dado el camarero en el desayuno, tomó un autobús que la llevó hasta la ciudad amurallada.

Como no se permitía el acceso de vehículos al casco histórico —excepto los de emergencias, carga y descarga de las tiendas, restaurantes, etc. y los de limpieza de la ciudad—, Erika tuvo que bajarse del bus un poco antes de llegar a la puerta de Pile.

Se quedó unos segundos contemplando la magnífica construcción de piedra que daba acceso a la ciudad amurallada antes de cruzar el puente, bajo el cual se observaba el espacio vacío en el que en otros tiempos hubo un foso. Sacó el palo extensible del bolso, colocó en el extremo su móvil y se hizo un *selfie*. Después lo guardó todo y comenzó a caminar admirando la majestuosa arquitectura medieval. La puerta constaba de dos estructuras: una exterior y otra interior. Sobre los arcos renacentistas había estatuas de san Blas, patrón de la ciudad, dentro de unos nichos que las protegían.

Una vez que hubo atravesado las dos puertas, la recibió la gran fuente de Onofrio, al inicio de la calle Stradun, la arteria principal de Dubrovnik. La fuente era una construcción de piedra, con una estructura poligonal redonda de dieciséis caras de las que manaban agua y rematada por una gran cúpula abierta en la parte superior, que a Erika le recordó al Panteón de Agripa, en Roma.

A esa hora, no hacía mucho calor todavía y la ciudad medieval aún no estaba atiborrada de turistas. Se alegró de poder recorrerla con tranquilidad. Con el móvil, hizo un par de fotos más.

Cuando se acercó a la fuente para beber un poco de una de las bocas esculpidas en forma de máscaras, tropezó en los escalones y a punto estuvo

de darse de bruces contra ella si no llega a ser porque unas manos la sujetaron por la cintura con fuerza.

—Cuidado —oyó que le decía en castellano el dueño de aquellas manos.

Al girarse hacia la voz varonil, se encontró con los ojos verdes del *maître* del Ragusa Princess Palace.

—Usted... —murmuró Erika, perdida en la cálida sensación de sus dedos rodeándole el talle; algo que la inquietó, pues se había creado una intimidad entre ellos en ese momento que la desconcertaba.

Era como si estuvieran solos en mundo.

Y lo peor fue que esa sensación le gustó demasiado.

—Gracias —continuó Erika y frunciendo el ceño, preguntó—: ¿Me está siguiendo?

Aleksandar la miraba embelesado. Descendió los ojos hacia el escote, buscando su lunar y al encontrarlo, se relamió mientras se obligaba a devolver de nuevo la vista hacia los castaños iris de la joven.

—No. No la estoy siguiendo. Ya he terminado mi turno en el hotel.

—¿Y qué hace aquí? ¿No debería irse a casa a descansar o lo que sea que haga en su tiempo libre? —preguntó, esperando que el hombre se alejara, pero él continuó cerca de ella, abarcándole la cintura con las manos como si las tuviera pegadas a su cuerpo y no pudiese desprenderse.

—Vivo aquí. En la ciudad vieja.

Aquella revelación sorprendió a Erika.

—¿Vive aquí? —Miró a su alrededor las magníficas construcciones medievales de piedra y se maravilló de nuevo con la arquitectura—. ¡Vaya! Ya me gustaría a mí vivir en un sitio como este, con tanta historia...

Él la acercó un poco más a su cuerpo y ella se quedó sin aliento. Se estremeció al notar cómo le hormigueaba la parte de la cintura donde Alek tenía colocadas sus manos.

—La verdad es que sí. Es bonito vivir dentro de la ciudad amurallada. Aunque la horda de turistas que la visitan cada día hace complicado moverse por las calles principales. Y, además, el coche lo tengo que dejar extramuros, pero no lo cambiaría por nada del mundo, a pesar de los inconvenientes —comentó el *maître*.

Erika sintió cómo se excitaba al notar el cálido aliento del hombre sobre

su rostro y esos dedos que continuaban aferrándola con fuerza. Aquello no estaba bien.

—Ya puede soltarme —susurró, con voz ronca.

—¿Cree de verdad que estará a salvo y no tendrá ningún percance más?

—Sí, de verdad lo creo. No soy tan torpe.

Ella se desasíó levemente indignada. Las manos del hombre cayeron a los costados del cuerpo masculino.

—Nadie lo diría a juzgar por la que montó anoche en el baño de su habitación.

Él soltó una risita grave y viril.

Erika abrió la boca sorprendida y su indignación aumentó.

—¿Cómo se ha enterado?

—No puedo decírselo. Prometí guardar el secreto —respondió él divertido.

Ella entrecerró los ojos y le estudió algunos segundos.

—No pensé que el Ragusa Princess Palace fuera un hervidero de cotilleos sobre los huéspedes.

—Deberíamos tutearnos, ¿no le parece? —comentó Alek, cambiando de tema radicalmente. Extendió la mano y añadió—: Me llamo Aleksandar, pero todo el mundo me llama Alek. Es más corto.

Erika se quedó mirando la mano abierta que esperaba recibir la suya. Subió los ojos de nuevo hacia los iris verdes del hombre y sonrió.

—Ya lo sabía. Lo pone en su identificación. Esa que llevaba en el traje de *mâitre* —dijo, sin estrecharle la mano.

Se volvió hacia la fuente, subió los peldaños y bebió de la refrescante agua. Al terminar, bajó los escalones y se plantó frente a Alek.

Lo miró de arriba abajo. Iba vestido de calle, con un pantalón corto vaquero, zapatillas y una camiseta azul. Parecía más joven que con el traje. Pero de cualquier forma estaba imponente. Atractivo. Incluso seductor.

Una tentación demasiado grande para ella. Lo mejor sería huir. No quería complicarse la vida.

—Ha sido un placer charlar con usted —dijo, negándose a tutearlo—. Nos veremos en el hotel.

Erika dio media vuelta y se alejó caminando con tranquilidad. No quería

que él supiera lo mucho que la había afectado su encuentro y su tacto sobre su cuerpo. No iba a echar a correr. No.

Alek sonrió. Esa jovencita era dura, a pesar de la fragilidad que aparentaba. La observó alejarse, con esa elegancia que poseía al andar. En el tiempo que duró su conversación, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no quedarse atontado mirándola el lunar que tenía entre los senos. Algo que había conseguido a duras penas. Y cuando la vio beber de la fuente, deseó ser el agua que acariciaba sus labios.

Erika se alejaba por la calle Stradun, el eje en torno al cual giraba toda la vida de la ciudad. Esta calle peatonal partía el casco antiguo en dos y estaba llena de tiendas, restaurantes, cafeterías... Algunos artistas callejeros comenzaban a mostrar sus habilidades animando el ambiente.

Stradun era un lugar bello y elegante, con todas las fachadas de sus edificios diseñadas de manera uniforme, con arcos y otros adornos urbanos. Comprobó que todas las casas guardaban el mismo modelo: la planta baja albergaba un comercio, con una ventana que también hacía las veces de mostrador que daba a la calle, ambos sostenidos por una arcada de medio punto.

La calle era encantadora con su suelo adoquinado y sus palacetes, con los toldos de las tiendas bajados para ofrecer al turista la sombra que se agradecería cuando el sol estuviera en lo más alto y calentase con toda su fuerza.

Al final del paseo, una alta torre se elevaba por encima de los tejados y parecía vigilar a la ciudad para evitar cualquier mal.

De nuevo, Erika sacó el palo *selfie* y se tomó un par de instantáneas.

Cuando lo guardó todo y levantó la vista de su bolso para continuar con el paseo, se encontró con Alek plantado frente a ella.

—Si quiere yo puedo ser su fotógrafo particular —se ofreció él—. Además de su guía. No es justo que recorra la ciudad y se marche de aquí sin conocer la historia de Dubrovnik.

Erika soltó un largo suspiro.

—Desde luego me está siguiendo. No hay duda.

—No la estoy siguiendo. Camino en la misma dirección que usted. Vivo aquí, ya se lo he dicho, y mi casa está al final de la calle, en otra lateral, cerca

de la muralla.

—¿Y no tiene nada mejor que hacer que acompañar a una turista que no quiere ser acompañada? ¿Cree que me voy a perder? Tengo un plano del casco histórico —dijo, mostrándoselo.

Alek puso los ojos en blanco. Esa chica era insufrible. No entendía por qué perdía el tiempo con ella.

—Vale. Adiós, Erika.

Se dio la vuelta para marcharse, pero ella lo detuvo con su voz.

—Un momento, ¿cómo sabe mi nombre? —preguntó irritada.

Él se volvió otra vez y la miró intensamente. Había metido la pata al pronunciar su nombre. Ella podría poner una reclamación al hotel por no respetar la confidencialidad de los datos de los huéspedes y a Milka se le caería el pelo, igual que a él.

Estuvo tentado de mentirle, pero pensó que lo mejor era ser sincero con ella y que Dios se apiadase de él y de su compañera de recepción.

—Lo pregunté y me lo dijeron.

—¿A quién le ha preguntado? Aquí no me conoce nadie.

—En recepción, pero por favor, no se enfade. Le juro que no soy ningún acosador ni nada por el estilo —se apresuró a añadir, al tiempo que levantaba las manos en señal de paz—. Simplemente es... es... Bien, en realidad no sé por qué quise saberlo. Algo me impulsó a preguntarle a mi compañera y... no sé... Le ruego que me perdone, Erika.

Así que la vaca del chocolate se había ido de la lengua. No le extrañaba. Ya se dio cuenta de las miradas de deseo que ella le lanzaba al madurito y con la *sexy* sonrisa que tenía él, estaba segura de que conseguiría de una mujer lo que quisiera.

Lo contempló largos segundos. Se lo veía tan apurado que le dio pena. Parecía un buen hombre, aunque ella sabía que las apariencias engañan. Y mostraba arrepentimiento... pero había visto en su vida tantas muestras de arrepentimiento por parte de un hombre que al final resultaron ser falsas, que ya no se fiaba.

—¿Y lo que ocurrió en el baño de mi habitación? ¿Quién se lo ha contado? ¿El chico del *room service* o el de mantenimiento?

—El de *room service* —contestó Alek, apurado.

—Panda de cotillas y chivatos —murmuró ella.

Alek la miró sin comprender.

Erika chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Está bien Alek. Cuéntame la historia de tu ciudad mientras damos un paseo —dijo, con una sonrisa—. Por cierto, necesito comprarme ropa. No pensé que en junio hiciera tanto calor aquí y solo tengo esta de verano.

Visitaron varias tiendas en las que Erika se compró lo que necesitaba para disfrutar de sus días en la ciudad.

—Recuerda que la moneda oficial es la kuna, pero también puedes pagar en euros o con tarjeta de crédito si lo prefieres —comentó Alek, antes de entrar en el primer comercio—. Yo te esperaré fuera para que puedas comprar con tranquilidad. Sé que a las mujeres no os gusta tenernos revoloteando a vuestro alrededor mientras estáis de compras —dijo, refiriéndose a él y al resto de hombres.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi hermana y mi mejor amiga. Siempre se quejan de que los hombres estorbamos a la hora de comprar.

—Pues tienen razón —respondió Erika, con una sonrisa.

—Estaré en la puerta.

—Por cierto, ya sabía que la moneda de Croacia era la kuna y que puedo pagar en euros a pesar de ello. Ayer tomé el autobús y esta mañana igual. Pero gracias por el consejo.

Minutos después, cuando Erika salió de la tienda, se colocó al lado de él y echaron a andar. A Alek le gustó comprobar que Erika era más pequeña que él. No sabía por qué, pero al ponerse a su lado para caminar por la calle Stradun, comparó su altura con la de ella y se sintió orgulloso de sacarle unos cuantos centímetros.

Erika era como una delicada flor que había que proteger y sacaba su lado más tierno, aunque por lo poco que había hablado con ella, no necesitaba que la protegieran de nada.

—Hay algunas palabras que no entiendo de tu idioma —comentó él, sentado frente a ella en la terraza de una cafetería, donde se habían detenido para hacer un descanso y tomar algo fresco.

—¿Cuáles?

Erika alzó su vaso de zumo de naranja natural recién exprimido y tomó un sorbo.

—Panda de cotillas y chivatos.

Ella sonrió y le explicó qué había querido decir con eso.

—Un cotilla es una persona indiscreta que habla de las cosas privadas de otros y un chivato es cuando uno delata a otro, un soplón.

Alek asintió a su información y bebió un poco de su Coca-Cola.

—Hablas muy bien el castellano —lo alabó ella.

—Es necesario para mi trabajo. A la gente le gusta que se les hable en su mismo idioma. Francés, español, italiano... e inglés. Con el idioma universal te entienden todos, pero creo que si viene una española al hotel y le hablas en su lengua materna, ella lo agradecerá. No tendrá que esforzarse tanto por comunicarse en un idioma que no es el suyo.

Erika asintió. Así que, ¿también era un hombre que se ponía en el lugar de los demás y hacía que la vida fuera más fácil? Le caía bien ese madurito atractivo.

—Excepto tú —la acusó Alek, con una divertida sonrisa—. Que te hablan en castellano y te pasas al inglés y luego otra vez al castellano para fastidiar y conseguir que la otra persona se haga un lío con los idiomas. ¿Te crees que no me di cuenta de lo que pretendías?

Erika no pudo evitar una carcajada. Su melodiosa risa fue música para los oídos del hombre. Reverberó en la piel masculina, provocando que todo su vello corporal se erizara excitado.

—Lo siento —se disculpó, aunque la verdad era que no lo sentía para nada.

—Lamento haberte dicho lo del palo en el culo cuando te abordé desde mi coche —soltó Alek—. Reconozco que no es normal que te subas al vehículo de un desconocido y yo insistí bastante.

—Yo siento haberte insultado de aquella forma.

Erika le tendió la mano por encima de la mesa y sellaron la paz.



—Por cierto, ¿cuántos años tienes, Alek?

—He cumplido cuarenta hace poco. ¿Y tú?

—¿No sabes que no se le pregunta la edad a una mujer? —lo riñó de broma—. Tengo treinta. En un par de meses cumpliré treinta y uno.

—Pareces más joven —indicó él, repasándola con la mirada. Sus ojos se clavaron en el lunar de su escote y la boca se le hizo agua.

—¿Cuántos pensabas que tenía?

—No sé... veinticinco o así —contestó, subiendo los ojos hasta su cara con mucho esfuerzo.

—¡Bien! Así cuando tenga cuarenta como tú aparentaré menos edad. Ya sabes que a las mujeres nos preocupa esto cuando nos acercamos a unos determinados años.

—¿Y yo? ¿Cuántos aparento? Si me llamaste viejo... —quiso saber él.

Erika lo estudió, fingiendo que lo pensaba.

—Tú... —Resopló y se preparó para su reacción—. Por lo menos... cincuenta.

Alek abrió los ojos sorprendido.

Y ella comenzó a reírse.

—¡Es broma! —le dijo—. Aparentas justo la edad que tienes. No te preocupes. Todavía estás bien.

—¿Qué todavía estoy bien?

Erika pensó decirle muchas cosas más. Que era muy atractivo, que las canas le sentaban estupendamente, que le encantaría pasar sus dedos por entre los mechones y comprobar la textura de su cabello para después deslizarlas por la nuca y bajar por la espalda hasta posarlas sobre su trasero para advertir su firmeza...

Y sus manos, con dedos largos, ideales para acariciar todas las zonas íntimas de una mujer. Recordó la comparación que hacía siempre su amiga Marta respecto a que los dedos de un hombre hacían referencia al tamaño de su pene. Ahogó una risita. Si él le preguntaba de qué se reía en ese momento, ¿qué le iba a explicar?

Lo mejor era cambiar de tema. Se sentía demasiado a gusto en su compañía. Alek era un hombre atento, amable, educado y con una buena conversación. Y ella no debería coquetear con él, que era lo que más le

apetecía en ese momento. Además, se daba cuenta de los esfuerzos que hacía el hombre por no desviar los ojos de su cara y bajarlos hasta sus tetas. Lo había pillado en varias ocasiones observándoselas como el que contempla goloso un helado. Y no lo entendía. ¿Qué tendría su pecho que le llamaba tanto la atención? ¡Si estaba más plana que una tabla de planchar!

Bueno... quizá no tanto...

—Cuéntame algo de la historia de la ciudad —le pidió ella—. Por ejemplo, ¿de qué siglo son las casas de esta calle?

Él la miró intensamente. ¿Que todavía estaba bien? Lo que estaba era indignado. Esa mocosa se estaba riendo de él. Bueno, llamarla mocosa era exagerado, puesto que solo se llevaban diez años, nueve cuando ella cumpliera los treinta y uno... Jovencita, sí, mejor jovencita.

No, no. Mujer. Erika era una mujer. Joven. Sí, una mujer joven que le tomaba el pelo y lo atraía demasiado sin saber por qué. No poseía ningún atributo de los que él buscaba en una fémica y, sin embargo, cada vez que escuchaba su cantarina risa, cada vez que se perdía en sus ojos castaños, cada vez que veía su lunar, algo se agitaba dentro de él, inquietándolo.

—Del siglo xvii. Hasta el xiii esta calle era un canal pantanoso que separaba la ciudad de Ragusa de la aldea de Dubrava, que estaba rodeada por bosques de robles. En ese siglo, lo desecaron y construyeron una vía que uniese las dos poblaciones. En 1667, hubo un gran terremoto que destruyó una parte importante de la vieja Ragusa y cuando la reconstruyeron decidieron diseñar todas las casas como las estás viendo hoy. Desde 1918, a Stradun se la llamó Placa, cuando pasamos a formar parte de la primera Yugoslavia. Aunque el nombre original, que proviene del italiano *stradone*, nunca se perdió y hoy en día se la puede llamar de las dos formas. Cuando el asedio de Dubrovnik, en 1991 durante la guerra de los Balcanes, muchos edificios fueron destruidos por los proyectiles de morteros, pero la ciudad resurgió de sus cenizas y las cicatrices de la guerra apenas son visibles ya.

—¿Estabas aquí cuando la guerra? ¿La... viviste? —quiso saber Erika, con un nudo en la garganta.

Alek sonrió con tristeza.

—Claro que estaba aquí. ¿Dónde querías que estuviese? Mi padre es croata y mi madre serbia. Vivíamos aquí, en la ciudad vieja. Entonces yo

apenas era un adolescente. Recuerdo la ciudad en llamas, siendo bombardeada desde todos lados. Las iglesias, los palacetes, el puerto... Los bienes culturales, un tercio de nuestra historia reducida a escombros y cenizas. Los llantos de la gente, el horror, la escasez de alimentos, de medicinas... El miedo. Lo peor era el miedo. Rezar para que todo acabase ya y levantarte al día siguiente y comprobar que la guerra continuaba, que no se había terminado aún. Fue un ataque brutal. Los enemigos saquearon todo el entorno. Se llevaron desde el cableado eléctrico de las casas hasta el ganado. Cuando todo acabó, ayudé junto con mi padre y otros ragusianos a reconstruir la ciudad. —Se miró las manos y suspiró—. Aprendí a construir tejados, a levantar muros en las casas, a poner puertas y ventanas... pero ahora ya pasó y lo que hay que hacer es intentar que no vuelva a ocurrir. Las heridas se han cerrado. La gente ya no quiere hablar de aquello. Hay que mirar hacia adelante, porque no puedes vivir anclado al pasado y con el corazón lleno de rencor. Hay que luchar por el mañana, un mañana mucho mejor.

Alek amplió su sonrisa y Erika tragó el nudo que tenía en la garganta. Cerró los ojos para que las lágrimas por la pena que sentía no salieran de ellos, pero los volvió a abrir cuando notó la delicada y dulce caricia de Alek en su mejilla.

—Eh, princesa, no quiero que te pongas triste. Aquello ya pasó. Y ahora tú y yo vamos a disfrutar del paseo por la ciudad. ¿Has terminado tu zumo?

## Capítulo 5

En la calle Stradun se encontraba el monasterio franciscano que albergaba una de las farmacias más antiguas de Europa.

Erika sintió el frescor del claustro nada más entrar. Caminó al lado de Alek observando todo a su alrededor hasta que llegaron a la puerta de la farmacia.

—Este establecimiento fue fundado por dos monjes en el año 1317. La gente venía aquí a comprar las medicinas y las pedían por allí, por aquella ventanita que ves en el lateral de la pared —le explicó Alek a Erika, mientras ella contemplaba todo con interés.

Las paredes eran blancas y unos muebles de madera estaban ocupados por multitud de vasijas de cerámica en las que se leían los componentes para fabricar medicamentos.

Al salir del monasterio, Erika vio a un par de turistas intentando subirse a una piedra que sobresalía de la pared, a la altura de las rodillas.

Se los quedó mirando y Alek le explicó lo que pasaba.

—Se supone que si te subes a ese pequeño saliente y consigues quitarte la camiseta sin caerte de él, se cumplirán todos tus deseos.

—¿Alguna vez lo has hecho tú?

—Sí, pero nunca lo he conseguido y no pienso volver a intentarlo. La última vez casi me abro la cabeza —le contó, soltando una carcajada al recordarlo.

Erika lo acompañó en su risa y al acabar Alek la sorprendió preguntándole:

—¿Quieres probar tú?

—¿Yo? Ni loca. Además, no podría quitarme la camiseta. Solo llevo el sujetador debajo y no me apetece que la gente que hay por aquí sepa cómo es mi ropa interior.

Alek se imaginó una pequeña prenda femenina cubriéndole los delicados pechos y su vista fue a parar directamente al lunar entre sus senos. Erika se dio cuenta de que no debía haber hecho ninguna referencia a sus tetas, pues

había conseguido que él centrase su atención allí y eso la hacía sentir incómoda.

Y deseada... porque en cuanto vio que Alek se pasaba la lengua por su labio inferior y después lo mordía con suavidad, los nervios se apoderaron de su estómago. Fue un gesto que él hizo de manera inconsciente, pero que a ella la hizo ser muy consciente del fuego que acababa de desatar entre sus piernas.

Aquella mirada de deseo le incendió la sangre en las venas e hizo que los pezones se le pusieran duros.

—¿Y esa iglesia de ahí, cuál es? —preguntó, con un ligero temblor en la voz, intentado enfriar sus estados de ánimo.

Alek logró arrancar sus ojos del escote de Erika y ambos suspiraron aliviados.

—Es la iglesia de San Blas, el patrón de la ciudad. Fue construida en 1715 y es una joya del barroco veneciano.

Comentó el hombre mientras se dirigían hacia la escalinata del templo, admirando su magnífica fachada.

—El edificio tiene planta de cruz griega y está rematado por una gran cúpula. La nave central está iluminada por la luz de colores de las vidrieras y en su interior hay muchos y valiosos tesoros, como la estatua de san Blas chapada en oro. Ahora no se puede visitar porque solo abre para officiar misas. El 3 de febrero es el día del patrón y se celebra con desfiles. Aquí, en la plaza Luza, se reúnen todas las parroquias de la ciudad.

—Es preciosa. —Erika estaba asombrada por todos los detalles que él le señalaba—. ¿Sabes que eres un guía estupendo?

—Gracias. Si alguna vez pierdo mi trabajo como *maître* en el hotel, podré dedicarme a enseñar la ciudad a los turistas y contarles su historia.

—¿Por qué habrías de perder tu trabajo?

Alek se encogió de hombros.

—Puede que algún cliente esté tan descontento que ponga una reclamación y me rebajen de categoría o incluso me despidan.

—No creo que a ti te pase eso. Eres un buen profesional.

—Vaya, gracias.

Le sonrió y Erika estuvo a punto de fundirse como si fuera lava ardiente.

—¿En qué trabajas tú? —quiso saber Alek.

—En un trabajo de lo más aburrido —contestó ella, sin querer darle más detalles—. ¿Me haces una foto con la iglesia al fondo? —preguntó, tendiéndole el móvil.

Se situó con el templo a su espalda y las bolsas de lo que había comprado a los lados, colgando de sus manos. Cuando Alek contó hasta tres, ella sonrió.

—¿Vas a volver al hotel para comer? —dijo él—. Es casi la hora. Si lo prefieres, podemos comer aquí, en cualquier restaurante. Luego yo tendré que irme porque he quedado con un amigo.

—Como tú eres quien conoce la ciudad, te dejaré elegir.

Alek sonrió otra vez.

—Bien, princesa. Te voy a llevar a un sitio donde vas a degustar los platos más típicos de la cocina croata.

Cuando llegaron a Kamenice se sentaron en la terraza. Compuesta de varias mesas con manteles azules y sillas que combinaban este color con el blanco, esperaron a que el camarero les atendiera.

Alek pidió mejillones y almejas para compartir y después un delicioso *risotto* con tinta de calamar al que llamó *Crni rižot* para cada uno.

Erika sacó entonces su boli de insulina para pincharse las unidades que le correspondían. Se pinchó en el brazo, como la había visto hacer Alek en el desayuno. Al acabar y encontrarse con la mirada de él, le explicó:

—Soy diabética desde los catorce años.

—Ya me he dado cuenta. Te vi esta mañana en el desayuno. ¿Cómo lo llevas? —se interesó.

—Bien. Controlando lo que como y bebo se lleva bien. Además, después de tantos años, estoy acostumbrada. Aunque no te niego que preferiría no tener esta enfermedad, pero bueno, así es la vida —comentó, encogiéndose de hombros mientras guardaba el boli en el bolso.

—¿Por eso estás tan delgada? ¿Por qué tienes que llevar una dieta para controlar los niveles de azúcar?

—¡No! —exclamó Erika, frunciendo el ceño—. Mi delgadez no tiene nada que ver con la diabetes. Soy así por genética. En mi familia todos estamos esmirriados.

—No comprendo esa palabra: Esmirriados —dijo él.

—Significa muy delgado. Flacucho, enjuto, chupado, esmirriado...

—Bueno, yo preferiría decir que eres esbelta o espigada.

Erika movió una mano para restar importancia al asunto.

—No te preocupes por buscar una palabra más idónea y que me ofenda menos. No me sienta mal que me llamen así. Estoy acostumbrada y realmente así es como soy. Igualita que el palo de una escoba. Ese que me tengo que sacar del culo, según tú —comentó riéndose.

—Lamento haberte dicho eso, de verdad —se disculpó de nuevo Alek, apurado.

El camarero regresó con la comanda y empezaron a almorzar.

Erika observó la multitud de palomas que se arremolinaban en torno a una pequeña fuente en una esquina, con cabezas de león, de cuyas bocas manaba agua, situada en la calle donde estaba el restaurante y, al fondo, una bella escalinata que le recordó a las escaleras de la plaza de España de Roma, aunque estas no eran tan grandiosas como aquellas, pero sí igual de bonitas.

—¿Te quedarás mucho tiempo en Dubrovnik? —Quiso saber Alek.

—Una semana.

—Bien. Es por organizar las excursiones.

Erika dejó la concha de un mejillón en el plato y lo miró.

—¿Piensas acompañarme todos los días que esté aquí?

Alek se arrepintió de haber dado por hecho que iba a estar con ella cada vez que saliera del hotel para visitar la ciudad, pero es que no sabía por qué deseaba pasar tiempo en su compañía.

—Yo... no. Perdóname. He supuesto que...

—Estaré encantada de que seas mi guía personal, igual que estás haciendo hoy —replicó, con una gran sonrisa que hizo que el corazón de Alek se alterase—. ¿A qué hora has quedado con tu amigo?

—A las cuatro y media, si es que viene.

Erika lo miró arqueando una ceja y él respondió a su muda pregunta.

—Mi amigo Pavle siempre llega tarde a los sitios o se olvida de que hemos quedado y no aparece.

—O sea, que tu amigo es lo que llamamos en España un malqueda.

—Pues sí —y repitió—: Malqueda. Me gusta esa palabra.

Cuando terminaron de comer, llegó el momento de la despedida.

—He pasado una mañana fantástica, muchas gracias, Alek.

—¿Sabrás volver al hotel? —Se preocupó él—. Te llevaría en mi coche, que lo tengo aparcado extramuros porque aquí dentro no se permiten vehículos. —Algo que ya sabía Erika—. Pero entonces llegaría tarde a la cita con mi amigo y el malqueda sería yo.

Erika asintió con la cabeza al tiempo que contestaba.

—Sí, no te preocupes. Tengo el plano. Ya sé que tengo que seguir esta calle toda recta hasta salir a Stradun y deshacer el camino andado hasta la puerta Pile. Allí cogeré el bus. Tranquilo. Llegaré sana y salva al hotel. Además estoy acostumbrada a viajar sola y Dubrovnik tiene fama de ser una ciudad muy buena para el turismo puesto que el nivel de delincuencia es muy bajo.

—Sí, pero de todas formas, por si acaso, anótate mi número de móvil.

Erika sacó su teléfono y apuntó el número. Después, hizo una llamada perdida para que quedase registrado en el del hombre.

—Si tienes cualquier problema, me llamas, ¿de acuerdo?

—Sí, tranquilo —prometió Erika, sintiéndose halagada por su amabilidad y ese instinto de protección que parecía despertar en Alek.

Cuando Erika llegó al hotel se dirigió a su habitación inmediatamente. Al entrar, observó que la limpieza del cuarto ya se había realizado y que el trabajo había sido excelente.

Sobre la mesa donde estaba la televisión, en un lateral de la estancia, había una nueva cesta con frutas y un platito con bombones. Dudó sobre si elegir una manzana o un chocolate y, al final, resistiendo la tentación del dulce agarró la fruta.

Después de lavarse los dientes, se tumbó en la cama para descansar un poco antes de bajar a la piscina y tomar el sol. Había andado bastante esa mañana, así que su cupo de ejercicio diario ya estaba cubierto.

Sin poder evitarlo, Erika recordó a Alek. Estaba fascinada con él. Había disfrutado demasiado de su compañía y su conversación. Ese madurito resultaba encantador, ingenioso e interesante. Le había hecho reír y le había gustado tomarle un poco el pelo. Sus bromas hacia él, las había acogido con



deportividad y buen talante. Se sentía absolutamente cómoda con Alek. Lo cual era absurdo porque al mismo tiempo la hacía sentirse intranquila. Él solo tenía que mirarla para que a ella se le acelerase el corazón. Y cuando sonreía de aquel modo tan *sexy*...

Había algo en él, en su manera de hablarle, de sonreírle, de mirarla... que la hacía sentirse especial, valorada y apreciada.

Debía andarse con cuidado pues no sabía si sería capaz de resistirse a su atractivo masculino.

Además, ella no había ido a Dubrovnik para tener un ligue de verano. Los hombres eran peligrosos. Todos, tarde o temprano, mentían y te hacían daño. Se burlaban de tus sentimientos, hiriéndote, dejándote por otra mejor.

Y aunque Alek parecía diferente, haría bien en guardar las distancias con él.

Alek se marchó a casa para preparar su equipo de kayak pensando en Erika. Una y mil veces se dijo que ella no era la típica mujer que a él le gustaba, pero no sabía por qué no dejaba de atraerlo. De lo que sí estaba seguro era de que cada vez que ella le sonreía o lo miraba encendía chispas en su piel y atizaba las brasas de su entrepierna. Su voz de terciopelo le acariciaba los sentidos y le hacía reconocer que estaba en peligro de perder el control. Se imaginó cómo sería besar las sensuales curvas de sus labios. Erika era una mujer vibrante, llena de vida, que lo estimulaba más de lo conveniente.

A pesar de su delgadez, de sus pequeños pechos y de la delicada curva de su trasero, era una trampa sensual de la que no tenía ningunas ganas de escapar. Había bastado solo una mañana en su compañía para hacer que la deseara intensamente. Se daba cuenta de la principal diferencia entre Erika y la mayoría de las mujeres con quien se relacionaba, era que ella no sabía el atractivo que poseía, no era consciente de la elegancia que su esbeltez le daba. Su precioso rostro y el lunar entre sus senos lo volvían loco. Le hacía sentir infinidad de cosas sin haberse tocado, solo con una mirada, con su olor, con la cercanía de su cuerpo... Era un exuberante conjunto que resultaba muy atractivo.

Se había pasado toda la mañana ansiando su contacto. Tanto... que le dolía el cuerpo por las ganas reprimidas.

Además de los aspectos físicos, Erika lo estimulaba de otras maneras. Era inteligente, divertida y mordaz. Le tomaba el pelo y se burlaba de él cuando quería. Lo había escuchado embelesada cada vez que él le contó algo, bien de la historia de la ciudad, bien de otras conversaciones que habían mantenido. Era una magnífica oyente.

La decisión de pasar con ella sus días de asueto se había basado en un primitivo instinto. Sabía que, si no actuaba de inmediato, estaría dejando que algo precioso se le escapase de los dedos como la arena de la playa al abrir la mano. Y no quería que eso ocurriera. Erika desataba un fuego interno en el que deseaba arder hasta que no quedaran más que cenizas.

¿Cómo era posible que le hiciera sentir todo eso si la conocía de unas pocas horas?

Continuó preparando el equipo para el *tour* en kayak mientras intentaba razonar esto. Cuando tuvo todo lo necesario, salió de su casa y se dirigió al punto de encuentro sin haber hallado una respuesta.

Esperó media hora a que su amigo Pavle apareciera. Como no lo hizo, se echó al mar remando en aquellas cristalinas aguas. Él no iba a perder el tiempo dejando de disfrutar de uno de sus *hobbies* porque su amigo fuera un malqueda. Al recordar la palabra, su mente voló de nuevo hacia Erika y se prometió que en los días que ella estuviese en la ciudad, la llevaría a hacer una excursión en kayak. Quizá podría ser al atardecer... La puesta de sol vista desde el mar resultaba tan romántica y maravillosa...

Horas después, Alek regresó al hotel para el turno de las cenas ansioso por ver de nuevo a Erika. Aunque sabía que a esa hora, las ocho de la tarde, era pronto para que ella fuese a cualquiera de los restaurantes. La noche anterior, cuando ella pidió el *room service*, lo encargó para las diez y media. Suponía que hasta esa hora Erika no cenaba.

De pronto, un pensamiento lo asaltó. ¿Y si ella encargaba otra vez el servicio de habitaciones y no bajaba al comedor para cenar? ¡No la vería!

¿Qué debía hacer? ¿Llamarla y preguntarle sus planes o no?

¡Por Dios! Parecía un adolescente detrás de la chica que le gustaba en lugar de un hombre maduro.

Se llevó la mano a la frente y sacudió la cabeza.

Y solo había estado con ella una mañana...

No quería ni pensar cuando terminase la semana y Erika volviese a España.

Mejor no encariñarse mucho con la chica.

Mientras pensaba en todo esto, se cambió de ropa y se puso el traje negro de *maître*. Cuando salió del vestuario, caminó hacia la zona de restauración y al pasar por delante de las puertas que daban a la terraza con piscina la vio.

Sin poder evitarlo, sus pasos se dirigieron hacia la tumbona donde ella estaba.

—¿Disfrutando de las últimas horas de sol? —preguntó al llegar.

Erika se sobresaltó un poco al escuchar aquella varonil voz. Se subió las gafas de sol, poniéndoselas en el pelo a modo de diadema, y le sonrió.

—Pues sí. A ver si con un poco de suerte pierdo el blanco nuclear que tengo y dejo de parecer un vampiro de *Crepúsculo*.

Alek soltó una carcajada por su comparación.

—No estás tan blanca.

—¿Cómo qué no? ¡Mira! —Señaló extendiendo un brazo—. ¡Si solo me hace falta brillar como ellos!

El hombre la contempló con su bikini de flores hawaianas que le sentaba estupendamente. Notó cómo el calor se apoderaba de él y le hormigueaba una parte muy masculina de su cuerpo, creciendo poco a poco, buscando atención.

Tenía que salir de allí a toda prisa, antes de que Erika se diera cuenta de lo que había provocado en él verla casi desnuda.

—Bueno, te dejo para que sigas tostándote al sol. Entro a trabajar en dos minutos y no quiero llegar tarde.

—Luego nos veremos en la cena, así que ve pensando a qué restaurante me vas a enviar de todos los que hay en el hotel. Pienso pedirte recomendación, que lo sepas —lo advirtió, con una deslumbrante sonrisa que compitió con el sol de aquella tarde, que ya comenzaba a esconderse.

Alek se apresuró a salir de allí. Menuda imagen de profesionalidad daría si los huéspedes que estaban en la piscina lo veían con una erección. Además de las mofas que tendría que soportar por parte de los compañeros que atendían aquello; el barman, el socorrista... No quería ni pensarlo.

Pero el lunar entre los senos de Erika, que había podido contemplar en todo su esplendor, no se le iba de la cabeza. Así como su esbelta figura y la tez cremosa de su piel. El bikini resaltaba con sus colores rojos, azules y verdes y le hacía desear correr los dos triángulos superiores para observar la belleza desnuda de Erika.

La voz de Milka al pasar por recepción lo hizo bajar a la Tierra de inmediato y dejar de lado sus lascivos pensamientos sobre la joven española.

—Hola, Alek. ¿Qué tal has pasado el día?

—Hola, Milka. Bien. Muy bien, en realidad.

—Oye, ¿quedamos después para tomar ese café que me prometiste ayer? —quiso saber ella, deseando que él respondiese afirmativamente.

Alek se maldijo por haber hecho aquello. Sabía que desde su encuentro sexual de hacía dos meses, su compañera deseaba repetir. Sin embargo, él no, a pesar de haberlo pasado muy bien con ella y ser el tipo de mujer que le gustaba. Hasta que conoció a Erika, claro.

—Esta noche no. Hoy he salido en kayak y estoy algo cansado.

—¿Y mañana por la tarde? —preguntó Milka—. O por la mañana. Podemos quedar para desayunar y pasar el día juntos, hasta que tengamos que venir a trabajar.

—Pues... no voy a poder. Lo siento. Estaré ocupado y...

—¿Estás con Elizabeta? —le cortó ella.

Alek pensó que lo mejor era poner de excusa a Eliza para que Milka no insistiese más. Pero no quería engañarla.

—No. Es que tengo cosas que hacer —dijo, sin querer darle más detalles.

En ese momento, llegó Pavle y le dio una palmada en el hombro para llamar su atención.

Alek se giró hacia él y frunció el ceño al verlo.

—¡Hombre! ¡Si es el malqueda de mi amigo!

—¿Qué me has llamado? —quiso saber el otro, sin entender.

—Te he estado esperando media hora para el *tour* en kayak —soltó Alek, sin explicarle el significado de la palabra que había dicho en castellano.

—Lo siento, colega. Me eché la siesta después de comer y me he levantado a las seis. Y porque ha venido Jelenia a despertarme, que si no, aún estaría durmiendo.

Milka escuchaba la conversación entre los dos hombres sin intervenir y sin perder de vista a su objeto del deseo.

—¡Ay, la pobre Jelenia! Mi hermana tiene el cielo ganado contigo —comentó Alek—. Anda, ve a cambiarte que ya vas tarde, como siempre. Espero que el día de la boda no te retrases o se te olvide que te casas. De lo contrario, me encargaré de que tengas una muerte lenta y dolorosa por hacer sufrir a la novia.

Le dio un ligero y bromista empujón para que marchase camino del vestuario de personal y se despidió de Milka con un gesto de la mano, mientras andaba hacia la zona de restauración para colocarse en su puesto.

## Capítulo 6

Cuando Alek se marchó, Erika soltó un largo suspiro. Había sido muy consciente de cómo la devoraba el hombre con los ojos y la agitación que sintió en ese momento, tardó en desaparecer. Hacía mucho, mucho tiempo que nadie la hacía sentir deseada sexualmente.

De buena gana se daría un buen baño en la piscina de agua fría. Lo malo era que no sabía nadar y tampoco quería tentar a la suerte. Podía sentarse en el borde y meter los pies, pero con lo patosa que estaba últimamente, que le pasaba de todo por torpe, prefirió no hacerlo. Así que para remediar el calor que se había apoderado de ella con las intensas y lascivas miradas del *mâitre*, decidió que lo mejor era subir a la habitación, darse una ducha, prepararse para bajar a cenar... y volver a verlo.

Cuando llegó a la habitación comprobó satisfecha que la ropa que había mandado a la lavandería del hotel ya estaba limpia, planchada y doblada sobre la cama. La guardó en el armario y sacó la otra que se pondría.

Los nervios atenazaron su estómago mientras se acicalaba. Se puso un vestido amarillo, de tirantes, con escote en V y largo hasta las rodillas, y se dejó el pelo suelto. Pensó en maquillarse, pero no le apetecía, así que solo se puso un poco de rímel en las pestañas y carmín en los labios. Observó su reflejo en el espejo antes de salir de la habitación. La palidez de su piel comenzaba a desaparecer gracias a los rayos solares de aquella tarde, pero aún quedaba mucho hasta que tuviera un bonito bronceado.

Cuando llegó a la zona de restauración eran las nueve y media. Alek atendía en la puerta a una pareja de turistas, recomendándoles uno de los comedores. Se hizo la remolona hasta que estas personas se alejaron del *mâitre* y, entonces, caminó a su encuentro.

—Hola. ¿Qué me recomiendas hoy para cenar? —preguntó, con una gran sonrisa.

—Depende de lo que quieras. ¿Qué te apetece? —respondió idénticamente.

Ella pensó que lo que más le apetecía era subir a su habitación con él

para darse un revolcón, pero se abstuvo de mencionarlo.

Alek la observó pensando que estaba muy bonita esa noche. El vestido le sentaba estupendamente.

—Algo ligero —dijo Erika al fin; y procedió a informarlo de lo que ella consideraba una cena de este tipo.

El hombre le explicó en cuál de los restaurantes conseguiría una cena como la que deseaba y después añadió:

—Te aconsejo que cuando termines la cena, cruces el *lobby* y te dirijas hacia el bar La Boheme. Allí todas las noches hay actuaciones musicales, grupos de baile, espectáculos de magia y un sinfín de animaciones que te sorprenderán. Además, preparan unos cócteles deliciosos.

—No tomo alcohol. Por mi diabetes, ya sabes.

Alek se acercó más a ella para hablarla casi en un susurro.

—También los preparan sin alcohol.

Erika notó cómo sus pequeños pezones se tensaban por la cercanía del hombre y su voz baja y ronca. De pronto sintió la garganta seca y una necesidad urgente de enredar su lengua con la del *maitre*.

Pero se obligó a dar un paso atrás para distanciarse de él.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Cuando se hubo marchado, caminando sobre sus tacones de diez centímetros, Alek suspiró. Había estado a punto de besar esos apetitosos labios allí, delante de todo el mundo.

—¿Sabes que no deberías coquetear con las clientas del hotel?

Se giró al escuchar la voz de Milka.

—Son las normas. Si te pillan, adiós a tu trabajo —prosiguió ella.

—No estaba coqueteando. Solo la informaba de dónde podía cenar y de las actuaciones de La Boheme.

Aunque en realidad sí lo estaba haciendo y sabía que la mujer tenía razón al recordárselo.

—¿Y tenías que hablar con ella tan cerca? ¿Acaso está sorda? —preguntó celosa.

Alek se la quedó mirando muy serio.

—Oye, Milka, dime una cosa: ¿Tú y yo somos algo? Aparte de compañeros de trabajo, quiero decir.

La mujer negó con la cabeza.

—Bien. Pues deja de meterte en mi vida.

—Solo te estoy advirtiéndolo —se excusó ella, dolida.

—Tengo cuarenta años. Ya soy demasiado mayor para que me prevengas como si fuera tu hijo.

Dicho esto, Alek se internó en uno de los restaurantes y Milka se quedó unos segundos allí parada sin saber cómo hacer para atrapar a ese hombre que no se quitaba de la cabeza desde su noche de sexo con él.

A la mañana siguiente, tras una noche en la que a Erika le costó dormir, bajó a desayunar tarde, casi a las once.

Había tardado en conciliar el sueño porque cada vez que cerraba los ojos recordaba las miradas de deseo de Alek y se excitaba. Sabía que debía evitar encariñarse con ese madurito, pues ella no había ido a la ciudad buscando un amor de verano y cuando se marchase de allí no quería irse con el corazón roto por lo que pudo ser y no fue, pero no podía evitar sentirse atraída por ese hombre.

Y ahora estaba allí, deseando reencontrarse con él, mientras el barman del chiringuito le servía el mismo desayuno del día anterior. Lo buscó con la mirada hasta que lo encontró apoyado en el marco de la puerta. Al verlo, ella sonrió y él sacó su móvil para mandarle un WhatsApp.

Alek tampoco había dormido mucho esa noche, pues la recordaba en bikini y la sangre en sus venas se incendiaba. Si el lunar del canalillo le llamaba poderosamente la atención, ver su delicado y pequeño ombligo en medio del plano vientre le había hecho salivar. Ansiaba mordisqueárselo para provocarle esa risa cantarina y deleitarse con ella.

Buenos días. Ya he terminado mi turno. Te espero fuera del hotel, en mi coche, un Renault azul, por si no lo recuerdas del primer día, cuando te abordé en la calle.

Alek dio a Enviar y cuando se aseguró de que ella lo estaba leyendo, salió discretamente.



¿Por qué no te sientas conmigo mientras termino el desayuno?

Quiso saber Erika en otro mensaje.

No pueden verme confraternizando con los clientes. Normas del hotel.

Respondió él, ya montado en el coche.

La joven frunció el ceño al leerlo, pero lo comprendió. Aunque Alek debía ser amable y atento con los huéspedes, había una línea que no debía traspasar.

Está bien. Me daré prisa para que no tengas que esperarme mucho.

Erika envió este último mensaje y se comió lo que le quedaba de tostada a toda velocidad. El café lo bebió casi quemándose la garganta, pero no le importó. Alek la esperaba y ella no quería demorarse más.

Cuando salió del hotel, buscó con la mirada el coche azul. Lo encontró aparcado en la esquina y hacia allí se encaminó.

—¡Qué rápida! —exclamó Alek, al ver que ella abría la puerta y se subía en el vehículo.

Erika le sonrió, al tiempo que repasaba su atuendo con una apreciativa mirada. Pantalón corto *beige* y camiseta blanca de manga corta. La ropa se le ajustaba al cuerpo rebelando lo bien formado que estaba. Subió los ojos hasta su cara y comprobó de nuevo que, aunque se había afeitado, la sombra de la barba continuaba allí. Cuando desvió la vista hasta sus gafas de sol, se apenó por no poder ver el increíble verde de sus iris. El pelo moreno, salpicado de canas y algo ondulado la tentaba a enterrar sus dedos en él, pero Erika tuvo que reprimir las ganas. Ellos no tenían tanta confianza... aún.

Alek la observaba a través de sus gafas de sol. Dio gracias por haberse acordado de ponérselas, así podía contemplar a Erika y su lunar sin que ella supiera donde estaba mirando y, por tanto, hacer que se sintiera incómoda. La joven vestía una minifalda vaquera y un top de tirantes verde. En los pies, unas sandalias planas con incrustaciones de cristalitos de colores en el empeine y la correa que se ataba a los tobillos.

—No quería hacerte esperar —respondió a su exclamación—. ¿Cuál es el *planning* para hoy?

—Vamos a ver los tejados de Dubrovnik.

Ante la cara de extrañeza que puso Erika, Alek se apresuró a explicarle.

—Te voy a llevar a recorrer las murallas. Hay unas vistas impresionantes del interior de la ciudad y del exterior, del mar y de la isla de Lokrum. Te gustará, ya lo verás.

—No sé si llevo el calzado adecuado —dijo ella.

—Tranquila. Son solo dos kilómetros que rodean a la vieja Ragusa. Daremos un tranquilo paseo, después almorzaremos y luego continuaremos la visita —la informó, mientras maniobraba para sacar el coche del estacionamiento.

Poco después llegaron a la puerta de Pile y aparcaron el vehículo. Tras apearse, se dirigieron por la calle Stradun hacia las escaleras que daban acceso al imponente sistema de defensa.

—Este es el mayor atractivo turístico de la ciudad —comenzó a explicarle Alek, mientras caminaban uno al lado del otro sin tocarse—. El gran icono y orgullo de la Perla del Adriático está compuesto por dieciséis bastiones, cinco fortalezas y ciento veinte cañones. Ha resistido asedios y terremotos. Las primeras murallas fueron construidas en el siglo VIII, pero apenas queda nada de aquellos inicios. Lo que contemplas hoy, el suelo que estás pisando y los muros que estás tocando... —Señaló Alek, al ver que ella pasaba la mano despacio por las piedras—... Fue levantado en el siglo XIV cuando nos independizamos de la República de Venecia a la que pertenecíamos hasta entonces. En los siglos posteriores, el complejo amurallado no ha dejado de ser reforzado y modificado, ya que sufríamos ataques por parte del reino otomano y algún que otro más.

—¿Por qué le llaman a Dubrovnik la Perla del Adriático? —le interrumpió Erika.

—Porque sus antiguos habitantes la distinguían como única. También se la conoce como la Atenas dalmata porque aquí proliferaron grandes exponentes de las ciencias, el arte y las humanidades. La vieja Ragusa rivalizó con Pisa, Venecia y Florencia en riqueza y cultura. De aquí, han surgido famosos médicos, astrónomos y sabios.

Erika lo escuchaba embelesada mientras aspiraba el aroma marítimo que la tenue brisa del Adriático llevaba hasta ellos. Los distintos colores de los tejados dejaban clara evidencia de los que fueron reconstruidos tras la guerra de los Balcanes. Se detuvieron en la torre Minčeta, que custodiaba la esquina norte del perímetro amurallado y era el punto más elevado, para sacar una instantánea con el móvil y después continuaron su paseo. Alek siguió contándole la historia de las fortificaciones ragusianas.

—Esa edificación de allí delante es el fuerte Revelin. Como puedes comprobar no se halla conectado a las murallas. Sin embargo, sí participa en el sistema defensivo de la ciudad, protegiendo a la puerta de Ploče y al puerto viejo. Es la mayor fortaleza de Dubrovnik y actualmente sede del Museo Arqueológico, que podemos visitar si te apetece cualquier día de los que estés aquí.

Continuaron con el paseo por las murallas mientras Alek le señalaba los puntos de interés —Lovrijenac o Fortaleza de San Lorenzo, la isla de Lokrum, donde prometió llevarla otro día, etcétera— y le relataba la historia de cada rincón.

Erika lo escuchaba extasiada. Ese hombre era un erudito. ¿Qué narices hacía trabajando de *maitre* en un hotel?

—Eres un guía excelente. Sabes tantas cosas del lugar en el que vives... Da gusto escucharte —lo alabó ella.

—Bueno, eso es porque amo a mi ciudad, a mi tierra. Y hay que cuidar lo que uno quiere, conocerlo y mantenerlo. Creo que no podría vivir en otro sitio que no fuera Ragusa.

Erika sintió una punzada en el pecho y se preguntó si a la mujer que ocupara su vida la trataría de igual modo. Si se esforzaría por conocer sus gustos, cuidarla, complacerla y mantenerla a su lado.

—¿Por qué trabajas en el hotel? —preguntó de pronto—. Podrías ganarte la vida enseñando la ciudad y contando su historia.

Alek se encogió de hombros.

—La historia es mi gran pasión. Pero no solo de Dubrovnik, sino de otros países del mundo también. Me hubiese gustado estudiar esa carrera en la universidad, pero después de la guerra mi familia no tenía recursos. —Sonrió con tristeza inclinándose un poco hacia ella que se había apoyado en

uno de los cañones de la muralla y le tendía el móvil para que él le hiciera una foto. Cuando hubo tomado la instantánea, le devolvió el teléfono y se colocó a su lado—, Así que como tenía que ganarme la vida de alguna manera y ayudar a la economía familiar, empecé a trabajar primero en la construcción y después de camarero en el hotel. Viendo que allí había un futuro para mí, hice varios cursos de restauración para ascender hasta convertirme en *maître*. Los idiomas se me han dado bien y los he aprendido con facilidad, a pesar de no haber estudiado en ninguna escuela de idiomas. En ese aspecto, digamos que soy autodidacta y como aquí nos visitan tantos turistas de diferentes países he tenido la suerte de perfeccionar mis conocimientos.

Erika estaba fascinada con él. Si no fuera por la vergüenza que pasaría, estaría con la boca abierta, mirándolo mientras Alek le hablaba.

—Me dijiste que tu trabajo es aburrido. ¿Por qué no cambias de empleo? —quiso saber él.

—Porque no es tan fácil. Además, me permite pagar las facturas a final de mes.

—Pero... si no te gusta lo que haces...

—No especialmente, sin embargo, ya me he acostumbrado. Lo bueno de mi trabajo es que viajo mucho y conozco un montón de sitios. ¿Dónde vamos a comer? Me muero de hambre —soltó para cambiar de tema, pues no quería ahondar en lo que hacía en su empleo.

—¡Vaya qué anfitrión tan pésimo soy! —exclamó Alek, riendo—. Después de la caminata por las murallas, no me he dado cuenta de que la princesa necesita reponer fuerzas.

En un impulso agarró a Erika de la mano y tiró de ella. No aguantaba más sin tocarla.

—Ven. Te voy a llevar a un sitio que te encantará.

La joven caminó a su lado sintiéndose especial. El tacto de su piel era excitante y hacía que un calor delicioso inundara su cuerpo. Alek notaba la mano de Erika, pequeña y delicada, abrigada por la suya, más grande y fuerte, y cómo una descarga eléctrica le recorría todo el brazo, instándole a no soltarla jamás.

Recreándose en las sensaciones del tacto, dejaron atrás la fortaleza de

Bokar, de estructura cilíndrica, concebida para reforzar la defensa de la puerta de Pile y uno de los fuertes más fotogénicos de la ciudad, y se dirigieron al 360 Degrees, uno de los restaurantes más caros, propiedad de un gran amigo suyo, pero único tanto por la delicadeza de su cocina mediterránea como por su ubicación, sobre las viejas murallas de Dubrovnik.

Como hacía calor, decidieron comer en el interior del local, que los recibió con sus lámparas semejando burbujas de agua colgando del techo, el tono rojizo de sus asientos, las mesas de cristal negro y las paredes de piedra.

Pidieron sendos pescados y una ensalada para compartir, y cuando el camarero se retiró, continuaron hablando tranquilamente.

Los dos se encontraban cómodos en la compañía del otro, como si se conocieran de toda la vida y los diez años de diferencia que había entre ellos no supusieran ningún impedimento.

Cuando salieron del restaurante se dirigieron hacia el palacio del Rector para seguir con el tour turístico.

—A partir del siglo XIII esta fortaleza de inspiración romana fue poco a poco perdiendo su influencia y modificándose para adquirir el estilo veneciano más semejante al palacio que ves ahora —le contó, mientras Erika admiraba la fachada de estilo mixto gótico-renacentista—. Después del seísmo de 1667 hubo que restaurarla y, como puedes comprobar, la huella del barroco también quedó en el edificio.

Se detuvieron para que Alek le tomara unas fotos en el impresionante y bonito pórtico, y después se metieron en el interior para ver el Museo de Historia de la ciudad. Las estancias estaban decoradas con muebles antiguos y en el área de exposición se exhibían pinturas de viejos maestros croatas desde el siglo XV hasta la segunda mitad del siglo XIX.

—Qué maravilla, por Dios... —susurró Erika, extasiada por tanta belleza.

Alek la observó de reojo y sonrió.

En otro impulso, agarró su mano y con el pulgar trazó círculos en el dorso, que estimulaban las terminaciones nerviosas de Erika haciéndola desear que recorriese con esos dedos el resto de su cuerpo.

—En el patio, se celebran conciertos de música clásica todos los veranos durante el Festival de Dubrovnik y el resto del año se puede escuchar a la

orquesta sinfónica. Vayamos ahora a ver la Catedral de la Asunción, que está aquí al lado.

Salieron del palacio y se dirigieron cogidos de la mano hacia el majestuoso edificio que Alek había comentado.

Erika notaba su corazón acelerado por las tenues caricias del hombre. Se preguntaba si tras esos acercamientos tímidos, él pasaría a mayores, si se atrevería a besarla o incluso llegar más lejos. La perspectiva de hacer el amor con Alek se le antojaba muy tentadora. Ese atractivo madurito debía ser un portento en la cama. Cariñoso, tierno, fuerte, viril... y estaba segura de que la haría disfrutar muchísimo.

—Antiguamente había una catedral bizantina y románica que fue destruida en el terremoto y, *a posteriori*, se levantó esta que contemplas hoy, de estilo barroco. —Oyó que Alek le contaba, sacándola de sus lascivos pensamientos.

Ella admiró el hermoso templo en el que destacaba el color azul de la cúpula, que contrastaba con el rojo y anaranjado de los tejados del resto de la ciudad vieja, así como la elegancia de su fachada.

—Es... preciosa... —murmuró Erika, sobrecogida por la inmensidad de la belleza que tenía frente a sí—. Toma, hazme una foto.

Le tendió el móvil y Alek tomó un par de instantáneas en las que se apreciaba el esplendor del edificio.

—Lo realmente interesante está en el interior de la catedral porque guarda las reliquias de san Blas, el Tesoro, que llamamos los ragusianos, así como obras de inestimable valor —le comentó, devolviéndole el teléfono—. Ven, entremos.

De nuevo, agarró a Erika de la mano y se internaron en el frescor del templo, algo que agradecieron los dos.

Alek estaba entusiasmado. No solo por mostrarle a Erika todo lo concerniente a la historia de su ciudad, sino porque ella parecía no repeler su contacto. Es más, aseguraría que se encontraba a gusto y que incluso buscaba el acercamiento.

Así, deleitándose con las sensaciones de una piel contra la otra, recorrieron el interior de la catedral, en forma de cruz latina, dividida en tres naves rematadas por la gran cúpula que habían apreciado desde el exterior.

Observaron los altares profusamente decorados al estilo barroco, tan recargados, y las numerosas obras de pintores renacentistas italianos como Tiziano y Rafael.

Se dirigieron hacia una de las capillas a la izquierda del altar principal, donde Alek le dijo que se encontraba el Tesoro de la catedral. Los restos de san Blas —un cráneo, una pierna y un brazo— se conservaban en el interior de tres valiosos relicarios de oro, uno de ellos con forma de corona, decorados con incrustaciones de piedras preciosas y esmaltes policromados.

Acabada la visita al templo, una vez en el exterior, Erika se quedó mirando la fachada algunos segundos más.

—Debe ser maravilloso contraer nupcias en un lugar así.

—Sí. Lo es. También en el Palacio Sponza se celebran bodas. Te lo enseñaré mañana porque ahora... —Miró su reloj de pulsera—... Debemos volver al hotel. Empieza mi turno dentro de poco.

—Me encanta tu ciudad. Me gustaría vivir en un lugar así, con tanta historia...

Alek se acercó más a ella, los dos parados en mitad de la plaza donde estaba la catedral, y la agarró de la otra mano también.

—A mí también me gustaría que vivieses aquí —admitió, mirándola con intensidad a los ojos.

Poco a poco fueron acercándose más y más hasta que sus torsos estuvieron pegados. Alek sentía en su garganta el aliento de Erika y cuando ella emitió un tenue suspiro, su vello corporal se erizó. Bajó los ojos hacia aquella tentadora boca al tiempo que ascendía con sus dedos por los brazos de la joven, dejando ríos de fuego por donde pasaban. Cuando llegó a los hombros, rodeó la espalda con un brazo y con la otra mano la cogió con delicadeza de la nuca.

—Voy a besarte —murmuró contra sus labios.

—Sí...

Alek esbozó una traviesa sonrisa y, por un momento, la miró a los ojos.

—No te estaba pidiendo permiso, princesa.

Cuando vio que Erika cerraba los ojos para entregarse al beso, él se apoderó de su boca saturándole los sentidos. Alek se tomó su tiempo saboreando los labios femeninos, acariciándole el interior de la boca con

lentas pasadas de su lengua. Ella no pudo evitar comportarse como un gatito, ronroneando por el placer que estaba recibiendo y arqueándose contra él para sentir más y más del duro cuerpo masculino pegado al suyo. La presión de sus sensuales labios contra los de ella inició un fuego en medio de sus piernas y, sin darse cuenta de lo que hacía, se restregó contra el bulto que comenzaba a nacer en los pantalones de Alek.

—*Tata*<sup>1</sup>.

Escucharon la voz de una niña a su lado y Alek rompió el beso de forma brusca. Sorprendido, soltó a Erika y se volvió hacia la vocecita infantil.

La joven abrió los ojos preguntándose qué acababa de pasar. Sentía los labios hinchados por el beso y todo su cuerpo excitado.

Cuando miró hacia el suelo donde Alek estaba acuclillado frente a una cría que no debía de tener más de seis o siete años, acompañada de una mujer rubia, con un pecho de considerable tamaño y edad similar a la del hombre, frunció el ceño confusa.

Alek abrazaba a la cría con cariño y ella le llenaba la cara de besos entre risas. Los dos hablaban al tiempo que se reían, pero Erika no pudo comprender nada, pues usaban la lengua del país y ella la desconocía.

Miró a la mujer. Tenía los ojos azules y estaba rellenita. Era físicamente similar a Milka, la recepcionista del hotel.

—Erika —dijo él, alzándose del suelo con la niña cogida en brazos, puesta sobre una de sus caderas—, quiero presentarte a Elizabeta, mi hija.

—¿Tienes una hija? —preguntó asombrada, intentando asimilar la información.

Alek amplió su sonrisa.

—Sí. Y esta es Ivana —señaló a la mujer rubia.

Erika abrió tanto la boca por la sorpresa, que casi se le desencaja la mandíbula.

—Estás casado... —murmuró ella con horror.

Comenzó a recular hacia atrás hasta que chocó con un turista. Se dio la vuelta para disculparse y luego continuó su camino para alejarse de Alek cada vez más rápido mientras pensaba que era demasiado bonito para ser verdad y que había sido una tonta por confiar de nuevo en un hombre.



---

⊥ Papá.

# Capítulo 7

Se podía saber mucho sobre una persona por las redes sociales que usaba. Sus gustos, aficiones, su lugar de residencia o dónde trabajaba. Todos los días la gente subía fotos a Instagram, Facebook, etc. contando parte de su vida sin darse cuenta de que esa información estaba al alcance de cualquiera.

Cuando Milka tecleó en el ordenador el nombre de Erika Bravo lo que descubrió la hizo muy feliz. Ya tenía el arma arrojadiza perfecta para quitarse de encima a esa española y que la dejara el camino libre con Alek. Aunque se dijo que ella, tarde o temprano, se marcharía de Dubrovnik, cuanto antes rompiera su amistad con el *maître* mejor. No estaba dispuesta a soportar toda la semana a esa niñata y a su objeto del deseo coqueteando. Además, él podía perder su empleo por culpa de la española y si ocurría eso, Milka dejaría de verlo tan a menudo y, por lo tanto, tendría menos oportunidades de iniciar una relación con él. Mejor prevenirlo, aun a riesgo de llevarse una regañina por su parte como había sucedido la noche anterior, enseñándole lo que había descubierto sobre la joven morena y que se le cayera la venda de los ojos de una vez. Ya lo consolaría luego ella...

Alek vio cómo Erika se alejaba apresurada y quiso echar a correr tras ella para explicarle que todo había sido un malentendido. La joven había sacado conclusiones precipitadas y eso podía hacer que se enfadase con él. Bueno, de hecho, estaba seguro de que ella ya estaba enfadada con él. Además, ver en sus ojos la mezcla de decepción y tristeza que los había empañado no le gustó nada.

—Elizabetha tengo que ir a hablar con mi amiga. Quédate con mamá — le dijo a la niña en croata, bajándola al suelo. Después de darle un beso en la frente, miró a Ivana—. Perdóname un momento. Voy a buscarla y vuelvo enseguida. Quiero que la conozcáis y ella a vosotras.

Acto seguido, giró sobre sus talones y echó a correr entre la multitud de turistas, esquivándolos, para localizar a Erika.

Erika apenas veía donde pisaba. Chocó varias veces contra algunos visitantes de la ciudad amurallada, pero no se paró a disculparse. En su mente, se repetía una y otra vez que había sido una idiota por haberse dejado seducir por ese madurito atractivo. No tenía que haber permitido que él la acompañara en su recorrido por la ciudad. No debía haberse encariñado con él como había hecho hasta hacía escasos minutos. ¡Y encima lo había besado! ¡Sin saber apenas nada de Alek! ¿Cómo podía ser tan tonta? ¿Cuántas veces se había repetido en estos meses tras la ruptura con su novio que no debía confiar en los hombres? Al final todos mienten. Todos engañan.

Del único hombre que podía fiarse era de su padre. Una persona íntegra que jamás había hecho daño a nadie. Amaba a su madre y a ella más que a nada en el mundo. Así lo había demostrado infinidad de veces a lo largo de su vida.

—Erika...

Escuchó la voz de Alek a su espalda antes de que este la agarrase por el brazo para detenerla.

—Déjame —le ordenó ella enfadada.

—No. Tengo que explicarte...

Erika se volvió hacia él, soltándose de su agarre, y lo interrumpió.

—¿Qué tienes que explicarme? ¿Qué estás casado? ¿Qué le eres infiel a tu mujer? O pretendías serlo conmigo, al menos. ¿Sabes lo que sufrirán ella y tu hija si eso ocurre? ¿Sabes lo que sufriré yo? ¿Por qué no te has parado a pensar en las consecuencias antes de coquetear conmigo? ¡Antes de besarme! —le gritó enfurecida.

Alek miró a su alrededor. Varias personas contemplaban el espectáculo que estaban dando.

—Por favor, vamos a hablar a un lugar menos concurrido, más tranquilo —le pidió él en un tono bajo, agarrándola del brazo de nuevo.

—¡Yo no tengo nada de qué hablar contigo, cerdo! —espetó Erika, soltándose otra vez.

Pero Alek no estaba dispuesto a dejar las cosas así y, cogiéndola de ambos brazos, la giró y la obligó a caminar delante de él hasta que se metieron en una calle lateral menos transitada. Erika se retorció intentando soltarse y mascullando improperios contra el infiel de Alek, que él tuvo que

soportar estoicamente.

La pegó a la pared de piedra de una casa, sujetándola por ambos brazos de cara a él, y le dijo en tono autoritario:

—Cállate ya. Y escúchame.

—No quiero.

—No seas cabezota. Todo tiene una explicación.

—No quiero tus explicaciones —soltó ella.

—Pues te las voy a dar aunque no las quieras —dijo él, empezando a ponerse de mal humor.

Erika lo fulminó con la mirada, apretando los labios en una fina línea.

Alek sacudió la cabeza pidiéndole a san Blas, patrón de la ciudad medieval, que le diera paciencia para lidiar con esa fierecilla.

—¿Crees que habría salido corriendo detrás de ti si estuviera casado? ¿No te parece raro que esté aquí contigo en lugar de con mi supuesta mujer dándole explicaciones sobre ti? —Inspiró hondo y continuó—. No estoy casado. Estoy divorciado. Y cuando se te pase el enfado, me gustaría que conocieras a mi exmujer y a mi hija. Si no estás demasiado avergonzada después del numerito que has montado, claro.

Erika notó cómo el rubor de la mortificación le cubría las mejillas.

—¿Eso es verdad? ¿Eres divorciado?

Alek asintió.

—¿Tienes algún problema en salir conmigo si lo soy? ¿O no te relacionas con divorciados? A mí edad ya no quedan muchos hombres solteros —le aclaró.

—Ya lo sé. Es que... Perdóname, Alek. —Cerró los ojos, incapaz de mantener su mirada por más tiempo—. Lamento todos los insultos que te he dicho y cómo me he puesto.

Levantó los brazos haciendo que él la soltara y se cubrió la cara con las manos, queriendo esconderse del mundo y de él de tan avergonzada como estaba.

Alek se acercó más a ella y la acarició el cabello con dulzura. Después retiró las manos de su rostro delicadamente y la miró a los ojos con una ternura infinita cuando ella los abrió de nuevo.

—¿Quién te hizo daño en el pasado, ángel mío? —preguntó, intuyendo

que su reacción desmesurada se debía a un gran desengaño amoroso.

—Ahora no... no quiero recordar aquello —respondió, moviendo la cabeza para negarse.

Él la abrazó y ella se refugió entre los fuertes brazos del hombre buscando consuelo y calor. Poco a poco, fue relajándose hasta que suspiró tranquila.

—¿De verdad quieres que conozca a tu exmujer y a tu hija? Me da vergüenza.

—Después de la que has liado no me extraña —comentó él en voz baja—. Aun así, sí, quiero que las conozcas. Son personas importantes en mi vida y no veo que hay de malo en que hables con ellas un rato. O por lo menos, que no salgas corriendo si las volvemos a ver por aquí.

—¡Qué tonta he sido! Perdóname.

Alek le alzó el rostro cogiéndole la barbilla con dos dedos.

—No te disculpes más. —La besó de manera fugaz en los labios y la agarró de una mano, entrelazando sus dedos con los de ella—. Vamos. Te las presentaré y nos marcharemos al hotel rápido. Voy a llegar tarde a trabajar esta noche.

Volvieron sobre sus pasos hasta donde se habían quedado esperando la exmujer y la niña de Alek. Erika no dejaba de preguntarse si el motivo por el que él quería que las conociera se debía a que pretendía continuar con su amistad una vez que ella regresara a España. ¿Iría Alek a visitarla alguna vez? ¿Volvería ella a la Perla del Adriático de nuevo tras aquellos días?

Cuando ella contempló a la exmujer y su hija, roja como un tomate por la vergüenza, observó que la chiquitina era la viva imagen del hombre. El cabello moreno, recogido en dos trenzas, los ojos verdes y la boca igual que la de él, con el labio inferior más grueso que el superior.

Sin embargo, tenía unas pequitas muy graciosas en la naricilla, que se extendían hasta sus pómulos y que sin duda las había heredado de Ivana, pues la madre también las poseía.

Alek las presentó en inglés. Ivana le estrechó la mano con una gran sonrisa y Elizabeta, muy educadamente, hizo lo mismo que su mamá.

—Ellas son bilingües. Hablan croata e inglés.

Erika asintió a sus palabras.

—Encantada de conoceros —dijo en inglés—. Lamento el malentendido de antes.

—No te preocupes, cielo. —La disculpó Ivana, con una sonrisa sincera.

—¿Eres amiga de mi papá? —preguntó la niña en inglés.

—Sí.

—Eres muy guapa. Te pareces a mi muñeca Katarina. ¿Quieres verla?

En ese momento, Erika se dio cuenta de que la pequeña llevaba agarrada de una mano una muñeca morena, de pelo largo, con los ojos oscuros, vestida con una falda vaquera y una camiseta verde.

—Vaya. Si va vestida igual que yo —murmuró cogiendo el juguete—. Es muy bonita, Elizabeta. —Se lo devolvió unos segundos después, sonriéndola.

Alek carraspeó en ese momento para aclararse la garganta antes de hablar:

—Tenemos que irnos o llegaré tarde al trabajo.

Cogió a Eliza de nuevo en brazos, le dio un beso en la frente y la estrechó contra él unos segundos más, mientras le susurraba al oído que la quería muchísimo. Cuando soltó a la niña, le dio un beso en la mejilla a Ivana y un apretón en el hombro.

—Dale recuerdos a Matko y dile que lo llamaré un día de estos para quedar y salir en kayak.

—Está bien. Lo haré —contestó Ivana y girándose hacia Erika se despidió de ella—. Ha sido un placer conocerte. Espero que te veamos por aquí de nuevo.

—Igualmente. —Sonrió Erika antes de volverse y caminar al lado de Alek.

Anduvieron en silencio unos pocos metros hasta que él tomó la palabra.

—No ha estado tan mal, ¿verdad?

—No. —Suspiró ella—. Ivana parece simpática y Elizabeta es una niña encantadora.

—No te fíes de Eliza. Cuando quiere es un diablillo —soltó Alek riéndose.

La cogió de la mano y tiró de ella para que se acercara a él. Hizo que se detuviera y la agarró con la otra mano por la cintura.

Se inclinó sobre su boca y le dio un beso rápido.

—Esta noche cuando termine de trabajar, ¿quieres que salgamos a tomar algo? ¿O estás cansada?

—Sí, podemos salir y así conozco la noche ragusiana.

—De acuerdo. Cuando acabe te mandaré un WhatsApp.

Una vez montados en el vehículo, de camino al hotel, Erika le pidió a Alek que le contara sobre su hija.

—Tiene seis años y, como te he dicho, es un pequeño diablo que nos vuelve locos a su madre y a mí.

—Parece que te llevas bien con tu exmujer, a pesar de todo, y que Eliza tiene asumido que sus papás no estén juntos —afirmó más que preguntó ella.

—Así es. Ivana fue mi primera novia. La conocí a los quince, nos enamoramos y estuvimos de novios muchos años. Cuando las cosas comenzaron a ir mal, pensamos que casándonos se arreglarían y al principio fue así, pero después de un tiempo volvimos a discutir mucho, cada uno hacía su vida independientemente del otro, éramos más compañeros de piso que otra cosa. Una noche nos sentamos a hablar sobre nuestra situación y decidimos tener un hijo para ver si eso nos unía más. —Hizo una pausa, sacudió la cabeza y sonrió con tristeza—. Grave error. Pero no me arrepiento porque Eliza llegó a nuestras vidas y, aunque Ivana y yo nos dimos cuenta de que la niña no era la solución a nuestros problemas, no la cambiaríamos por nada del mundo. Cuando Eli tenía dos años decidimos separarnos porque habíamos comprendido que nuestro amor se había muerto y no había forma de resucitarlo. Así que volvimos a sentarnos para hablar con tranquilidad y decidimos divorciarnos. Ahora Ivana está casada con uno de mis amigos, Matko, y parece que les va bien. Él trata a Eliza como si fuera hija suya también y yo estoy feliz por todos.

—Qué civilizado todo, ¿no? Normalmente los divorcios suelen ser una guerra y si hay niños por en medio se usan como armas arrojadas contra el otro —comentó Erika.

—Sí, sé que parece raro, pero Ivana y yo no queríamos acabar de esa manera y para Eli hubiera sido fatal. Siempre hemos sido, ante todo, amigos, desde que empezó la relación. Nuestro amor se murió o dejamos que se

muriese, como quieras verlo. No sé si fue por la rutina, porque éramos demasiado jóvenes cuando nos hicimos novios... En fin... el caso es que todo acabó de la mejor manera. Quizá también fue porque no hubo terceras personas, ya sabes, infidelidades, etcétera. Conozco matrimonios que no han terminado así y, la verdad, me da muchísima pena que no haya un consenso entre ambas partes. En un divorcio sufren muchas personas. A parte de los cónyuges está la familia que los rodea, los niños si los tienen, los amigos... No queríamos eso para nosotros.

Los dos se sumieron en un cómodo silencio hasta que ella tomó de nuevo la palabra.

—Entonces Elizabeta vive con su madre y su nuevo marido.

—Efectivamente. Aunque yo puedo verla siempre que quiera y llevármela algún fin de semana de los que tengo libres a mi casa. Primero lo hablo con Ivana y Matko y si ellos no tienen planes con la niña, me la quedo yo. A veces, incluso abusan de mí porque cuando quieren pasar un fin de semana en pareja, me endosan a mi hija —dijo Alek riéndose—. Es broma. Pero sí es cierto que entre todos nos arreglamos bien con Eliza. La comunicación es muy importante para llevarse bien con las personas, sobre todo cuando hay niños pequeños por en medio. Y en cuanto a Eli, es la vida que ha conocido siempre. Cuando nos separamos ella era muy pequeña aún y no recuerda que su madre y yo hemos vivido juntos. Sabe que yo soy su papá e Ivana es su mamá y que Matko es su otro papá. Y ya está. Para Eliza es tan sencillo como eso. Si cuando sea más mayor pregunta algo sobre lo que nos pasó a Ivana y a mí se lo contaremos con naturalidad y punto.

—Entonces, llevas divorciado cuatro años —dijo Erika—. Y en todo este tiempo, ¿no ha habido ninguna otra mujer? —preguntó curiosa.

Alek le mostró esa sonrisa tan *sexy* que tenía y ella sintió que se derretía en el asiento del coche.

—Claro que ha habido otras mujeres, pero ninguna lo suficientemente importante. Soy de los que piensan que hay que enamorarse las veces que haga falta, hasta conseguir que nos salga bien. El amor es como un regalo. Viene envuelto en un papel llamativo, muy bonito, que arrancamos enseguida. Al principio no dejamos ni un segundo de jugar, pero poco a poco nos vamos cansando, aburriendo, y al final siempre acaba en el desván,



olvidado. Yo espero encontrar algún día una mujer con la que no se me acabe el amor, con la que nunca me canse de jugar, por eso sigo buscando.

—Así que eres una especie de Casanova —concluyó Erika.

Alek soltó una carcajada mientras aparcaba el coche a unos metros de la puerta del hotel, en la zona habilitada para el personal empleado en el alojamiento.

—Bueno, no sé, si tú me consideras así...

—¿Con cuántas mujeres has estado desde que te divorciaste?

Él pensó unos segundos, haciendo cálculos.

—A ver... Lo intenté en serio con una chica al año de separarme de Ivana, pero no funcionó. Y después de ella habré estado... no sé... con tres más, pero nada serio. Ligues de unos días o incluso de una sola noche.

Erika meditó sobre si a ella la consideraría un ligue de unos días, como había dicho. Pero ese pensamiento quedó relegado cuando recordó a Milka y se preguntó si entre esas mujeres estaría la vaca del chocolate. No estaba segura de si habrían tenido algo sexual, pero ella parecía interesada en él por la forma en que lo miraba.

—¿Te parecen muchas? ¿Soy un Casanova? —preguntó Alek, sacándola de sus pensamientos.

—Cuatro mujeres en cuatro años de soltería renovada. —Frunció los labios dudando—. No sé. Tendré que conocerte más antes de tomar una decisión.

—Si sirve en mi defensa, alegraré que entre la tercera y la última, pasé más de un año sin acostarme con nadie.

—¿Y cuánto hace de la última? —quiso saber ella.

—Casi dos meses ya.

—Entonces a mí no me toca. Tienes que pasar un año solo hasta que llegue la siguiente, recuérdalo. Ahora me quedo más tranquila sabiendo que no eres un peligro para mí —le dijo con resolución.

Soltó una carcajada al ver la cara de asombro que había puesto Alek y se bajó del coche antes de que él pudiese reaccionar.

Caminó deprisa hasta la puerta del hotel, aun riéndose, y se volvió cuando le oyó preguntar:

—¿Sabes por qué algunas veces te llamo princesa?

—No. ¿Por qué?

—Porque tu nombre significa eso, princesa. Bueno, más bien es algo así como «mujer que siempre será princesa» o también «princesa eterna».

—Bien. Entonces puedes seguir llamándome así. Me gusta.

—¿Quieres saber qué significa el mío, Aleksandar?

Él caminó hasta acercarse a ella y al pasar por su lado, contestó sin detenerse.

—El que conquistará a la princesa —dijo en un susurro, antes de proseguir su camino e internarse en el recinto del hotel.

Erika se volvió y le habló a su espalda.

—¿Eso es cierto?

—Si no me crees, búscalo en Google.

Alek se despidió alzando la mano. Llegaba tarde a trabajar.

Erika se quedó allí plantada, en la puerta del hotel, pensando si sería verdad o no lo que él le había dicho.

Rezando porque sí lo fuera, comenzó a caminar para dirigirse hacia la recepción y pedir la llave de su habitación.

Parecía que el hombre realmente quería tener algo con ella. De lo contrario no le habría presentado a su exmujer y a su hija. Además, todo lo que le había comentado sobre cómo veía él el amor y las relaciones le hacían intuir esto. Y la sinceridad con que le había contado su vida, su pasado amoroso, le indicaban que Alek era un tipo en quien podía confiar; aunque todavía fuera demasiado pronto y las cosas fuesen tan rápido entre ellos que le causaba vértigo.

En recepción, estaba Milka, que hizo una mueca de asco cuando la vio llegar. Aunque la cambió enseguida por una resplandeciente y falsa sonrisa, a Erika no le pasó desapercibido el gesto anterior.

Le pidió la tarjeta-llave de su habitación, que la rubia le entregó con diligencia, y se marchó hacia el ascensor.

Cuando se montó en él, sacó su móvil e intentó hacer la búsqueda en Google, pero no había wifi. Pensó que sería porque estaba dentro del elevador y a lo mejor se perdía la conexión allí; sin embargo, al llegar a su habitación y obtener el mismo resultado sus intentos por saber si lo que Alek le había dicho era cierto se vieron frustrados. Podía usar sus datos perfectamente, pero

no quería abusar y quedarse sin ellos.

Con un suspiro resignado, levantó el auricular y llamó a recepción para comunicarlo.

—Buenas noches. Soy de la habitación 504. No tengo wifi y me gustaría saber si hay algún problema con la conexión.

—Un momento, por favor... —Escuchó que Milka le decía. Pasados unos segundos, la recepcionista prosiguió—. Efectivamente. No tiene usted wifi porque es de pago y no lo ha contratado.

—¿Qué el wifi es de pago? —Se indignó Erika.

—Sí, señorita —respondió Milka con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Cobráis casi cuatrocientos euros la noche y me dices que el wifi no es gratis? —preguntó Erika exaltada.

—Así es, señorita.

La joven española apretó los dientes.

—Si desea tener wifi —continuó hablando la recepcionista—, puede abonar treinta euros al día o bien bajar al *lobby* o a la zona de la piscina, que allí lo hay gratis. ¿Quiere que le de la clave?

—No, gracias.

Erika pensó que se lo pediría a Alek cuando lo viese o al barman del chiringuito de la piscina. A cualquier persona menos a la vaca del chocolate.

Colgó el teléfono y abrió su portátil.

En el documento que había iniciado cuando llegó a Dubrovnik, añadió otra línea más que decía «Wifi» y comenzó a teclear sus impresiones en él.

Al terminar, se desvistió y se dio una ducha rápida antes de bajar a cenar. Cuando estaba acabando de acicalarse con el vestido amarillo de la noche anterior, ese que le sentaba tan bien y que Alek había apreciado con una mirada de deseo, sonó su móvil. El mirar en la pantalla quién la llamaba, una sonrisa se extendió por su cara.

—Buenas noches, Marta —saludó a su amiga.

—¡Hola! ¿Qué tal todo por ahí? No me has llamado para contarme nada y quiero saberlo todo, todo, todo. ¿Es bonita la ciudad? ¿Y la gente? ¿Son amables? ¿Y el hotel? ¿Cómo son los hombres croatas? ¿Están buenos? ¿Tengo que ir para ligarme alguno?

—Si paras un momento podré responder a tus preguntas —dijo Erika

entre risas.

—Vale, ya me callo.

Erika comenzó a contarle todo lo que ella quería saber hasta que llegó al momento en el cual le habló de Alek.

—Oye Marta, ¿me harías un favor?

—Sí, claro, dime.

—En el hotel no tengo wifi...

—¡Pero si es un cinco estrellas! —exclamó su amiga.

—Ya, pero me piden treinta pavos al día por el wifi gratis y paso de gastar más dinero. Además, ando algo justa de datos.

—Lo pondrás en el informe, supongo.

—Claro que sí. No me voy a dejar nada. Ni lo bueno, ni lo malo —le aclaró Erika.

—¿Qué necesitas entonces? Me pillas delante del ordenador —preguntó Marta.

—Busca en Google el significado de mi nombre.

Cuando su amiga lo encontró, le contó qué quería decir y Erika comprobó que la información que Alek le había dado era correcta.

—Vale, Marta. Ahora busca Aleksandar.

—Será Aleksander —la corrigió Marta.

—No, no. Aleksandar, con A. Es un nombre croata.

—¿Para qué quieres saberlo? —Y sin dejarla responder, añadió—. No me digas que te has ligado a un croata.

—Tú búscalos y luego te cuento.

Marta tecleó en su ordenador y al cabo de unos segundos, contestó:

—Aleksandar es un nombre del sexo masculino muy popular en las regiones de Bosnia-Herzegovina, Croacia, Eslovaquia, Serbia...

—Ve al grano, Marta. ¿Qué significa? —La apremió Erika.

—¡Que impaciente, por Dios! Seguro que has conocido a un tío bueno que se llama así. Pero a ti nunca te ha interesado el significado de los nombres, ¿por qué ahora sí?

—¿Quieres dejar de enrollarte y contestar a mi pregunta? —soltó Erika, perdiendo la paciencia.

—Ya voy, ya voy, ¡Hay que ver! —Hizo una pausa para crear expectación

y prosiguió—. Aleksandar significa «El protector de los hombres».

—¿Estás segura? —quiso saber Erika sintiendo una pequeña punzada de decepción en su pecho.

—Eso es lo que pone en la página donde lo he buscado.

—¿Seguro que no pone por ahí en algún lado «El que conquistará a la princesa»? —preguntó Erika.

—No, no lo pone. ¿Quién te ha dicho que significaba eso?

—Alguien que he conocido —se sinceró con su amiga.

—¿Un tío? Si era un hombre, seguro que te ha soltado eso para ligar contigo. ¿Está bueno?

—Me ha mentido —se quejó Erika.

—Bah... No digas chorradas. Te repito que lo más seguro es que estuviera ligando contigo. ¿Es guapo?

Erika lanzó un suspiro y procedió a contarle a su amiga Marta cómo había conocido a Alek y todo lo concerniente a él, incluso lo ocurrido esa misma tarde con su exmujer y su hija.

—Me tienes que mandar una foto de él. Cuando le dé el visto bueno, podrás tirártelo —comentó Marta.

—¡Marta! —exclamó Erika riéndose.

—¿Qué? Hace muchos meses que estás sola. Necesitas darle una alegría al cuerpo.

—No he venido a Dubrovnik para tener un rollo de verano —se excusó ella.

—Ya lo sé, pero si ocurre, eso que te llevas de recuerdo.

—Es diez años mayor que yo.

—¿Y? ¿Qué pasa? ¿Necesita tomar Viagra?

Erika no pudo disimular la risa al escuchar a su amiga.

—No, no creo. No tiene pinta de necesitar eso.

—¿Entonces? —quiso saber Marta.

—No sé... es que después de lo de «El innombrable»... —dijo Erika refiriéndose a su exnovio.

—Escucha, Eri, no todos son tan gilipollas como ese idiota.

—Pues a mí me han tocado unos cuantos a lo largo de mi vida. Creo que tengo el récord de infidelidades de todo el mundo —indicó Erika con tristeza,

aunque su amiga lo sabía bien. Se conocían desde el instituto y Marta conocía perfectamente la vida amorosa de Erika.

—Exagerada. —Marta chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Sabes que no exagero. Si hay algún infiel en un kilómetro a la redonda, seguro que me toca a mí. Soy como un imán para ellos. No sé por qué coño los atraigo. Será que tengo cara de tonta o algo así y piensan que a mí me van a engañar más fácilmente que a otra.

Marta decidió no continuar por ese camino. Bastante se autoflagelaba Erika ella solita.

—Por lo que me has contado, el tal Alek parece un tío sincero y alguien en quien se puede confiar. Dime una cosa, ¿tiene los dedos largos?

Erika soltó una carcajada al escuchar la pregunta de su amiga. Ya sabía ella por dónde iban los tiros con aquello.

—Sí, los tiene largos. La mano es grande, con la palma ancha y los dedos largos.

—Pues chica, no te lo pienses más y date un buen revolcón con él. Además, me has dicho que besa estupendamente. Si sabe mover los labios y la lengua, y encima tiene los dedos largos, ya sabes lo que quiere decir: te subirá al cielo.

—Joder, Marta... —Se rio Erika.

—Venga, déjate de tonterías y acuéstate con él. Pásalo bien los días que estés ahí y luego...

—Marta, sabes que yo me enamoro enseguida. Si me acuesto con él y me gusta cómo me hace el amor, lo voy a pasar mal después, cuando tenga que olvidarlo.

—Ah, sí. Se me olvidaba tu lado romántico —se burló su amiga.

—No quiero sufrir. Ya lo he hecho bastante hasta ahora.

Marta notó en la voz de Erika su tristeza otra vez.

—¡Espera! —exclamó—. En esta página de los nombres también pone que son unos fuera de serie en la cama y que la mujer que se acueste con ellos gozará de lo lindo. Y más abajo dice: «Erika desmelénate por una puta vez en tu vida. Haz las cosas sin pensar en el mañana porque puede que a la vuelta de Dubrovnik se estrelle tu avión y por lo menos habrás echado un polvo antes de convertirte en polvo. ¡Ah! Y que no se te olvide mandarle una foto a

tu amiga Marta para comprobar cómo es el macizorro».

Erika volvió a sonreír al escuchar a su amiga.

—Eso es mentira. No pone esas cosas en la página del significado de los nombres.

—Te juro que pone eso, pero como tú no tienes wifi y no quieres gastar datos, vas a tener que confiar en mí —replicó Marta.

Erika amplió su sonrisa. Reírse con Marta siempre resultaba terapéutico.

—Te voy a dejar. Tengo que bajar a cenar y se hace tarde.

—¿Has quedado con él esta noche?

—Sí, he quedado con Alek.

—Hazme un favor y títatelo —rogó su amiga.

—Adiós, Marta —se despidió de ella, sacudiendo la cabeza a un lado y otro.

—Fóllate al croata madurito y mándame una foto —dijo Marta, antes de que Erika cortase la llamada.

## Capítulo 8

—Alek —lo llamó Milka en cuanto lo vio solo en la puerta de uno de los restaurantes del hotel—. ¿Puedo hablar contigo un momento, por favor?

—Sí, dime. ¿Qué necesitas?

Ella se acercó caminando seductoramente, dejando sola la recepción del hotel algunos minutos. A esa hora no creía que nadie requiriese sus servicios. A no ser que llamasen de alguna habitación, como había sucedido un rato antes cuando habló con la 504, la habitación de la joven española. En cualquier caso, el teléfono se escucharía con nitidez y ella podría atenderlo.

—Hay algo que deberías ver —dijo la mujer sacando su móvil del bolsillo del uniforme negro.

Buscó lo que quería enseñarle a Alek y cuando lo halló, le puso la pantalla delante de la cara para que él lo viera.

—¿Qué significa esto, Milka? ¿Por qué has buscado a Erika en Facebook?

—Lee la biografía. ¿No hay nada que te suene raro? Mira en qué trabaja. Alek cogió el móvil y leyó la información que ponía en esa red social sobre la joven española.

—Bien —dijo al acabar—. ¿Qué me quieres decir con esto?

—Que no es de fiar y que si no te andas con cuidado, puedes perder tu empleo —le señaló Milka.

Alek le devolvió el teléfono.

—Mi empleo lo perderé en caso de que haga algo mal, no porque sea simpático y amable con una turista española —rebatía el hombre.

—Los dos sabemos que estás siendo más que amable y simpático con ella.

La acritud con la que habló Milka le dejó bien claro a Alek que estaba celosa de la otra mujer. Sus palabras habían destilado veneno hacia Erika, algo que no le gustó nada al *maître*.

En ese momento, igual que en otras ocasiones, el hombre se arrepintió de haber compartido con su compañera aquella noche de sexo hacía casi dos



meses.

—Milka, lo que yo haga en mi tiempo libre es cosa mía. Ya te dije que no tienes que prevenirme como si yo fuera tu hijo. No necesito que me aconsejes sobre lo que debería hacer o no. No eres mi madre, ni mi novia. Así que deja de meterte en mi vida y deja de buscar información personal sobre nuestros clientes porque entonces la que va a tener problemas, vas a ser tú.

—Tiene pareja. ¿Quieres ver las fotos? —insistió ella.

A Alek le sorprendió aquella declaración en un primer momento, pero se paró a analizar la situación. Por la reacción que tuvo Erika cuando se encontraron con Ivana y Elizabeta, dudaba mucho que esto fuera cierto. Alguien le había hecho mucho daño a la joven española y por eso reaccionó así, acusando a Alek de infiel y huyendo. ¿Y ahora resultaba que ella hacía lo mismo? ¿Erika también engañaba a su pareja? No. No lo creía. Milka estaba confundida. Puede que en Facebook tuviera fotos con un hombre, pero desde luego, ya no tenía ninguna relación amorosa con ese tipo. Había visto el dolor en los ojos de la chica cuando él le preguntó quién la había lastimado en el pasado. Intuía que la ruptura había sido reciente y por eso ella no quiso hablar del tema esa tarde. Aún dolía.

—No quiero ni necesito ver ninguna foto porque sé que Erika no tiene novio —aseguró.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Con palabras no, pero sus actos me lo han confirmado. Y ahora, déjame tranquilo y vuelve a tu puesto de trabajo.

—Ten cuidado, Alek. No es bueno relacionarse con clientes así — insistió ella.

—A lo mejor está aquí de vacaciones y no para hacer ningún informe de calidad sobre el hotel. ¿No se te ha ocurrido pensarlo?

—Alek llevo muchos años en este empleo igual que tú y estas casualidades sabes que no existen. Deberías dejar de verla.

—Tú no eres nadie para decirme a quién puedo ver y a quién no — repitió perdiendo la paciencia—. Vuelve al trabajo y déjame en paz.

—Cuando ella se marche, no vengas a buscarme —soltó amargada viendo que su truco no había funcionado.

—Descuida, no lo haré.

«Igual que no he ido a buscarte en estos dos meses desde que tuvimos aquel encuentro. No quiero repetir contigo, Milka. Búscate a otro», estuvo a punto de soltarle a la mujer, pero creyó que ya estaba bastante dolida y él no quería hacerle más daño aún.

Así que dio media vuelta y regresó a su sitio al tiempo que Milka hacía lo mismo. Pero la mujer croata no se iba a quedar de brazos cruzados. Como aún tenía el móvil en la mano, buscó el número de la hermana de Alek y le mandó un WhatsApp.

Tenemos un cliente mystery en el hotel.  
Habitación 504

A los pocos minutos le llegó la respuesta de Jelenia.

Bien. Habrá que redoblar los esfuerzos para que esté contento y haga un informe favorable. Gracias por decírmelo.

Milka, no contenta con la respuesta de la gobernanta del hotel, respondió:

Es una joven española. Tu hermano está ligando con ella. Le he advertido de que no lo haga, pero no me ha escuchado. Quizá a ti te haga más caso.

De acuerdo. Hablaré con él.

Contestó la otra mujer.

Minutos después, cuando Alek vio aparecer a Erika, preciosa con el vestido amarillo de la noche anterior, se olvidó de la conversación con su compañera y hasta de que el mundo giraba a su alrededor. Solo tuvo ojos para la española. Sus sentidos se centraron en la hermosa mujer que caminaba hacia él con una sonrisa tan bonita que competía con el brillo de las estrellas de aquella noche.

—Cenaré en el restaurante italiano —le informó ella antes de que él pudiera aconsejarle otro.

Como Alek la vio tan decidida, asintió con un gesto de cabeza, respetando su elección.

—¿A qué hora te espero fuera, en el coche? —quiso saber Erika.

—Terminaré sobre las doce. Si me retraso, te mandaré un WhatsApp para que lo sepas.

—De acuerdo. Por cierto, Alek. ¿Me puedes dar la clave de wifi? Ando justa de datos y llamé a recepción antes para que me la dieran, pero me cobran treinta euros al día y...

—No te preocupes. Ahora mismo te la doy —dijo interrumpiéndola.

Ella sacó su móvil y Alek procedió a decirle cuál era la clave.

—Entonces, ¿no has podido buscar en Google lo que te he contado antes? —quiso saber él.

—De eso tenemos que hablar tú y yo muy seriamente.

—Ya sabes la verdad, entonces —sonrió el hombre.

—Me has engañado. —Lo acusó Erika.

—No te enfades. Ha sido una pequeña broma.

«Solo trataba de seducirte un poco más», estuvo a punto de confesar, pero aquel no era el lugar para hacerlo.

—Una broma. ¡Ja! Después hablamos.

La joven se encaminó hacia su restaurante elegido y Alek no pudo apartar la vista del contoneo de sus caderas mientras se alejaba de él.

Erika había estado pensando en todo lo que le dijo su amiga Marta cuando hablaron y decidió hacerla caso. Aunque no había ido a Dubrovnik con la finalidad de tener un amorío de verano, si la oportunidad se presentaba no iba a desaprovecharla. Pero debía tener cuidado. Ella era muy enamoradiza y puede que esos días en compañía del *maître* del hotel le pasasen factura después, cuando volviera a España.

De todas formas, una cosa era un ligue vacacional y otra muy distinta era sentar las bases para una relación seria y duradera. Algo que no iba a suceder.

Pero se sentía tan bien dejándose seducir por Alek, siendo colmada de halagos y atenciones por parte de ese hombre *sexy*, que decidió no pensar en el mañana, como le había dicho Marta y que fuera lo que tuviera que ser.

Cuando terminó de cenar eran poco más de las once. Como Alek le

había dicho que hasta las doce aproximadamente no terminaba el turno de restauración, se dirigió hacia el bar La Boheme para entretenerse con las actuaciones que había esa noche.

Se acercó a la barra y esperó a que el camarero la atendiese.

Al pasar por el *lobby* una vez acabado el turno, Alek vio de lejos a Erika en el bar, charlando animadamente con el camarero. Observó la escena cerca de un minuto o dos y algo en la actitud de su compañero no le gustó. Se acercaba demasiado a Erika cuando tenía que hablar con ella y la sonreía de forma depredadora, como si estuviera pensando en comérsela.

Supo que aquello que sentía eran celos. Ya los había tenido otras veces cuando estaba con Ivana, al principio de su relación. Por eso, reconoció la sensación de inquietud que lo embargó.

Pero al mirar más detenidamente a Erika, su postura rígida y la falsa sonrisa de sus labios, se cercioró de que ella no recibía bien las atenciones del camarero. Parecía como si la incomodase. Así que no lo dudó más y sacó el móvil para llamarla.

Ella se alegró al ver la pantalla iluminada con su nombre y contestó rápidamente.

—Hola. ¿Ya has terminado?

—Sí. Te espero en el coche.

—Enseguida voy.

Vio cómo pagaba su consumición y cómo, al devolverle el camarero el cambio, le entregaba un papelito doblado. Erika lo cogió y lo abrió. Después negó con la cabeza y terminó dejando la notita sobre la barra.

Alek supo que ella acababa de rechazar una cita con el barman.

Con el corazón alegre, cruzó el *lobby* y salió a la calle. Caminó hasta su auto y poco después Erika se le unió.

—Aquí llega la princesa, protector de los hombres —dijo ella, nada más montar en el vehículo.

Alek soltó una carcajada.

—No me gustan las mentiras.

—No era una mentira. Solo quería halagarte y que durante el rato que

íbamos a estar separados, pensaras en mí —respondió él, agarrándola de una mano.

Tiró de ella para acercarla a su cuerpo y la besó en los labios.

—No te enfades, por favor —susurró al finalizar el beso—. Perdóname por engañarte ese poquito.

—Mmm... Está bien. Pero solo porque besas estupendamente —murmuró Erika, derritiéndose como la mantequilla puesta al sol.

«Y porque tienes los dedos largos», escuchó la voz interior que le gritaba igual que si su amiga Marta estuviera con ella.

Alek la volvió a besar, más pausadamente, disfrutando del sabor de la boca de Erika y de su textura suave. Después, con un suspiro, se alejó de ella y ambos se colocaron bien en sus asientos.

—¿A dónde me vas a llevar? —quiso saber la joven.

—A la discoteca más famosa de la ciudad.

Erika estuvo a punto de confesar que a ella no le gustaban mucho las discotecas. Nunca había sido una juerguista, aunque sí se lo pasaba bien cuando salía con sus amigas. Pero prefería estar en un ambiente tranquilo, charlando, en vez de bailando y gritando como una loca. Sin embargo, no quería aguarle la fiesta a Alek, así que calló y dejó que él la condujese al local de moda de Dubrovnik.

El Club Revelin estaba situado en la fortaleza del mismo nombre y sorprendió a Erika por su doble función: de día albergaba el museo arqueológico, pero de noche se transformaba para convertirse en una discoteca con dos plantas de altura y una terraza con increíbles vistas de la ciudad. Los sonidos de la música electrónica y dance se colaban por los oídos de Erika que, agarrada de la mano de Alek, andaba por la pista en dirección a la barra esquivando a la gente.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó él.

—Agua.

—¿Agua? ¿No prefieres un cóctel sin alcohol? ¿Una Coca-Cola Zero o algo así? Puedes tomar otras cosas que no afecten a tu diabetes.

Ella negó con la cabeza y él pidió sus consumiciones al camarero, que les sirvió de inmediato.

—¿Quieres ir a la pista para bailar? —dijo Alek al cabo de un rato.

Ninguno se había movido de la esquina de la barra en la que estaban. Erika necesitaba refugiarse en aquel rincón oscuro. Estaba incómoda allí, escondiéndose de aquella jungla humana que agitaba los brazos enfervorecida con la música. Ella deseaba estar en un lugar más tranquilo, donde pudieran hablar sin gritarse y sin que los estridentes sonidos dañasen sus tímpanos.

—No me apetece —contestó a su pregunta.

Él la observó en silencio unos segundos.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el sitio, la música o es que estás cansada? —quiso saber pensando que parecía un pajarillo asustado que se ha caído del nido.

—No soy mucho de discotecas. Lo siento. —Erika le dedicó una sonrisa de disculpa.

Alek clavó su mirada intensa en ella antes de volver a hablar

—Entonces vámonos.

La agarró de la mano y tiró de Erika conduciéndola a la salida, dejando sobre la barra la botella de agua medio llena y su bebida casi intacta.

—Alek, no te preocupes por mí. Puedo estar en un sitio así aunque no me guste, de verdad —intentó detenerlo.

—Si tú no estás a gusto, yo tampoco.

—Siento ser tan aburrida —se excusó ella.

Él se volvió para encararla al escucharla decir aquello. Le puso las manos en las mejillas y clavó sus iris verdes en los de ella.

—No eres para nada aburrida. Además, yo también prefiero los ambientes tranquilos y relajados. Aquí... —Miró a su alrededor a la juventud que bebía y bailaba como si no hubiera un mañana—... Desentono un poco. Tengo una edad que no casa con la gente que viene a esta discoteca.

—Entonces, ¿por qué hemos venido a este local? —preguntó ella sin comprender.

Él se inclinó sobre su cara y le dio un tierno beso en la frente. Continuó andando sin contestar a su pregunta hasta que salieron al exterior.

—Me dijiste que querías conocer la noche ragusiana —comentó él—, así que pensé que te gustaría ir a la discoteca más de moda de Dubrovnik. Eres joven, Erika, es lo normal a tu edad.

—Pues, lamento decirte que a pesar de ser joven, ahí dentro me sentía

como una vieja aburrida. Nunca me han gustado las discotecas.

—No vuelvas a decir que eres aburrida —la riñó con cariño, abrazándola por la cintura y pegándola a él—. ¿Qué quieres hacer entonces?

—Llévame a un sitio tranquilo —pidió, notando cómo miles de mariposas se arremolinaban en su pecho y le hacían cosquillas.

La cercanía del cuerpo de Alek y los dedos masculinos anclados a su cintura, transmitiendo el calor a través de las capas de ropa, encendían chispas en todas las terminaciones nerviosas del cuerpo femenino.

Alek se preguntó si sería pronto para llevarla a su casa, porque encontrar un lugar tranquilo en Dubrovnik era misión imposible, tanto de día como de noche ahora que estaban en temporada alta.

Sin embargo, se le ocurrió un sitio al que podrían ir y que encajaría con el gusto de Erika.

Salieron del recinto amurallado atravesando la puerta Ploce y caminaron hacia la playa dónde se encontraba el Banje Beach Club. El Banje era un *lounge bar* ideal para relajarse con música *chill out*, luces tenues, atmósfera romántica, decorado en tonos blancos, negros y *beige*, y con vistas al mar.

Se sentaron en un sofá disfrutando de los suaves sonidos de la música que se mezclaban con el chocar de las olas contra las piedras de la playa y al instante tuvieron a un camarero atendiéndoles.

Erika se animó a pedir un cóctel sin alcohol y Alek la acompañó con otro similar:

—¿Te gusta este sitio?

—Sí —respondió ella—. Más que el otro.

—Cuéntame cosas sobre ti —le pidió él.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. Lo normal —dijo Alek, encogiéndose de hombros—. En qué ciudad vives, si compartes piso con alguien, qué haces en tu tiempo libre... Las cosas normales que uno cuenta cuando está conociendo a otra persona. Yo ya te he hablado de mí. Ahora es tu turno.

Erika lo miró sopesando qué podía contarle y qué no. Alek se acercó más a ella en el sofá y pasó un brazo por encima de sus hombros. La joven se recostó contra el cálido cuerpo masculino con un suave suspiro.

—Vivo en Madrid, sola. Antes vivía con una persona, pero... ya no. En

mi tiempo libre me gusta pasear, ir al cine, leer, estar con mis amigas y escuchar música. Viajo mucho por el trabajo, ya te lo conté, y me estoy cansando de ello. Me gustaría quedarme fija en un lugar, sin estar cada semana visitando un país distinto, pero no puedo hacerlo. Hasta que encuentre otro empleo, necesito ingresos que me permitan pagar el alquiler del piso, la luz, el agua, el gas, etcétera.

Alek tenía muchas preguntas que hacerle, pero no quería interrumpirla. Ella continuó hablando de su vida en Madrid, de sus amigas, de su familia, mientras él la escuchaba con atención, bebiéndose sus palabras, memorizándolas.

—Y creo que eso es todo —finalizó Erika.

—Si no vivieras en Madrid, ¿en qué otro lugar te gustaría hacerlo? Has estado en muchas ciudades, ¿cuál crees que es la mejor para vivir? ¿Dónde piensas que serías más feliz? —preguntó, al tiempo que con el pulgar le acariciaba el hombro con un movimiento rítmico que estaba hipnotizando a la joven.

—Creo que la ciudad no importa. Lo importante es con quién estés. Quién te haga feliz —respondió, con un ronco murmullo debido a que las caricias de Alek estaban arrasando con todos sus sentidos, encendiendo un fuego en ella que iba a ser muy difícil de apagar.

Con la otra mano, Alek la sujetó por la mandíbula y se acercó a su boca para probar sus labios de nuevo. Una sacudida de placer se propagó por el cuerpo de Erika al sentir la presión de la boca masculina contra la suya. Mientras sus lenguas se enredaban en una danza lenta y erótica, los dos notaron que el deseo subía como la espuma del champán.

Alek la besó aún más profundamente cuando ella le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia sí. El hombre continuó unos minutos más explorando, saboreando y tentando los labios de la joven. Erika era una trampa sensual de la que él no quería escapar.

Bajó por la garganta femenina, inundándola de besos, al tiempo que posaba la otra mano sobre un muslo. Lo acarició con lentitud, subiendo hacia la cadera de la chica. Ella emitió un gemido cuando él le succionó la piel en el lugar donde latía su pulso descontrolado.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? —susurró Alek inspirando el



delicioso aroma de Erika.

Ella tardó en contestar lo que a él le pareció una eternidad.

—No. Es pronto y yo... necesito más confianza... para tener esa... intimidad contigo —confesó, con la respiración entrecortada, mirándolo a los ojos para ver si su negativa le había parecido mal.

Alek asintió con un gesto de cabeza y al hacerlo, rozó su nariz con la de ella en una tierna y cómplice caricia.

—Tienes razón. Aún es pronto.

Erika sonrió aliviada al comprobar que él comprendía la situación y no la forzaba a hacer algo que no quería.

—¿Mañana también trabajas? —preguntó para romper el silencio que se había apoderado de pronto de los dos.

—Sí.

—Entonces tendremos que irnos. Son más de las dos de la madrugada —indicó ella.

Alek la miró con el ceño fruncido.

—¿Ya te despides de mí? ¿Tan aburrido te he resultado que estás deseando librarte de mi compañía?

—¡No! Es que... si mañana trabajas...

Dejó de hablar cuando vio que Alek sonreía burlón.

—¿Estabas tomándome el pelo? —quiso saber ella.

—Parece que sí.

Erika le dio un manotazo en el hombro, enfurruñada, y Alek soltó la carcajada que tenía lista para salir de su garganta.

Agarró su cóctel sin alcohol y bebió casi la mitad de un trago. Sentía la boca seca y los labios hinchados por los besos del hombre.

El croata hizo lo mismo con su bebida y, al acabar, se levantó del sofá. Le tendió la mano a Erika para ayudarla a alzarse y, con los dedos entrelazados, abandonaron el idílico rincón.

Una vez subidos en el coche de Alek pusieron rumbo al hotel.

—¿Puedo preguntarte algo, Erika?

—Pregunta, pero que sepas que me reservo el derecho a no contestar si no me gusta lo que quieres saber.

—Bien. —El hombre hizo una pausa dudando sobre las muchas cosas

que le quería preguntar. Cuando se decidió, siguió hablando—. Antes has dicho que vivías con alguien en Madrid. ¿Era con tu novio?

Por el rabillo del ojo vio cómo Erika se ponía tensa.

—Sí —respondió con un murmullo.

—Pero ya no estáis juntos —afirmó Alek.

—No.

—¿Hace mucho de vuestra ruptura?

—Ocho meses.

—¿Fue... traumática? —quiso saber él, aunque a juzgar por cómo había reaccionado ella cuando se encontraron con Ivana suponía que sí.

—Me dejó por WhatsApp —contestó mortificada.

Erika pensó que él había sido sincero con ella todo el tiempo y lo mínimo que podía hacer era corresponderle.

—¿Te dejó por WhatsApp? —preguntó Alek anonadado.

—Como lo oyes. Me mandó un mensaje que decía que los dos volvíamos a estar en el mercado seguido de un montón de emoticonos de calabazas, flamencas, caras sonrientes y al final un beso —comentó dolida—. ¡Ah! Y todo esto después de serme infiel durante varios años.

—¿Me estás diciendo que el cabrón de tu exnovio estuvo con otra al mismo tiempo que contigo y no fue lo suficientemente hombre para romper la relación confesándotelo a la cara? ¿Es que no le han enseñado que eso a una mujer no se le hace?

—A una mujer no se le hace ¿el qué? ¿Romper por WhatsApp o serle infiel?

—¡Las dos cosas, Erika! ¡Eso no se hace! ¡Ni a una mujer ni a un hombre! *Kurvin sin<sup>2</sup>* —exclamó, apretando el volante con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

A Erika no le hizo falta conocer la lengua natal de Alek para saber que había insultado a su ex de la peor forma posible.

—Por eso reaccioné así de mal cuando vimos a tu exmujer y a tu hija.

—Me lo imaginaba.

—La verdad es que he tenido mala suerte en el amor. Los tres hombres con los que he estado me han sido infieles. Debo tener cara de tonta o algo así y verán que a mí es fácil engañarme —declaró ella.

—Lo siento mucho, princesa. Lamento todo el daño que te han hecho.  
Erika giró la cara para mirarlo.

—No tienes que disculparte. Tú no has hecho nada malo —dijo, con una sonrisa triste.

«De momento», pensó.

—Te prometo que siempre seré sincero contigo —le aseguró el croata— y que mientras estemos juntos te seré fiel. Yo también valoro la lealtad.

Agarró la mano de Erika que descansaba en el muslo más próximo a él y la alzó para darle un delicado beso en los nudillos.

—Gracias —murmuró ella emocionada.

Se sumieron en un cómodo silencio, interrumpido solo por el sonido de sus respiraciones.

Cuando llegaron al hotel, antes de que Erika se bajara del coche, Alek le contó los planes para el día siguiente.

—Mañana ponte el bikini. Cuando termine mi turno iremos a la isla de Lokrum a pasar el día. Pediré que nos preparen un pícnic aquí en el hotel y nos lo llevamos. Así que dime qué alimentos puedes comer y cuáles no para indicárselo a la cocinera.

Ella pensó que era muy considerado por su parte preocuparse por su diabetes. Le informó de lo que desearía comer en el pícnic y después se apeó del coche, no sin antes darle un beso en los labios agradeciéndole la noche tan estupenda que había pasado.

Alek quiso retenerla junto a su boca unos minutos más, pero ya era muy tarde. Al día siguiente, les esperaba una jornada agotadora y los dos iban a dormir pocas horas esa madrugada —él bastantes menos que ella, pero no le importaba—, así que, la dejó marchar con un suspiro de frustración.

---

2 Hijo de puta.

## Capítulo 9

Lokrum era una pequeña isla cubierta de bosques que se elevaba sobre el Adriático a apenas seiscientos metros de distancia del puerto viejo de Dubrovnik, justo frente a la ciudad.

En poco más de quince minutos en *ferry*, Erika y Alek llegaron. A la joven le sorprendió el cambio radical del paisaje, la ausencia de edificios u hoteles y se sintió invitada a sumergirse en un mundo de leyendas.

Según le contó Alek en el trascurso del viaje en barco hasta allí, Lokrum tenía aproximadamente dos kilómetros cuadrados. Podía parecer que era una isla pequeña en cuanto a sus dimensiones, pero era muy rica en historia y tesoros naturales. Aquel pedazo de tierra y bosque estuvo deshabitado hasta el año 1023, en el que se fundó una abadía benedictina. Los monjes se dedicaron a la botánica, lo que enriqueció aún más la flora de la isla.

Atravesando los jardines de Maximiliano llegaron al monasterio tras bajarse del *ferry*.

—Cuenta la leyenda —comenzó a narrar Alek— que el rey Ricardo Corazón de León, a su vuelta de las cruzadas, vino a parar a esta costa debido a que su barco naufragó y los monjes se ocuparon de él hasta que se recuperó.

Erika lo escuchaba mientras admiraba la construcción del siglo XII, que conservaba tres ábsides semicirculares y varios arcos colgantes de estilo románico. También apreció las posteriores remodelaciones gótico-renacentistas de la estructura.

—Este elegante edificio que tenemos aquí al lado del monasterio —continuó hablando Alek— fue levantado por encargo del archiduque Maximiliano de Habsburgo en 1859. Se dice que la emperatriz Sissi de Austria olvidó adrede en esta isla un collar de diamantes para tener un pretexto para poder volver a visitarla.

—No me extraña —concedió Erika—. ¿Quién no querría regresar a un lugar tan bello?

—Ven —dijo, tirando de su mano que había mantenido agarrada todo el tiempo—. Vamos a subir a la Torre de Maximiliano, en el monte Glavica.

Hay un mirador con unas vistas impresionantes de Dubrovnik y las otras islas.

Tras subir al pequeño monte, que se alzaba a tan solo noventa y seis metros sobre el nivel del mar y recorrer las ruinas del Fort Royal de la época napoleónica, continuaron el paseo por el Jardín Botánico, entre pinos, limoneros, olivos y demás árboles de la flora mediterránea que convivían con plantas exóticas como magnolias, palmeras y cactus.

Sentados en medio del precioso jardín, se dispusieron a degustar el pícnic que les había preparado la cocinera del hotel.

—No te muevas, Alek —le pidió Erika.

Sacó su móvil y tomó una foto del hombre con un pavo real tras él. Después se la enseñó para que supiera el motivo por el que le había solicitado que se estuviera quieto.

—Aquí hay una colonia de pavos reales muy importante. ¿Sabías que son españoles como tú? —comentó Alek.

Ante la cara de extrañeza de Erika, él se apresuró a añadir:

—El archiduque los trajo de las islas Canarias.

Ella asintió y continuaron comiendo mientras disfrutaban de todas las formas, aromas y colores de las casi quinientas especies diferentes de plantas y árboles.

Al acabar, recogieron todo y Alek llevó a Erika a Skrinja, una playa de piedras como casi todas en Croacia, pero con la particularidad de que esta era nudista.

—El sitio es muy tranquilo y bonito, pero ¿no pretenderás que me desnude delante de gente que no conozco? —quiso saber Erika, mirándolo con una ceja arqueada.

El hombre soltó una carcajada y la abrazó con más fuerza contra él.

—No, princesa. No me gustaría que nadie te comiera con los ojos y disfrutase de tus encantos ocultos. Solo hemos venido porque es otro punto de interés dentro de la isla. De todas formas, nadie te obliga a quitarte el bikini por mucho que estemos en una playa nudista. Yo he venido muchas veces aquí y siempre he permanecido con el bañador puesto.

—Bien.

—Pero no vamos a quedarnos aquí. —La tranquilizó Alek—. Hay otro lugar mágico que me gustaría enseñarte. Allí será donde nos bañemos y

puedas tomar el sol.

—¿Bañarnos? —preguntó Erika.

—Sí. ¿No tienes calor? ¿No quieres refrescarte con un pequeño baño en unas aguas cristalinas, en un entorno idílico y de cuento de hadas?

Erika se mordió el labio, nerviosa.

—Es que... no me puedo bañar.

—¿Por qué? ¿Estás en esos días que tenéis las mujeres? ¿No usas tampones?

Ella sintió cómo enrojecía. ¿De verdad le había preguntado Alek si usaba tampones cuando tenía el período?

—No, no es eso.

Él se la quedó mirando a la espera de una explicación.

—Es que no sé nadar —le confesó en un murmullo.

Alek arqueó las cejas sorprendido y tras unos segundos, contestó.

—Bien. El sitio al que te voy a llevar es perfecto para que aprendas a nadar. Yo te enseñaré.

La joven abrió los ojos y la boca por la sorpresa. Fue a decir algo, pero él no la dejó.

—Y no aceptaré un no por respuesta.

Al ver que ella intentaba protestar, Alek continuó hablando.

—Vamos, Erika, tienes treinta años. Es hora de que aprendas a nadar y yo soy un fantástico nadador. Te enseñaré mientras estés aquí, en Dubrovnik, pero me tienes que prometer que cuando regreses a Madrid te apuntarás a clases de natación.

—¡Ni loca!

—¿Por qué no?

—Porque a esas clases van niños y yo ya no soy ninguna niña —se excusó.

Alek recorrió su cuerpo con una mirada cargada de deseo y lascivia, haciendo que un exquisito calor la inundara, atizando brasas justo en medio de sus muslos.

—Salta a la vista que no. Ya no eres una niña —dijo, inclinándose sobre su boca para reclamarla con un profundo beso.

Después, tiró de su mano para conducirla hacia el rincón especial que

suponía el lago Mrvto More, escondido en mitad de una frondosa arboleda.

—Además, seguro que hay clases para adultos en las que podrás aprender —comentó él mientras recorrían el camino hasta el lago.

—¿Por qué me obligas a hacer algo que no quiero? —se quejó ella.

—Porque es bueno para ti. ¿Por qué no has aprendido antes?

—Mis padres me apuntaron a natación cuando tenía ocho años, pero a mí me daba miedo el agua y me escondía en los aseos para que los monitores no me obligasen a tirarme a la piscina.

—Cuando sepas nadar, vas a disfrutar muchísimo. Ya lo verás. Prométeme que en Madrid retomarás las clases de natación.

—¿Y si no quiero?

Alek no contestó. No deseaba discutir más con ella sobre ese tema. Ya la convencería cuando probase lo divertido que era bañarse en el mar, en un lago o en una piscina.

Por fin, llegaron a Mrvto More, el paraje natural más curioso y destacado de la isla de Lokrum.

—A este lago también se lo conoce como el Mar Muerto por su alta salinidad.

—¡Qué bien! —exclamó sarcástica Erika, todavía enfurruñada.

Alek puso los ojos en blanco.

—¿Sabes qué ocurre cuando hay una gran concentración de sal en el agua? Que la hace más densa y por lo tanto, nosotros flotaremos más que en un río o una piscina. No te preocupes. No te vas a ahogar.

Le dio un rápido beso en los labios y procedió a quitarse la ropa para quedarse únicamente con el bañador. Erika se quedó embobada admirando su fibroso cuerpo bronceado. Alek estaba muy bien formado y tenía un físico espectacular para sus cuarenta años. Se notaba que el hombre practicaba ejercicio con regularidad y se cuidaba. Los fuertes brazos, el amplio pecho cubierto con una fina capa de vello oscuro que bajaba en una línea para perderse en el interior del bañador; el vientre plano en el que se marcaban suavemente los oblicuos y los muslos duros, la hicieron salivar. Se imaginó cómo sería tenerle en una cama todo para ella y el placer que le daría cuando recorriese con los largos dedos cada rincón de su anatomía femenina.

—¿De qué es esa cicatriz que tienes en el pecho? —preguntó cuándo



terminó con su escrutinio.

—Es de cuando me pusieron el marcapasos —respondió Alek mientras extendía las toallas sobre las rocas.

—¿Llevas un marcapasos? —dijo ella asombrada—. ¿No eres demasiado joven para eso?

—Gracias por el piropo. —Él la guiñó un ojo—. Mi corazón empezó a fallar hace tres años, así que el cardiólogo decidió que lo mejor era ponérmelo. Ahora estoy sano y fuerte como un roble.

Ella no comentó nada más. Se deshizo de sus *shorts* rosas y su top blanco, dejando a la vista el bikini de flores hawaianas, notando cómo la piel le ardía mientras Alek la contemplaba con la mirada encendida.

En un gesto involuntario, él se repasó los labios con la lengua y ella se estremeció bajo el poder de aquellos iris abrasadores. Erika estuvo tentada de taparse con los brazos, pero se dijo que era una somera tontería. Jamás en toda su vida se había sentido tan deseada y tan cohibida como en ese momento con Alek.

Él la contemplaba como si fuera el manjar más exquisito del mundo. Resiguió la delicada línea de su figura, sus esbeltas piernas, su liso vientre, los pequeños pero firmes senos, su grácil cuello y volvió a centrar la mirada en el lunar tan codiciado.

—Alek, por favor, deja de mirarme las tetas. Me haces sentir... incómoda.

—No te estoy mirando las tetas. Es ese lunar que tienes en medio de ellas el que llama mi atención.

Erika bajó la vista sorprendida para mirárselo.

—Pero si es normal y corriente —dijo.

—Pues a mí me encanta. Y me atrae —le confió él.

Sin darle más importancia a la marca en su canalillo, ella desvió la mirada y observó a un anciano con una caña de pescar en un rincón del lago. En el centro, varias personas se divertían flotando en el agua y en la orilla una familia con dos niños pequeños jugaban, haciendo montañitas con los cantos rodados.

El entorno era idílico y romántico con las aguas turquesas del Adriático y la paz y la tranquilidad que se respiraba en el ambiente.

—Ven —ordenó Alek, tendiéndole una mano, sonriendo para calmarla. Ella dudó unos segundos antes de agarrar su mano, pero por fin con un suspiro resignado lo hizo.

—Como me hunda y trague agua, te vas a enterar —lo advirtió.

—Cálmate. Soy Aleksandar, el protector, ¿recuerdas?

—Aleksandar el protector de los hombres, no de las mujeres —replicó ella.

—De las mujeres también. Además, soy el que conquistará a la princesa.

—Pues como la princesa se ahogue no vas a tener a nadie a quien conquistar —refunfuñó Erika y Alek soltó una carcajada.

—¡Vamos! ¡No seas miedosa! —exclamó él, agarrándola de una mano y tirando de Erika hacia el agua.

Se metieron en el lago cristalino caminando sobre las rocas del suelo poco a poco, con cuidado para no resbalar. Cuando el agua le llegó a Alek por la cintura, se giró para coger a Erika en brazos.

La joven se aferró a él como si el mundo se fuera a acabar en ese instante y el *maître* fuera su tabla de salvación.

—Relájate. Si estás tensa, no disfrutarás —le aconsejó él.

—Preferiría disfrutar en otro sitio —dijo ella entre dientes.

—Yo también. Pero anoche me dijiste que aún era pronto y que necesitabas tener más confianza conmigo.

Aquel velado comentario hizo sonreír a Erika y sus mejillas adquirieron un rubor incitante.

—Estás preciosa así —prosiguió Alek, con ella en brazos como una novia recién casada, bien pegada a su cuerpo—. Medio desnuda y mojada para mí.

—Si pretendes excitarme lo estás consiguiendo —susurró para que nadie más la oyese—. Pero creo que este no es el lugar más adecuado para hacerlo —comentó, mirando a su alrededor.

—Pues no. Lo que pretendo es relajarte y que estés tranquila. Pero gracias por decirme lo que te gusta oír en los momentos de pasión. Me lo apuntaré para el futuro.

Erika sacudió la cabeza y soltó una pequeña risa.

—¡Ay, señor! Eres incorregible.

—Y tú tienes la piel muy suave. Me encanta tocarte, pero ahora, la señorita va a flotar un rato ella solita.

Alek hizo amago de soltarla en el agua, pero Erika se agarró más fuerte a su cuello.

—¡No me sueltes! —chilló histérica.

—No te va a pasar nada —dijo él con paciencia.

—¿Por qué me haces esto? —gimoteó la española.

—Venga, no seas miedosa...

Alek retiró sus brazos que rodeaban el cuerpo de Erika y llevó las manos hacia su garganta para que la joven se desprendiese de su firme agarre.

—Te odio... —murmuró ella.

—Pero si con los pies tocas el suelo... —suspiró él exasperado.

Erika comprobó que así era, pero de todas formas no se relajó.

—Claro, como tú eres más alto que yo no te llega el agua al cuello.

—A ti tampoco. Mira, la tienes a la altura del pecho... —Le señaló—. Tranquila, que mientras esté yo aquí no te ahogarás. Dame las manos.

Se agarraron y él la obligó, con mucha paciencia por su parte y muchas quejas por la de ella, a sumergirse en el lago hasta el cuello. Cuando lo consiguió, tiró del cuerpo femenino para llevarlo a un lado y al otro durante un rato. Después, él también se hundió hasta la barbilla, frente a ella y se quedó mirándola unos segundos.

—¿Ves? No es tan malo.

—No, la verdad es que no. Aquí se flota muy bien, pero ya he tenido suficiente, así que ¡hala! Sácame —ordenó Erika intranquila.

Alek soltó una pequeña risa.

—No tan deprisa, princesa. Quiero disfrutar un poco más del baño.

—Mierda —masculló ella.

El hombre nadó para rodear el cuerpo femenino y posicionarse a su espalda. Agarrándola por la cintura la pegó a su pecho y ella flotó sobre su anatomía. Alek le retiró la coleta que ella llevaba ese día y comenzó a besar su cuello con pequeños roces de los labios.

Erika exhaló un suspiro de deseo. Poco a poco, fue relajándose entre los brazos de Alek que la sostenía con firmeza.

—Tu piel sabe a sal —susurró recorriendo la delicada garganta con la

lengua al tiempo que depositaba tiernos besos en ella—. No te imaginas lo mucho que me gustaría comerte, devorarte entera, darte el placer que te mereces...

—Alek... —gimió ella, notando cómo su cuerpo se encendía con la sensación de sus labios adorando esa parte de su físico, sus palabras de deseo y las caricias de sus dedos en su cintura.

Él la colocó mejor sobre su cuerpo y ella pudo sentir la erección que crecía en su bañador. Mientras la sujetaba con una mano, con la otra bajó hasta rozar tímidamente su pubis por encima de la braga del bikini. Erika abrió las piernas instintivamente y Alek deslizó los dedos por el interior de uno de los muslos en un viaje tortuoso destinado a enloquecerla.

Con parsimonia regresó al centro de su sexo y tras unas delicadas caricias, siempre con la tela entre su piel y la mano del hombre, subió hasta el ombligo y más allá, hasta colocar sus dedos encima de uno de los triángulos del bikini. Tocó con suavidad aquel pecho, acogiéndolo en toda su mano, sopesándolo.

—Ojalá tuviera las tetas más grandes. Seguro que disfrutarías más tocándomelas —murmuró Erika, girando la cabeza para hablar en su oreja.

—¿Te resulta placentero? —preguntó él con la voz ronca.

Ella asintió.

—Pues eso es lo que importa. Da igual el tamaño.

—Tú estás bien dotado —lo alabó Erika, notando cómo se clavaba en una de sus nalgas el duro miembro de Alek.

—No puedo quejarme, la verdad. Lo malo va a ser cómo salir de aquí sin espantar a toda la gente que hay en la orilla.

Los dos soltaron una carcajada casi a la vez imaginando la escena.

Él giró su cuerpo y la puso a horcajadas sobre sus caderas. Depositó un tierno beso en la boca femenina mientras le acariciaba el trasero.

—Vamos a centrarnos en tus clases de natación porque como sigamos así, el agua arderá —comentó, separándola un poco de él—. Tumbate sobre mis brazos boca abajo, como si fueras a nadar —la ordenó—, con las extremidades extendidas.

Ella, reticente, obedeció y Aleksandar comenzó a pasearla mientras le daba instrucciones de lo que debía hacer.

En un momento dado y sin que ella se percatase, la soltó varios segundos. Pero no quiso informarla, pues sabía que se pondría nerviosa.

Sujetándola de nuevo, siguió moviéndola por el agua mientras él la animaba diciéndole que lo estaba haciendo estupendamente.

—¿Ya no estás duro? —quiso saber Erika al cabo de varios minutos.

—Parece que esto ha ido bajando, pero aun así me falta un poco para perder del todo la... hinchazón.

—Es que me estoy cansando y quiero salir del agua ya.

—Bueno, puedo acompañarte hasta que el agua te llegue por la cintura. Luego podrás continuar tú sola mientras yo termino de...

No acabó la frase porque Erika comprendía perfectamente lo que quería decir.

Cuando salió del lago y se hubo secado, miró el móvil y descubrió que tenía un mensaje de su amiga Marta en el que le preguntaba qué tal la noche anterior, si había habido fuegos artificiales —en referencia a si se había acostado con el croata— y le recordaba que le mandase una foto del madurito atractivo.

Ella respondió que no había sucedido nada importante todavía, pero que iba camino de ello y que la foto se la mandaría enseguida.

Buscó en el móvil la que le había hecho junto al pavo real en el pícnic, pero finalmente decidió que mejor le mandaba una de ese mismo instante, con Alek saliendo del lago y el agua deslizándose por su piel bronceada. Con la luz del atardecer, el cabello mojado y el bañador pegado a su cuerpo —gracias a Dios ya no había rastro de erección, aunque sí se intuía tímidamente el pene— era la imagen más erótica y sensual que Erika había visto jamás.

Se quedó unos segundos atontada hasta que la vibración del móvil con un nuevo mensaje de Marta le recordó que aún seguía esperando la instantánea.

—Alek, párate un momento. Quiero sacarte una foto.

—¿Quieres que haga alguna pose como los modelos? —preguntó él divertido.

—No. Solo sé tú mismo. Es para mandársela a mi mejor amiga Marta. Le he hablado de ti y quiere saber cómo eres.

Él se colocó con los brazos en jarras a ambos lados de sus caderas y

sonrió de esa manera suya tan *sexy*.

Erika tomó la foto y se la mandó a Marta.

A los pocos segundos, el teléfono sonó.

—Dime —contestó Erika.

—¿Ese tío bueno es el croata? —preguntó su amiga sin saludar.

—Sí —afirmó riendo.

Observó a Alek que, junto a ella, se secaba con la toalla.

—¡Hostia! ¿Y a qué estás esperando para tirártelo? ¿Es que tengo que ir a darte dos collejas? De esta noche no pasa, Eri. Como mañana te llame y me digas que no has follado con ese buenorro, voy a Dubrovnik y te meto dos tortazos.

Erika soltó una carcajada mayor aún que la anterior. Sabía que las amenazas de Marta eran de broma. Su amiga no ejercía la violencia física, pero tenía esa forma de hablar tan peculiar que a ella siempre la hacía reír.

—Y de paso me lo tiro yo —prosiguió Marta—. ¡Así que deja de perder el tiempo y espabila, tonta del culo! —acabó gritándole.

La joven se levantó de la toalla en la que estaba sentada para que Alek no escuchara los gritos de su amiga y se alejó unos metros de él.

—Baja la voz, loca, que estoy en medio de una playa y te va a oír la gente. Y sobre todo él, que lo tenía al lado y me he tenido que ir de allí.

—De verdad, chica, ¡qué mal repartido está el mundo! —se quejó Marta—. Si no te vas a acostar con él, dímelo, que pillo el primer vuelo a Dubrovnik, me planto en tú hotel y me lo ligo yo.

—Qué sí, pesada, que lo haré, pero necesito un poco más de tiempo. Vamos por buen camino. Hoy hemos intimado bastante más, así que tranquila.

—No me falles, campeona —dijo su amiga y, antes de despedirse, preguntó—. ¿Puedo soñar con él? Es que está de bueno...

Erika soltó otra carcajada.

—Sí, pero solo soñar. Nada más.

Le dijo «Adiós» y cortó la comunicación. Después regresó junto a Alek con una divertida sonrisa en los labios.

—¿Le ha gustado a tu amiga mí foto?

—Mucho —se rio Erika—. Dice que estás muy bueno.

Alek hinchó el pecho orgulloso, igual que un pavo real.

—¿Quieres que te ponga crema solar? Así no te quemarás —se ofreció él, cambiando de tema.

—De acuerdo.

Erika guardó el móvil mientras Alek sacaba de su mochila el protector y cuando ella se tumbó boca abajo, él comenzó a extender la crema por su espalda.

La joven soltó un gemido de satisfacción por el masaje que el hombre le estaba dando.

—Debería haberte puesto antes. Ya tienes los hombros y media espalda un poco rojos —se lamentó—. Espero que esta noche no te duela la piel. Me he descuidado, perdóname.

—No te preocupes. Cogeré un poco de color, pero en dos días volveré a tener mi blanco nuclear de siempre. Apenas consigo ponerme morena en verano.

—De todas formas, hay que regresar al barco dentro de poco. El último zarpa a la siete y mi turno comienza a las ocho y media. Me gustaría pasar antes por mi casa para darme una ducha y ponerme ropa limpia.

—Muy bien. Pues eso haremos —concedió ella.

Notó un cosquilleo en el estómago pensando en que iba a visitar la casa de Alek, pero se dijo que no sucedería nada entonces, ya que como había comentado él, debía ducharse rápido para ir a trabajar. ¿Qué haría ella mientras tanto? ¿La dejaría husmear a su antojo?

# Capítulo 10

La calle donde vivía Aleksandar sorprendió a Erika gratamente. Era estrecha, con escaleras y cuerdas de ropa tendida, para secarse al sol, que iban de una casa a otra. En cada tramo de escalones, estaba la puerta de un domicilio con varias plantas mediterráneas en macetas alrededor. Le pareció muy pintoresca y de postal.

—Las casas son individuales —le indicó él—. Hasta llegar a la mía hay que subir cien escalones, así que tendrás que hacer un poco más de ejercicio si no has hecho ya bastante hoy.

—Ahora entiendo por qué te mantienes en tan buena forma física —dijo Erika, con una mirada apreciativa—. Y por qué han tenido que ponerte un marcapasos. Creo que cuando llegue a arriba tendrás que recogerme del suelo con una pala.

Alek sonrió y agarrados de la mano comenzaron el ascenso hasta llegar a una vivienda de tres alturas, de piedra clara, con la puerta color chocolate y las contraventanas blancas. Abrió la puerta y dejó que Erika pasara primero a la sala de la planta baja, decorada con un par de cuadros en las paredes tostadas, un sofá de tres plazas y un mueble con una televisión. Una gran estantería plagada de libros de historia, fotos de Alek con Elizabeta en distintas etapas de su vida y un armario empotrado en una de las paredes, que se imaginó serviría de guardarropa.

—Ven. Te enseñaré mi casa —dijo, conduciéndola por las escaleras hasta el primer piso.

Segundos después Alek le explicó la distribución de la vivienda.

—Como has podido comprobar, en la planta baja hay un saloncito. Aquí, en la primera, están mi habitación y la de Elizabeta, junto con el baño y otro cuarto para invitados. En el segundo piso se ubica la cocina, otro baño y un comedor.

—¿Por qué la cocina está arriba del todo? —preguntó con curiosidad.

—Por los incendios. Para que si hay uno, no arda toda la casa, solo la parte superior y el tejado. Todas las viviendas del casco histórico están



construidas así.

—Interesante.

Cuando Alek terminó de enseñarle el lugar, bajaron a su habitación y comenzó a sacar ropa de un armario. Erika se sentó a los pies de la cama sin saber qué hacer.

—Me ducho rápido y nos vamos. ¿Quieres beber algo? ¿Pongo un poco de música? O puedes curiosear por aquí. No me importa. No tengo nada que esconder.

—No, tranquilo. Dúchate.

Él asintió y se quitó la camiseta. A Erika se le cortó la respiración al ver de nuevo su piel bronceada y el vello que cubría su torso.

Aleksandar sonrió sensualmente al comprobar que ella se había quedado observándolo boquiabierta. Se acercó hasta que sus rodillas tocaron las de Erika y se inclinó sobre su rostro, colocando los brazos a cada lado del cuerpo femenino, apoyándose con las manos en la cama.

—Si continúas mirándome así, no respondo de mis actos y te recuerdo que me has pedido tiempo —murmuró sobre sus labios con la voz ronca por el deseo.

—Estoy pensando que el tiempo se va a acabar antes de lo que creía —susurró Erika, enterrando las manos en su pelo y tirando de los mechones para fusionar sus bocas.

Esto provocó que Alek perdiera el equilibrio y los dos cayeran sobre la cama, sintiendo en los labios el fuego de sus besos.

Mientras la boca del hombre le hacía el amor a la de la mujer, sus expertas manos acariciaron la piel de sus brazos, de sus hombros, hasta llegar a los tirantes del top. Se los bajó despacio, dibujando con sus dedos ríos de lava ardiente por donde pasaban hasta que lo enrolló en la cintura. Después, sus incendiarias caricias se dirigieron hacia los triángulos del bikini, que apartó a cada lado. Bajó con la boca por la garganta femenina y exploró el escote con delicados besos, arañándole la piel suavemente con la poca barba que tenía. Cuando se encontró con el lunar en medio de los senos, lo lamió como si fuera un rico helado. Tras unos momentos deleitándose con él lo abandonó para centrarse en uno de los pezones.

Asió con la mano la tierna carne y lo fustigó con la lengua hasta

endurecerlo. Erika le sujetó la cabeza contra el pecho y él continuó succionando y lamiendo mientras ella se deshacía con las ardientes sensaciones que se expandían por todo su ser.

Poco después, Alek dejó de atormentar este pezón para centrarse en la otra cima. Posó los labios sobre él y repitió lo mismo que le había hecho a su compañero, provocando los gemidos de la joven.

Con el corazón latiéndole a mil, Erika separó las piernas para que él se colocara mejor encima de ella y las ancló a las caderas masculinas, notando la dura erección que amenazaba con perforar el bañador.

Aleksandar sentía el cuerpo de la joven suave y flexible bajo el suyo. La sensación de la cálida piel de Erika bajo sus manos y su boca lo enloquecían. Sabía que ella deseaba más. Más de aquel erótico asalto que estaban llevando a cabo. La dureza de su miembro pedía a gritos unirse al sexo femenino, ansioso de él. Y para colmo, Erika se frotaba contra su rígida erección con ahínco, haciendo que le resultase muy difícil no perder el control.

Sin embargo, se obligó a mantenerlo y con un último beso al pezón que estaba degustando en ese instante puso fin a tan deliciosa tortura. Se echó hacia atrás y se encontró con su mirada.

—¿Por qué te detienes? —quiso saber ella.

—Porque voy a llegar tarde a trabajar. Además, no quiero echar un polvo exprés. Tú te mereces que me pase horas y horas adorándote, dándote el placer que debes recibir.

Erika lo miró consternada por el repentino cambio.

—Cuando salga de trabajar, vente conmigo. Los fines de semana los tengo libres porque solo trabajo de lunes a viernes. Quédate aquí, en mi casa, en mi cama, junto a mí —le propuso él al ver su cara de pena.

Ella se debatió durante algunos instantes. No era lo mismo pasar unas horas con el *mâitre*, que quedarse a dormir en su casa dos días con la intimidad que esto generaba.

«Desmelénate por una puta vez en tu vida», oyó la voz de su amiga Marta dentro de la cabeza. «Atrévete a saltar al vacío sin red».

—De acuerdo. —Sonrió Erika y Alek le correspondió con otra magnífica sonrisa.

—Bien —dijo él, dándole un fugaz beso en los labios—. Me voy a

duchar rápido y nos vamos.

Se inclinó sobre su pecho y depositó un tierno beso en cada uno de los pezones.

—Esta noche os veo, tesoros —se despidió de ellos volviendo a cubrirlos con la tela del bikini.

Aquello provocó la risa de Erika.

Alek se levantó de la cama y se metió en el cuarto de baño. Ella se quedó tumbada unos segundos más sobre el colchón, pero estaba inquieta. El fuego que Alek había desatado en su interior, con sus besos y sus caricias, amenazaba con hacerla arder por combustión espontánea. Tenía los pezones tan tensos que le dolían y en el centro de su sexo le latía el pulso.

Sin embargo, tendría que esperar. Él tenía razón. Ella se merecía algo más que un polvo exprés. Se merecía que la adorasen, así que por una vez en su vida iba a ser egoísta e iba a velar por su interés, por su placer.

Con resolución se alzó del lecho, poniéndose bien el top, y observó la habitación a su alrededor. Era un cuarto típicamente masculino, decorado en tonos azules, *beiges* y blancos. La cama de matrimonio tenía a los lados dos mesitas de nogal, con una foto de Elizabeta, el despertador y sendas lamparitas de hierro forjado. Frente a la cama estaba el armario y a la derecha la ventana. Al otro lado, un escritorio con un ordenador y un equipo de música pequeño, y sobre este una estantería con varios libros —todos de historia— y algunos CDs. En una esquina, estaba la silla donde Alek había dejado su ropa sucia.

Miró los laterales de los discos para ver qué música escuchaba el hombre y se alegró al comprobar que era la misma que le gustaba a ella. Todos éxitos de los años 60 y 70.

De repente el móvil de Aleksandar que había dejado allí mismo sobre la mesa, comenzó a sonar. Vio en la pantalla el nombre de quien le llamaba y dudó sobre si avisarle a él o no. Finalmente decidió que sí le informaría, así que cogió el teléfono y salió de la habitación. Caminó por el corto pasillo hasta la puerta del baño, que estaba entreabierta. Como una auténtica *voyeur* miró a través de la rendija. La situación le resultó tan excitante que su libido aumentó. Espiar a Alek mientras él se enjabonaba el cuerpo, con el agua deslizándose por su piel morena, era tan erótico que la estimuló para abrir del

todo la puerta y colarse dentro del cuarto.

Al oír el sonido del móvil, el hombre se volvió y se encontró con los ojos llenos de deseo de Erika. La joven se relamió ante la visión de su magnífico cuerpo desnudo. La erección se alzaba orgullosa en medio de los rizos oscuros de su bajo vientre, apuntándola a ella directamente, tentándola a unirse a él.

—Te está llamando una tal Jelenia —dijo ella con la garganta reseca, levantando el teléfono que continuaba sonando en su mano.

—Es mi hermana. No te preocupes. Luego devolveré la llamada.

Alek cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás para aclararse el jabón del pelo.

Erika se quedó unos segundos más allí de pie, atontada, sin poder moverse del sitio. Parecía que estaba pegada al suelo.

El móvil dejó de sonar.

El hombre cerró el grifo y abrió la mampara transparente de la ducha para salir sin dejar de observar las reacciones en el rostro de Erika al contemplarlo desnudo. Agarró una toalla y comenzó a frotarse con ella para secar el agua de su piel bajo la atenta mirada de la joven.

—Deja de mirarme así, Erika. Haces que sea muy difícil controlarme y no cogerte en brazos para empotrarte contra la pared mientras te clavo a ella con mi polla —comentó Alek, enrollándose la toalla a las caderas con una juguetona sonrisa bailando en sus labios.

Erika salió de su embeleso.

—Perdón —murmuró.

Se acercó a ella, le cogió el móvil de la mano y la dio un fugaz beso en la boca. Al rodear el cuerpo de Erika para pasar por su lado, la pegó un apretón en una de las nalgas que hizo que ella diera un respingo sorprendida y se echara a reír.

—Vete al piso de abajo. Necesito unos momentos para bajar la erección que tengo y contigo aquí es complicado —le indicó.

La joven obedeció. Cuando Alek se reunió con ella minutos después, exhaló un suspiro de deseo y decepción al ver su masculino cuerpo cubierto de ropa nuevamente.

—Esta noche, princesa. Esta noche —murmuró él dándole otro beso—.

Vamos o llegaré tarde.

Salieron de la casa mientras Erika le contaba que había visto su colección de música y que era la misma que le gustaba a ella. Comentaron sus canciones preferidas y cuando llevaban descendidos varios escalones, una voz de mujer llamó a Alek.

Los dos se volvieron y el hombre sonrió a quien lo había llamado.

—Jelenia.

—Te he llamado al móvil —dijo su hermana en su lengua materna, dándole dos besos en las mejillas— pero no me has contestado.

La vista de la mujer se dirigió hacia Erika.

—Estaba en la ducha y no he podido responder a tu llamada. Ahora iba a devolvértela —respondió él en inglés para que Erika supiera de lo que estaban hablando.

Al comprobar cómo Jelenia miraba a la española, Alek se apresuró a presentarlas.

—Erika esta es mi hermana Jelenia. Erika no habla croata, así que por favor, dirígete a ella en inglés —le pidió a su hermana.

Las dos mujeres se estrecharon las manos y se sonrieron. Jelenia debía rondar los treinta y cinco años. Era un poco más baja que Alek, morena y con los mismos ojos verdes que el hombre.

—Me parece haberte visto en el Ragusa Princess Palace. Es que me alojo allí —dijo Erika con simpatía.

—Sí. Soy la gobernanta del hotel —le explicó la croata en inglés.

La joven asintió y Jelenia continuó hablando.

—Entonces, ¿todo bien en el hotel? ¿Estás contenta?

—Sí, claro. El hotel es fabuloso y el personal me está tratando divinamente. —«Excepto la vaca del chocolate», pensó Erika—. Además, mi habitación es estupenda, con unas vistas maravillosas.

—Ya veo que el personal te trata divinamente —repitió Jelenia sin perder su sonrisa—. Tienes a mi hermano haciendo de guía particular... —Amplió todavía más la sonrisa y dirigió sus ojos hacia Alek.

—Jelenia tenemos que irnos o llegaré tarde a trabajar. ¿Qué querías?

—Solo advertirte de que esta chica con la que estás es un cliente misterioso, así que ten cuidado —dijo en croata.

Erika, al escucharla hablar de nuevo en su idioma natal, se imaginó que Jlenia le estaría diciendo algo privado a su hermano y no deseaba que ella se enterase de sus intimidades, por eso había vuelto a su lengua materna.

—Ya lo sabía —contestó Alek también en croata—. Y no me importa, pero ella no sabe que yo tengo conocimiento de esto. De todas formas, ¿no se te ha ocurrido pensar que pueda estar aquí de vacaciones y no trabajando?

—Pues no. No se me había ocurrido.

—Bueno da igual. A mí no me importa en lo que ella trabaje. Tendrá que ganarse la vida de alguna manera, ¿no? Gracias por preocuparte por mí, hermanita. Por cierto, ¿cómo te has enterado?

—Me lo dijo Milka.

—Lo imaginaba. A mí también me lo dijo ella. —Chasqueó la lengua poniendo cara de fastidio.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? Desde Gerencia nos prohibieron mantener relaciones con los huéspedes.

Erika observaba la conversación entre los dos hermanos sin intervenir, ya que no hablaba su idioma y no se estaba enterando de nada. Pero al escuchar el nombre de la recepcionista, intuyó que hablaban sobre algo del trabajo. ¿Habría problemas en el hotel y ella no se había dado cuenta para ponerlo en su informe? Normalmente era muy concienzuda y hasta ahora todo estaba bien, excepto algunos pequeños detalles que serían fácilmente subsanados cuando ella presentase sus conclusiones a la Dirección.

—Esta chica —Alek continuó hablando en croata refiriéndose a Erika pero sin decir su nombre—, me gusta mucho. No creas que me la estoy ligando para que haga un buen informe del hotel o sobre el personal si es que en realidad está aquí para eso. Y tampoco pienses que es solo un pasatiempo durante los días que ella esté en la ciudad o que solo es atracción física, Jlenia. Me siento muy cómodo con ella. Tenemos gustos parecidos, hablamos de muchas cosas, nos reímos juntos... —Hizo una pausa y miró a su hermana a los ojos—. Estoy ilusionado. Hacía tiempo que no me sentía así con una mujer. Y me importa un pimiento en qué trabaje o a qué haya venido a la ciudad.

Jlenia se emocionó al escuchar a su hermano.

Ante la sorpresa de Erika, ella lo abrazó. Alek soltó la mano de la

española para corresponder al gesto de su hermana.

—Me alegro mucho —susurró en el oído del hombre—. Pero sabes que ella se irá cuando acaben sus días aquí. ¿Qué vas a hacer entonces?

Los hermanos rompieron su abrazo y se miraron con tal cariño que Erika se enterneció, a pesar de que no entendía ni una sola palabra de lo que hablaban.

—Tengo que hablarlo con ella. Pensaremos algo entre los dos —respondió Alek.

—Si me necesitas... —Se ofreció Jelenia.

—Gracias.

Alek le dio un beso en la frente a su hermana y se pasó al inglés:

—Nos vamos. Esta vez sí que voy a llegar tarde.

Jelenia le estrechó la mano de nuevo a Erika.

—Encantada de conocerte. Cuida bien de mi hermano —dijo, sonriéndola en el idioma que sabía que ella entendería.

—No te preocupes. Ha sido un placer conocerte a ti también —contestó Erika.

—Por cierto, Jelenia, dile a Pavle que lo llamaré para salir otra vez en kayak. Voy a quedar con Matko también. Y que esta vez no falte a la cita —añadió Alek, mientras bajaban los escalones de la calle.

—Sí, de acuerdo. Se lo diré, pero ya sabes cómo es.

—Encárgate tú de que acuda o te quedarás sin novio el día de la boda —soltó Alek riendo—. De verdad, no entiendo cómo te vas a casar con un hombre así.

—Porque a mí no me hace esas cosas. ¿Todavía no sabes que la que manda en nuestra relación soy yo? —preguntó riéndose.

Alek también se rio, pero no añadió nada más. Se despidió de su hermana con un gesto de la mano y agarrando a Erika, descendieron las escaleras.

—¿Algún problema en el hotel? —quiso saber ella.

—No. ¿Por qué?

—Es que como he oído que mencionabais a Milka, aunque no he comprendido ni una palabra de la conversación, tú has puesto cara de fastidio y tu hermana estaba seria al principio, pues he pensado que a lo mejor había

algún problema en el hotel.

—Pues no, no hay ninguno. Sí es cierto que hemos hablado de Milka, pero no es algo de lo que tú te tengas que preocupar —dijo Alek, pensando si la pregunta de Erika iría destinada a sacarle información sobre el hotel para ponerla en su informe, si es que estaba elaborando alguno, o era simple curiosidad.

Permanecieron en silencio un rato mientras descendían por la calle de Alek hasta que Erika habló de nuevo.

—Me ha caído bien tu hermana. Os parecéis mucho. Y Elizabeta también se parece a ti un montón. Se ve que los genes de tu familia son fuertes. —Se rio de su propio comentario.

—Sí, los genes de los Kovačić son resistentes. —Alek también se rio—. Mi hermana es maravillosa. La quiero mucho.

—Se nota. Con el abrazo que os habéis dado...

—¿Tú tienes hermanos o hermanas? —quiso saber él.

—No. Soy hija única. Siempre he querido tener alguien más a quien contarle mis confidencias, pero mis padres no pudieron tener más hijos, así que solo estoy yo. Me llevo muy bien con ellos, pero cuando eres adolescente necesitas tener a alguien que sea más o menos de tu edad para hablar de chicos y demás. Y tú, ¿piensas darle un hermanito a Elizabeta?

Alek lo pensó unos segundos.

—Si encuentro a la mujer adecuada, sí. Me gustan los niños, así que ¿por qué no? Deseo tener más hijos algún día. Pero con cuarenta años no puedo tardar mucho en hacerlo. Aunque Elizabeta puede tener hermanos por parte de Ivana y Matko. Sé que lo están intentando desde que se casaron.

—¿Tu exmujer te ha contado esas intimidades? —preguntó Erika sorprendida.

—No. Me lo ha contado Matko. Que lo estaban buscando. —Alek suspiró y dijo—: Espero que tengan suerte y que Ivana se quede embarazada pronto. Todos deseamos que haya otro bebé en la familia.

Llegaron a Stradun y recorrieron la calle hasta salir fuera de las murallas.

—La próxima vez que vengas a Dubrovnik tendré que presentarte a mis padres porque ya conoces a mi exmujer, a mi hija, a mi hermana, al malqueda de mi futuro cuñado...



—Te ha gustado esa palabra, ¿eh? —sonrió Erika.

—Pues sí.

—Pero yo no conozco a tu cuñado —alegó ella.

—Sí, sí lo conoces. Es Pavle, del servicio de habitaciones del hotel.

—¡Ah! ¡Vale! Ya sé quién es. ¿Y cuándo será la boda?

—En noviembre, cuando estemos en temporada baja, así se podrán ir de luna de miel. Ahora hay demasiado trabajo en el hotel y no les darían días de permiso —le explicó.

—¿Cuántos años tiene tu hermana?

—Treinta y tres. Es casi como tú, así que si vivieras aquí te llevarías bien con ella. Tendrías a alguien con quien hablar de chicos.

Alek se rio y Erika se unió a su risa.

Llegaron al aparcamiento donde estaba estacionado el coche y se subieron a él. Recorrieron el trayecto hasta el alojamiento de lujo en un cómodo silencio. Erika no dejaba de darle vueltas a algo que había dicho el hombre.

«La próxima vez que vengas a Dubrovnik...».

¿Habría próxima vez?

# Capítulo 11

Erika metió en la maleta lo necesario para pasar el sábado y el domingo en casa de Alek y bajó a cenar. Para no tener que subir de nuevo a la habitación, pidió a Milka que le guardase el *trolley* en recepción.

—¿Se marcha usted del hotel? —quiso saber la recepcionista con una alegría que no pudo ocultar.

—No —contestó Erika con la misma alegría desmedida—. Me voy a pasar el fin de semana con Aleksandar Kovačić a su casa —dijo el nombre completo para que a ella no le quedara ninguna duda de con quién iba a estar—. El lunes volveré.

Al comprobar la cara horrorizada que puso Milka, Erika ensanchó su sonrisa, dio media vuelta y se dirigió hacia la zona de restauración.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Alek al verla llegar.

—La cara que se le ha quedado a la vaca del chocolate cuando le he contado que me iba a tu casa este fin de semana.

—¿A quién?

—A tu compañera, la de recepción.

—No has debido hacer algo así —la riñó—. No está bien dar envidia.

—Normalmente no hago estas cosas, pero es que ella... no me gusta cómo me mira ni cómo me habla, con esa superioridad que...

—Aun así, no has debido hacerlo. Además, te dije que los empleados tenemos prohibido relacionarnos con los huéspedes. Puedo meterme en un buen lío si se enteran en Dirección que estoy contigo —la interrumpió Alek.

Al ver su gesto serio, Erika se apresuró a disculparse.

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

Cabizbaja entró en el restaurante bufet, pero se giró al escuchar al *mâitre* llamándola. Regresó sobre sus pasos y se detuvo frente a él.

—¿Por qué has llamado a Milka «vaca del chocolate»? —preguntó en voz baja para que nadie más que ella lo oyese.

—Porque en España sale en la televisión un anuncio de un chocolate que tiene una vaca de color lila y el nombre del fabricante es Milka. Cuando

supe que se llamaba así tu compañera, lo relacioné y desde entonces cada vez que la veo o escucho su nombre, me acuerdo de la vaca del chocolate.

Alek emitió una pequeña risa y sacudió la cabeza.

—Vete a cenar. A las doce te espero en mi coche.

Cuando Alek y Erika se reunieron de nuevo pusieron rumbo a la casa del croata.

—Si es tan peligroso para tu trabajo que nos vean juntos, ¿por qué estás saliendo conmigo? —quiso saber ella.

—Porque hay algo que me impulsa a hacerlo. Me siento muy atraído por ti.

A Erika, aquella declaración le supo a gloria, pero aún debía resolver algo.

—¿Te has acostado con Milka?

—Un caballero no habla de sus conquistas, pero ya que quieres saberlo, sí. Hace dos meses pasamos una noche juntos —respondió él, con la sinceridad que lo caracterizaba.

Una punzada de celos se alojó en el estómago de Erika al descubrir aquella información.

—Pero no fue nada importante —prosiguió él—. Lo pasamos bien y ya está.

—¿Piensas repetir con ella? —se le escapó a Erika.

Al instante se arrepintió.

—No me contestes. No es asunto mío. Además, todos tenemos un pasado y yo me marcharé a España dentro de poco...

—No —la cortó Alek—. No pienso repetir con Milka.

—Pues por la forma en que te mira, ella si quiere acostarse contigo otra vez.

—Me da igual cómo me mire. No me acostaré con ella otra vez y punto —afirmó categórico.

Erika respiró tranquila.

—¿Estás celosa? —Quiso saber él y sin dejarla contestar añadió—. Ella no es competencia para ti. Ahora mismo nadie podría competir contigo. Te

dije una vez que mientras estemos juntos no me acostaré con otra mujer. Ni siquiera tendré ojos para otra mujer. Solo para ti.

—Bien —respondió ella escuetamente.

Ninguno volvió a hablar hasta que llegaron al aparcamiento donde se estacionaban los coches antes de entrar al recinto amurallado. Alek rodeó el vehículo para abrirle la puerta a ella.

—Erika, ven aquí —le pidió él cuando hubo descendido del auto.

Ella obedeció y Alek la aplastó contra el vehículo. Puso sus manos a cada lado de la cabeza femenina y la miró con intensidad.

—Me gustas mucho, princesa, ya te lo he dicho en el coche. Solo deseo estar contigo.

La joven asintió y se mojó los labios con la lengua.

El hombre capturó su boca en un lento beso antes de agarrarla de la mano y con la otra sacar la maleta de la chica.

Atravesaron Stradun y cuando llegaron a casa de Alek, él dejó el *trolley* en un rincón de su habitación.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—No, gracias —susurró ella, sintiendo cómo las mariposas de su estómago revoloteaban frenéticas.

—¿Estás cansada?

Erika negó con la cabeza.

—¿Nerviosa? —quiso saber él.

La joven asintió.

—No tenemos que hacer nada esta noche si no quieres —mencionó el hombre—. Así que tranquilízate.

—El caso es que... yo sí quiero hacer algo esta noche. Es solo que ahora mismo me parece muy forzado.

Alek afirmó con la cabeza a su explicación. Anduvo hasta el equipo de música para poner una canción a un volumen tenue y regresó a donde estaba ella despacio.

—Bailemos —dijo abrazándola por la cintura para que girase con él al ritmo lento y romántico de *Will you still love me tomorrow* de The Shirelles.

—Me encanta esta canción —murmuró Erika, pegada al cálido torso masculino.

—A mí también —contestó Alek y comenzó a tararearla.

«*Tonight you're mine, completely...*».

—Cantas fatal —se burló ella riéndose.

—Mujer, no puedo hacerlo todo bien —Alek soltó una carcajada.

Cuando dejó de reírse, le habló al oído.

—Hay otras cosas que hago muy, muy bien.

El sonido bajo y ronco de su voz erizó la piel de Erika.

—Cómo... ¿cuáles? —susurró ella.

—Como esta... —contestó Alek apoderándose de su boca despacio, recorriéndola con pericia sin olvidarse de acariciar todos los rincones con su abrasadora lengua.

La presión de los labios del hombre contra los femeninos logró que se propagara deprisa el deseo y el placer por todo el cuerpo de Erika, quién se apretó más contra él y dejó de bailar.

Alek la abrazó mientras saboreaba su boca, con todos los sentidos puestos en la maravillosa chica que tenía entre los brazos. Cogiéndola por la cintura, la llevó hasta la cama, donde la tumbó con delicadeza como si fuera el tesoro máspreciado del mundo.

Con un último beso en los labios de Erika, Alek bajó por su garganta y se detuvo un momento allí donde latía frenético el pulso de la joven. Regó de besos y de caricias de su lengua todo el cuello femenino antes de deslizar su boca hacia el escote del vestido melocotón que ella se había puesto esa noche.

Erika sentía el fuego de los besos de Alek enviando fuertes descargas al centro de su sexo mientras él le bajaba los tirantes del vestido y dejaba al descubierto sus pechos tapados por el sujetador de encaje del mismo tono que el vestido.

El lunar de la española lo hipnotizó por un momento, pero se repuso enseguida para lanzarse a por un seno por encima de la tela del sostén. El calor de aquella tentadora boca enloquecía a Erika y esta se movió debajo de Alek para quitarse el sujetador.

—Quiero sentirte sin nada que se interponga entre nosotros —declaró ella deshaciéndose también del vestido—. Desnúdate.

Alek se rio por su orden y la urgencia con la que ella se la había dado. Se levantó un momento del colchón y procedió a darle el gusto a Erika.

Mientras, la joven se quitó el tanga y lo lanzó hacia un rincón del cuarto.

—¿Ya se te han pasado los nervios? —quiso saber él.

—Yo creo que es obvio, ¿no? Ven aquí.

Le agarró de la mano y tiró de él para que se volviera a colocar sobre ella. Después metió los dedos entre sus mechones y se apoderó de la boca de Alek. La sensación de estar piel con piel era indescriptible. Las expertas manos del hombre acariciaban la desnudez femenina, buscando sus secretos, haciéndola arder.

Mientras Erika temblaba de pasión, Alek recorrió un sinuoso camino desde su boca hasta su ombligo, donde se demoró unos segundos, para luego continuar hacia su pubis.

Pero no se entretuvo allí y eso causó la frustración de la joven que, con un gruñido, se lo hizo saber.

—Impaciente. —Se rio él, al tiempo que viajaba con los labios por todo el muslo interior de ella.

El sonido de su voz reverberó en cada poro de la piel de Erika, encendiéndola más, ansiando que Alek le diera todo el placer que prometía con sus besos y sus caricias.

—Me encanta tu olor, princesa —murmuró, aspirando el aroma femenino.

Después subió hacia el lugar tan codiciado lentamente y cuando posó la boca allí, Erika jadeó.

—Por fin... —susurró ella, deshecha por la excitación del momento.

Alek lamió despacio los pliegues femeninos antes de abrírseles con los pulgares y pasarle la lengua de nuevo. Jugando con su hendidura, provocó latigazos de deseo en Erika, que se retorció sobre la cama con la respiración entrecortada y el corazón a mil.

El hombre prolongó la deliciosa tortura al insertar un dedo en su mojada vulva mientras no dejaba de saborearla. La penetró varias veces y con la lengua dio toques en su clítoris para conseguir lanzarla al éxtasis.

Erika no podía controlar las emociones que asaltaban sus sentidos. Placer, ansia, necesidad de liberación... hasta que por fin la tormenta estalló y la dejó exhausta sobre el colchón.

Alek se tumbó a su lado y contempló su belleza. El pecho subía y bajaba al compás de la respiración y el pulso errático. El rubor de sus mejillas se le antojaba delicioso. Verla desmadejada en la cama le causó una ternura y un sentimiento de protección como nunca antes había sentido.

Erika, con los ojos igual de brillantes por el deseo que Alek, se recuperó poco a poco. Cuando su ritmo cardíaco volvió a la normalidad, se apoyó en los codos y miró la dureza entre las piernas del hombre.

—¿Te ayudo con eso? —preguntó juguetona.

—Si te apetece...

Se colocó de rodillas al lado de sus muslos y agarró el rígido miembro con las manos. Despacio bajó la cabeza hasta cubrir la corona rosada y continuó haciéndola desaparecer entre sus labios mientras escuchaba los jadeos de Alek.

Él cerró los ojos y fantaseó con que era el sexo de Erika el que lo succionaba. Se dejó llevar por la imaginación al tiempo que enredaba los dedos en el largo cabello de la joven española y seguía el movimiento ascendente y descendente que tanto placer le estaba dando.

El calor creció dentro de él mientras ella lo acosaba con las caricias de su lengua y con sus manos, tirando de su erección, haciendo que el hombre se estremeciera al notar que estaba próximo al clímax.

Alek la detuvo antes de estallar. Con un masculino gruñido, asió a Erika por las axilas y la tumbó de nuevo en el colchón. Rápidamente agarró un preservativo de la mesilla y lo desenrolló, cubriendo así su pene y protegiéndolos a los dos con este acto.

Cuando la penetró, ambos jadearon de placer. Deleitándose con la erótica fricción de sus cuerpos desnudos, sudorosos, buscaron saciarse mutuamente.

Alek no podía dejar de mirarla, hipnotizado por su piel, por sus ojos y esos pequeños gemidos que salían de su boca entreabierta.

Erika rodeó con sus piernas las caderas masculinas y lo instó a ir más deprisa. Un segundo orgasmo se iba apoderando de ella con lentitud al sentir las estocadas del hombre. Con dos dedos buscó su botón mágico entre los cuerpos y presionó para conseguir liberarse.

Alek estaba próximo al colapso. Iba a ser glorioso.

Al oír a Erika alcanzar su clímax y ver en sus ojos nublados por el placer la dicha que estaba sintiendo, se sacudió más fuerte dentro de ella. Echó la cabeza hacia atrás y con un agónico grito de euforia se corrió.

Cayó sobre ella desmadejado, pero solo fue un momento pues, para no aplastarla con su peso, rodeó el cuerpo femenino con los brazos mientras se deslizaba hacia un lado y pegaba a Erika contra él.

La languidez y el sopor que acompaña a la energía sexual los venció, haciendo que se quedaran dormidos en pocos minutos.



## Capítulo 12

Erika se despertó con el ruido del trasiego de Alek en la cocina preparando el desayuno al tiempo que escuchaba su voz cantando *Ain't no mountain high enough* de Marvin Gaye y Tammi Terrell, desafinando en algunas notas.

Sonriendo salió de la cama, cubrió su desnudez con una camiseta de él que encontró encima de la silla y subió los escalones hasta el piso superior.

Cuando llegó, se encontró al hombre con un pantalón corto y sin nada arriba, moviéndose por la cocina mientras no dejaba de destrozar la preciosa canción del año 1967.

Al llegar al estribillo, Alek se detuvo y con un cucharón de madera haciendo las veces de micrófono cantó el clásico del soul meneando la cabeza a un lado y al otro.

Por el rabillo del ojo, él vio que Erika estaba parada en la puerta, riéndose por su desastrosa interpretación. Sin un ápice de vergüenza, se dirigió hacia ella sin dejar de cantar y la agarró de la cintura, obligándola a bailar con él y unirse a la canción que sonaba.

—Te has levantado contento hoy —señaló ella.

—Es que me siento feliz y tú tienes la culpa.

Se aproximó a su rostro y la dio un rápido beso en los labios.

—¿Yo? —preguntó Erika sonriendo.

Alek asintió y volvió a reclamar su boca con un largo beso.

Después de visitar el monte San Sergio durante la mañana, desde el que había una magnífica vista de todo Dubrovnik y al que habían subido y bajado en teleférico, fueron a comer a un restaurante cercano al Palacio Sponza. Alek le indicó que Jelenia y Pavle se casarían allí, en ese hermoso y señorial edificio que combinaba el gótico con el renacentista mientras Erika admiraba los arcos de la fachada.

—Es precioso —dijo ella—. Seguro que va a ser una boda muy bonita,

de cuento de hadas.

Alek se quedó observándola muy serio. Llevaba toda la mañana pensando en cómo proponerle algo y al final decidió lanzarse a la piscina.

—Me gustaría que fueras mi pareja en la boda de mi hermana. ¿Qué me dices? ¿Te apetece?

Erika se quedó por un momento impresionada.

El boli de insulina que tenía en la mano, listo para inyectarse el medicamento, tembló.

—Yo... No sé...

—No tienes que contestarme ahora. Se casan dentro de varios meses, así que aún hay tiempo.

El camarero llegó con la comanda que habían pedido minutos antes y tras dejar los platos se marchó.

Alek siguió hablando como si no hubiera dicho nada del tema de la boda.

—Me gustaría ir mañana a la playa y llevar a Elizabetha con nosotros. ¿Qué te parece?

Al ver que Erika continuaba pensativa, él se apresuró a explicar:

—Es que no estoy con ella desde el fin de semana pasado y echo de menos a mi hija. Pero si te vas a sentir incómoda con la niña, hablaré con Ivana para que me la deje un par de días entre semana cuando tú hayas regresado a España...

—No, tranquilo. Me parece estupendo. Así la conozco un poco más. Seguro que lo pasamos muy bien los tres juntos —respondió Erika, con sinceridad.

Él tenía todo el derecho a estar con su hija. ¿Cómo iba negarle eso? Alek era un hombre divorciado con cargas familiares y, aunque Ivana llevaba la mayor parte del peso, él tenía que cumplir también.

Además, a ella le encantaban los niños, así que ¿por qué no?

—Cuéntame cosas de Elizabetha. ¿A qué le gusta jugar? —le pidió Erika.

Continuaron comiendo mientras Alek relataba los gustos de su niña y algunas de sus travesuras. Erika se rio mucho al conocerlas.

Después de almorzar dieron un paseo tranquilo hasta la casa del croata, donde pasaron la tarde amándose en la intimidad.

—Oye, Alek, ¿puedo preguntarte una cosa? —quiso saber Erika después de hacer el amor.

—Claro.

Ella tomó aire para soltar lo que le rondaba por la cabeza.

—A lo mejor son imaginaciones mías, pero te noto muy interesado en esto.

—¿Esto? ¿A qué te refieres? —preguntó sin entenderla.

—Pues a... esto —con un dedo señaló sus dos cuerpos.

Al ver que él se quedaba pensativo, sin comprenderla aún, decidió ser valiente y lanzarse al vacío sin red, como decía su amiga Marta.

Se sentó al estilo indio sobre la cama, cubriéndose con la sábana, y lo miró fijamente.

—A ver... Me has estado enviando señales que me han hecho pensar.

Alek se apoyó en el colchón con un codo.

—Señales. ¿Cómo cuáles? ¿Tierra llamando a Erika y esas cosas? —dijo riéndose.

—¡No seas tonto!

La joven le dio un manotazo en el pecho, riéndose también.

—Me refiero a que me has hecho varios comentarios como que la próxima vez que venga a Dubrovnik tengo que conocer a tus padres, me has invitado a la boda de tu hermana y... ahora no recuerdo si hay alguno más... pero da igual. —Meneó la cabeza y prosiguió—. Todo esto me hace pensar que... a lo mejor me equivoco, pero yo creo que... que tú quieres... que tú y yo...

Cada vez se iba poniendo más nerviosa y los balbuceos que soltaba le hicieron comprender a Alek lo mucho que le estaba costando decirle aquello, así que se apiadó de ella y concluyó él.

—Quiero que tengamos una relación seria y que te vengas a vivir aquí conmigo.

Erika se quedó boquiabierta ante su declaración.

—Sé que es muy pronto aún —continuó Alek—, pero así es como lo siento. Con cuarenta años sé distinguir entre lo que quiero y lo que no. Es lo bueno de la experiencia que te da la madurez. Y tú tampoco eres una niña.

Se alzó del lecho y se posicionó frente a ella, sentado de igual manera.

La agarró de las manos y clavando sus verdes ojos en los castaños de ella, confesó:

—Erika estos pocos días han servido para que me enamore de ti. Hacía mucho que no me sentía así de ilusionado con alguien y tú lo has conseguido. Solo tu sonrisa es capaz de alterar el ritmo de mi corazón. Y me gustaría saber si hay sitio para mí en tu futuro. Tú en el mío ya lo tienes asegurado.

—¿Quieres que me venga a vivir aquí contigo? —preguntó sin salir todavía de su asombro.

—Claro. Para poder besarte siempre que quiera. Para que nunca te duermas sin que antes te ame. Para despertar con besos y caricias. Para que bailemos juntos en la cocina. Para que seamos felices.

—¿Me estás diciendo de verdad que estás enamorado de mí? ¿En tan poco tiempo?

Erika no daba crédito. Podía entender que él la dijera que se sentía atraído por ella, pero una cosa era deseo carnal y otra el amor. Y Alek estaba hablando de amor. De tener una relación seria. De que ella dejase su país y se fuera a vivir allí con él.

—Sí, princesa. Sé que parece de locos, pero así ha sucedido —dijo Alek, con una tierna sonrisa en los labios y los ojos brillándole de gozo.

Como si él le hubiera leído el pensamiento, añadió:

—Y no me confundo. No es solo atracción lo que siento por ti. Te juro que es amor. Sé distinguir las cosas. Quiero estar contigo de una manera formal. También sé que es demasiado pedirte que dejes a tu familia en España, tu ciudad, tus amigas y que vengas a Dubrovnik conmigo. Sé que estoy siendo egoísta, pero la sola idea de trasladarme yo a Madrid y no poder estar con Elizabetha me mata. Por eso espero que entiendas que debo mirar por mí interés en este aspecto y...

Erika le interrumpió.

—Nunca te pediría que abandonases a tu hija.

Los dos permanecieron en silencio algunos segundos. Ella se debatía entre aceptar la proposición del dálmata o no. A su mente, volvió la conversación con su amiga Marta en la que le decía que se arriesgase, que se lanzase al vacío e intentara ser feliz sin pensar en el mañana o en el daño que podrían causarle. Recordó aquello que le dijo Alek al poco de conocerse.

«Hay que enamorarse las veces que haga falta, hasta que nos salga bien». Tenía que vencer su miedo al dolor de un corazón herido. Debía ser fuerte y enfrentarse a lo que la vida le deparaba y si era con él...

—No te he preguntado por tus sentimientos —añadió Alek—, pero estoy seguro de que me correspondes. Puedo verlo en tus ojos cada vez que me miras.

—A ver el sentimiento que tengo ahora mismo es de asombro. Intuía que querías algo conmigo, pero nunca pensé que me pedirías que me viniese a vivir aquí, al menos no tan pronto. Supuse que estaríamos un tiempo soportando una relación a distancia y que, según cómo nos fueran las cosas, tendríamos que hablar del futuro. Pero veo que tú ya lo tienes todo decidido.

—Y eso no te gusta —objetó él con un toque de decepción—. Lamento no haberte pedido opinión.

—No, tranquilo. Sí que me gusta. Me siento halagada al saber que tienes planes de futuro conmigo y yo, bueno, no había pensado mucho en esto pero... creo que también me estoy enamorando de ti... —Hizo una pausa en la que tomó aire profundamente y prosiguió—. Sí, quiero que lo intentemos.

La sonrisa que se extendió por el rostro de Alek le confirmó a Erika lo mucho que le había gustado comprobar que sus sentimientos eran correspondidos.

—Aunque en este momento no puedo venirme aquí a vivir. Tengo que resolver cosas en Madrid como por ejemplo decírselo a mis padres, a mis amigas, hablar con mi jefe para dejar el trabajo...

—¿Podrías trabajar de lo mismo aquí en Croacia? —quiso saber Alek.

—No lo sé, pero no importa. Estoy cansada de este empleo, de viajar tanto... —Meneó la cabeza negando—. Llevo tiempo pensando en dejarlo y quedarme quieta en algún sitio.

Erika se calló, sumiéndose en sus reflexiones. Esta era la oportunidad que había buscado para terminar con su empleo. Estaba segura de que en Dubrovnik no le costaría encontrar un trabajo con todo el turismo que visitaba la ciudad. No le importaba si era en una tienda, de camarera en algún restaurante o, incluso, en alguno de los muchos hoteles que poblaban la Perla del Adriático. Con su experiencia perfectamente podría aspirar a ser jefa de Relaciones Públicas o asistente de Dirección de algún complejo hotelero o

restaurante.

—Pero primero tendrás que ir a Madrid para conocer a mi familia —añadió.

—Me parece bien.

El hombre agarró el móvil que tenía encima de la mesilla y buscó el calendario.

—Mira: podría ir dentro de tres semanas para conocerlos —comentó Alek, pasando un brazo por los hombros de Erika y ciñéndola a su pecho.

En ese momento, el teléfono de ella sonó dentro de su bolso y la joven se levantó para ir a buscarlo.

En la pantalla vio que era su amiga Marta y sonrió. Cuando le contase lo que acababa de suceder entre el dálmata y ella se iba a alegrar muchísimo.

—¿No has dicho antes que estabas enamorado de mí? Entonces, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué quieres que muera ahogada? —se quejó Erika, mientras Alek la colocaba el chaleco salvavidas para subirse al kayak.

A él le había costado mucho convencerla de ir a contemplar el atardecer desde el mar. Le dijo que era una sensación indescriptible estar en medio de las aguas turquesas del Adriático y ver la puesta de sol tan hermosa que había en Dubrovnik. Aunque Erika finalmente accedió, no dejaba de quejarse y trataba de quitarle a su novio la idea de la cabeza.

—No entiendo cómo te puede gustar esta actividad multiaventura. A mí me parece que es como suicidarse a plazos —refunfuñó de nuevo.

—¡No seas exagerada! —exclamó el hombre riéndose.

—Si el kayak vuelca, ¿sobreviviremos los dos o solo tú?

Alek puso los ojos en blanco y no contestó. Terminó de ponerle el chaleco salvavidas y agarró su mano para conducirla hasta la embarcación.

—¿No tienes el chaleco fluorescente? Así se verá pronto mi cadáver al salir a flote cuando muera ahogada.

—Pero mira que eres miedosa... —murmuró él sacudiendo la cabeza.

Comenzaron la excursión en kayak bordeando la muralla sobre el acantilado hasta llegar al Fuerte de San Lorenzo. Desde allí, Erika pudo observar una perspectiva totalmente distinta de este maravilloso lugar, así

como del resto de la ciudad vieja.

Continuaron hasta Playa Betina, una playa rocosa casi cubierta por una cueva natural y que solo tenía acceso desde el mar. A Erika, una vez superada su aprensión a estar rodeada de agua, le pareció el lugar más hermoso de la antigua Ragusa.

—Aquí suelo venir a practicar *snorkel* —comentó Alek.

—¿No pretenderás que lo hagamos, verdad? —preguntó ella, con ansiedad.

Alek puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—¿Tú ves que llevemos algún equipo para practicarlo? —dijo, mirándola por encima del hombro.

Él iba delante remando y ella detrás, contemplando todo a su alrededor:

—No.

—Pues entonces...

Erika no dijo nada más y Alek continuó hasta que llegó a un punto en el que se detuvo.

—¿Por qué paras? —quiso saber la joven.

Con cuidado y venciendo su miedo, metió una mano en las aguas cristalinas y frescas del mar:

—Shhh, no hagas ruido y no te muevas —susurró Alek.

—¿Qué pasa? —murmuró ella intranquila.

Alek miró por todos lados. De pronto, en voz muy baja, le explicó:

—Me ha parecido ver la aleta de un tiburón allá delante.

—¡¡¡¡¡Qué???! —gritó Erika histérica, sacando la mano del agua con rapidez y agarrándose al kayak con todas sus fuerzas.

El hombre comenzó a reírse.

—¡Es broma! ¡Es broma! —exclamó, en mitad de las carcajadas.

—Me cago en la leche —soltó ella aporreando su espalda con los puños —. ¡Me has dado un susto de muerte, tonto!

—Aquí no hay tiburones, así que estate tranquila.

—No vuelvas a darme un susto así o conseguirás que no me monte en kayak contigo ni me meta en el agua nunca más —lo advirtió ella muy seria.

—Lo siento. ¿Me perdonas? —preguntó por encima de su hombro.

—No.

Pero, a pesar de su negativa, él vio cómo ella sonreía.

Permanecieron en silencio unos minutos mientras el sol se ponía y Erika suspiró por tan sobrecogedor, impresionante y bello atardecer. La luz anaranjada incidía sobre el Adriático y lo dotaba todo de una magia especial.

—Es precioso... —comentó ella en voz baja.

—Sabía que te gustaría —afirmó Alek.

Cuando el astro rey estaba a punto de desaparecer, el croata decidió regresar a puerto.

Sveti Jakov era una pequeña playa de piedras blancas, guijarros y poca arena con el agua cristalina, muy acogedora e ideal para familias con niños. Una joya natural que invitaba a relajarse, empaparse de la belleza de sus increíbles vistas con la silueta de las murallas de Dubrovnik y la isla de Lokrum en frente y disfrutar del mar.

Había que llevar calzado adecuado para andar y nadar como en casi todas las playas de Ragusa, pero aun así, a Erika le resultó tremendamente atractiva y estaba bien equipada con un chiringuito y unas duchas.

Recogieron a Elizabeta en el portal de su casa, fuera del recinto amurallado. Cuando Ivana se acercó a Erika para saludarla con dos besos en las mejillas, le deseó que pasaran una buena jornada y disfrutase con una sincera sonrisa. También conoció a Matko, el nuevo marido de la mujer dalmata y amigo de Alek. Le pareció un hombre muy amable, educado y simpático, y se notaba el amor que sentía por Ivana y Eliza.

—No dejes que Alek la colme de caprichos. Es demasiado blando con ella y este diablillo necesita mano dura o, de lo contrario, hará con vosotros lo que le dé la gana —le aconsejó Ivana a Erika al despedirse.

—Haré lo que pueda. —Sonrió la española al ver la confianza que depositaba en ella la exmujer de su novio.

Una vez que llegaron a la playa y dejaron los bártulos en el suelo, Alek y Elizabeta corrieron a bañarse. Desde la orilla Erika los contemplaba. Eran la viva imagen de la felicidad. La niña reía a carcajadas con todos los juegos acuáticos de su padre y ella deseó acompañarlos.

Se metió en el agua despacio hasta que le llegó por las rodillas. Ellos no



estaban demasiado lejos de la orilla porque Eliza aún no sabía nadar bien y Alek nunca pondría en peligro la vida de su hija llevándola más profundo.

—¡Qué bien! ¡Te has atrevido a meterte en el agua! —exclamó el hombre, cuando vio que Erika se paraba junto a él.

—Ya, pero solo porque aquí hago pie. ¿Puedo unirme a vuestro juego?

—*Da<sup>3</sup>* —soltó Elizabeta contenta— *Igrati s nama<sup>4</sup>*.

Alek se volvió hacia su hija y la regañó con cariño.

—Eli tienes que hablar a Erika en inglés. Ella no sabe croata —dijo de forma que la española supiera de qué estaba hablando con su hija.

La niña miró a la joven con arrepentimiento.

—Lo siento —pronunció en inglés con voz baja—. Se me olvida que no sabes mi idioma. He dicho que juegues con nosotros.

Erika se agachó para quedar con sus ojos a la altura de los de la pequeña.

—Estaré encantada de jugar contigo y con tu papá si me prometes que me vas a enseñar croata. Así podremos entendernos en los dos idiomas, ¿de acuerdo? —Le sonrió con dulzura y Elizabeta asintió con la cabeza al tiempo que también sonreía.

Pasaron la mañana entre risas y juegos hasta la hora de comer.

Cuando Erika sacó su boli de insulina para pincharse, la niña se la quedó mirando con la boca abierta y Alek le explicó la enfermedad de la joven. Eliza asintió a cada palabra dicha por su padre, dando la información por válida. Aun así, hizo muchas preguntas y Erika satisfizo la curiosidad infantil.

Al terminar el pícnic que habían llevado, una mujer se acercó a ellos con un niño de alrededor de un año en los brazos.

Saludó efusivamente a Alek y a Elizabeta en su idioma natal. Después el hombre hizo las presentaciones oportunas en inglés.

—Erika quiero que conozcas a Neda, una de mis mejores amigas de la infancia. Y este... —Señaló al bebé—... Es su hijo Kristijan.

Las dos mujeres se miraron y con una sonrisa estrecharon sus manos.

—Encantada —dijo Neda en inglés, al ver que Alek le había hablado a la joven en ese idioma.

—Igualmente.

Neda se volvió hacia Elizabeta, que le había preguntado también en inglés si podía dejarle al niño para jugar.

La croata sentó a su hijo en el suelo de piedra y la niña hizo lo mismo para poder estar a la altura del pequeñín de un año.

—No es un bebé de juguete, Eliza, recuérdalo —la advirtió su padre.

—Está empezando a andar —le comentó Neda a Alek.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó el dálmata sonriendo.

—Pero estas piedras lo desestabilizan mucho —añadió su amiga.

Los dos estuvieron unos minutos charlando sobre los avances del bebé mientras Erika no dejaba de mirar sorprendida el parecido entre el niño, Elizabeta y Alek. También era moreno y con ojos verdes, al contrario que Neda, que tenía un aspecto nórdico con su fino pelo rubio y sus ojos azules. Parecía que la hija de su novio y el niño de su amiga fueran hermanos. Hermanos por parte del mismo padre, desde luego.

—Tengo que irme ya. Senka llegará de un momento a otro del trabajo y Kristijan debe dormir la siesta —comenzó a despedirse Neda, cogiendo a su hijo del suelo.

—*Nemojte je uzeti!* —se quejó Eliza, alzando los brazos hacia el bebé.

—Cariño, se tienen que ir a casa, pero te prometo que otro día iremos a jugar con ellos —le aseguró Alek a su hija en inglés.

—*Ne! Želim igrata sada s Kristijan!* —gritó la niña en croata.

Erika, a pesar de no saber la lengua natal supo que ella se estaba quejando porque el bebé se iba y ya no podría jugar más con él ese día. Los gestos de la pequeña eran muy claros respecto a qué opinaba de aquella situación.

—¿Quieres que te compre un helado? —intervino Erika para llamar la atención de Elizabeta y controlar su enfado.

La niña asintió y se agarró de la mano de la española para ir juntas al chiringuito. Antes de marcharse, se despidieron de Neda y su bebé, y dejaron a Alek solo hablando unos últimos minutos con su amiga.

Al regresar poco después, Erika le entregó a Alek un helado mientras Eli se comía otro.

—¿Tú no te has comprado ninguno? —preguntó el hombre.

—No. Podría haberlo comprado sin azúcar, pero suelen estar bastante malos. Ya estoy acostumbrada a no comerlos.

Se sentó al lado del dálmata y comenzó a hablar en español. No quería

que Elizabeta supiera el tema que estaba tratando con su padre.

—No he podido evitar fijarme en lo mucho que se parece el niño de tu amiga a tu hija y a ti. ¿Tienes alguna explicación lógica? —Lo miró, cruzándose de brazos a la espera de una respuesta.

—Sí, que los genes de los Kovačić son fuertes. Dominantes diría yo. Alek le dio un lametón a su helado y sonrió.

—Ya te lo dije el otro día —añadió girándose hacia Erika.

—Eso no me vale.

Erika empezaba a enfadarse. Muchos pensamientos atravesaban su mente. ¿Habría tenido alguna relación con Neda? ¿Sería ella una de las mujeres con las que estuvo tras su divorcio de Ivana? ¿Y había tenido un hijo con ella además! ¿Por qué no se lo contó cuando hablaron de darle un hermanito a Elizabeta? ¿Es que no consideraba a ese niño como su hijo? ¿O es que Neda se había quedado embarazada y no le había dicho nada? Pero... ¡no podía ser que él dudara de ese bebé!

No, no, no. Alek acababa de admitir la paternidad de Kristijan al confirmar que los genes Kovačić eran resistentes.

El hombre, viendo la multitud de sentimientos que Erika expresaba con su ceño fruncido, sus labios convertidos en una fina línea y su cuerpo en tensión, se apresuró a explicarle para que no hubiera malos entendidos.

—Neda y su pareja, Senka, son lesbianas. Como ya te he dicho, Neda es amiga mía desde la infancia. A Senka la conozco desde hace unos cinco años. Para ellas es complicado tener hijos. Por su condición sexual no querían ayudarlas en ninguna clínica de reproducción asistida, así que un día que hablábamos del tema se me ocurrió ofrecerme como donante de semen y ellas aceptaron. Neda y yo nos hicimos pasar por un matrimonio con problemas de fertilidad y poco después, ella se quedó embarazada.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó Erika, con los ojos como platos.

—¡No! ¿No me has escuchado? Fuimos a una clínica de inseminación artificial. Yo me tuve que hacer un trabajito manual allí y luego mi esperma lo metieron en un óvulo que previamente le habían extraído a Neda. Después se lo pusieron a ella en el útero y el resto es historia. Nació Kristijan. Mis amigas son dos mamás súper felices con su bebé y yo estoy muy contento de

haberlas podido ayudar.

Erika no daba crédito a las palabras de Alek. ¿De verdad había hecho eso por sus amigas?

—Pero ¿y qué pasa con el niño? Es tu hijo como Elizabeta. ¿También tienes que...?

—No —la interrumpió Alek—. Yo solo doné mi semen, pero ese niño no es hijo mío. Es hijo de Neda y Senka. Yo solo puse mi granito de arena para que mis amigas cumplieran el sueño de ser madres y tuvieran un bebé sano.

Erika se quedó un momento en silencio procesando toda la información que acababa de recibir. Cuando lo tuvo asimilado, volvió a mirar a Alek, pero esta vez con ternura.

—Vaya, sí que eres un buen hombre, con un corazón enorme y sincero. No conozco a nadie que haya hecho eso. Aunque me sorprende mucho, no te lo voy a negar, respeto tu decisión —murmuró.

Él sonrió con dulzura. Se acercó a sus labios y los besó despacio.

Elizabeta jugaba con otros niños en la orilla de la playa una vez terminado su helado.

—¿Tienes algún secreto más que contarme? —quiso saber Erika, al finalizar el beso.

—Bueno... —Alek se quedó pensando unos segundos. Después prosiguió—. Si quieres te puedo decir dónde perdí la virginidad. —La miró con picardía—. Incluso podemos hacer una reconstrucción de los hechos —dijo dándole un lametón lento y sensual a su helado sin quitar los ojos de Erika. Parecía que la estuviera devorando a ella.

La risa cantarina de la española fue como música celestial para los oídos del dalmata y un delicioso calorcito se extendió por el pecho de los dos.

---

3 Sí.

4 Juega con nosotros.

5 ¡No te lo lleves!

6 ¡No! ¡Quiero jugar ahora con Kristijan!

# Capítulo 13

Milka los observaba desde lejos. Hacía rato que estaba en la playa, pues era su día libre y sabía que el *maître* solía ir allí los domingos que le tocaba estar con la niña cuando hacía buen tiempo.

La envidia la carcomía por dentro al ver que la española estaba ocupando su lugar con Alek y Elizabeta. Pero la joven se iría, sí. Se iba a marchar de Dubrovnik dentro de muy poco y, por fin, tendría a Alek todo para ella.

Aunque... antes de que la joven regresara a su país natal, le tenía reservada una sorpresa. O quizá Erika se diera cuenta después, cuando ya estuviera en suelo español.

La jugada que había intentado con Jelenia no había dado resultado. La gobernanta del hotel se había puesto del lado de su hermano, fastidiando los planes de la recepcionista.

Con una pérfida sonrisa contempló cómo los miembros de la idílica familia que tenía a unos metros por delante, recogían los enseres playeros y comenzaba la retirada hacia su hogar:

Tras dejar a Elizabeta en su casa y prometer que el miércoles iría a buscarla al colegio para pasar la tarde con ella, Alek regresó al coche donde lo esperaba Erika.

—¡Uf! ¡Estoy agotada! —suspiró con cansancio la joven.

—¿Seguro? ¿No te quedan fuerzas para que nos amemos? Llevo todo el día deseándote. Tu figura en bikini ha sido muy excitante y tentadora, pero con Eliza por allí en medio...

—Corre. Vamos a casa —ordenó ella sintiendo cómo un cosquilleo se extendía por toda la piel ante el placer que prometían las palabras y la mirada de su novio.

Aparcaron el coche donde siempre, extramuros de la vieja Ragusa, y de la mano hicieron el camino lo más rápido posible. Cuando llegaron a la calle

donde vivía Alek, Erika contó los escalones como si de una cuenta atrás se tratase.

Cada vez estaba más cerca de conseguir el placer.

Cada vez estaba más cerca de sentirse saciada y satisfecha gracias a su hombre.

Cada vez que pisaba un escalón, su corazón bombeaba frenético, deseando desnudar su alma y acompañar a la de Alek.

—Estoy tan cansada que ni siquiera tengo ganas de cenar —dijo Erika después de un increíble polvo en la ducha.

Él la había estampado contra la pared mientras el agua caía sobre ellos y le había hecho el amor, empalándose en ella con la fuerza de un toro bravo al tiempo que Erika jadeaba pidiendo más.

—Pero no te puedes ir a la cama con el estómago vacío. Puedo preparar algo rápido. —Ofreció el croata, mientras se enrollaba una toalla a la cintura—. Como una ensalada con queso y nueces.

Erika asintió con la cabeza y terminó de vestirse con ropa cómoda, ligera, que se quitara fácilmente, por si había sexo de postre, aunque con lo agotada que se sentía dudaba de que fuera a suceder. De todas formas, al día siguiente, al despertar, podrían echar uno mañanero y empezar la jornada con buen humor.

Cuando la cena estuvo lista, Erika se pinchó la dosis de insulina correspondiente y ambos comenzaron a comer mientras charlaban.

—¿Ya no comes más? —preguntó Alek al rato, viendo cómo ella apartaba el plato todavía con la mitad de la ensalada en él.

—¡Uf! No. No puedo tragar nada más. —Señaló ella con la mano sobre su estómago.

—Pero has cenado muy poco.

—Es que ya no me entra nada más, de verdad.

Se levantó de la silla y recogió su parte de la mesa mientras Alek terminaba de cenar. Siguieron charlando hasta que el hombre acabó. Tras recoger todo, condujo a Erika escaleras abajo, a la planta baja donde estaba la sala con la televisión.

—¿Te apetece ver alguna película? Pero te advierto que todas son en croata y, aunque yo puedo ir traduciéndotela, no será lo mismo.

—No te preocupes. Seguramente me quedaré dormida enseguida — contestó Erika, sentándose en el sofá a su lado—. A no ser que me mantengas despierta de alguna forma.

La mirada de deseo que le lanzó a Alek estimuló todas las neuronas masculinas y una lujuriosa sensación de hambre sexual invadió sus venas.

La agarró por la cintura para colocarla en su regazo y se lanzó hacia su boca para devorarla con un fiero beso. Erika correspondió con idéntico ímpetu, bebiéndose el adictivo sabor de Alek.

Él subió las manos por su espalda con una lentitud que contrastaba con la pasión que se había desatado entre los dos amantes. Acarició con movimientos circulares de sus dedos cada vértebra de la columna hasta llegar a la nuca, donde la sujetó para profundizar el beso.

Ella posó las manos sobre sus pectorales y se empapó de la calidez de la piel masculina que se filtraba a través de la ropa mientras se frotaba contra la pelvis del hombre, notando cómo nacía su erección.

—¿No decías que estabas cansada? —preguntó Alek, cuando se distanció de los labios de Erika para tomar aliento.

—Y lo estoy —afirmó ella.

—Si quieres lo dejamos para otro momento —añadió él, travieso.

—De eso nada.

Erika se deshizo de su camiseta de tirantes y le quitó a Alek la suya, devorándolo con la mirada. Sus ojos eran dos lenguas de fuego que lamían la piel del otro abrasándola. Con dedos codiciosos recorrió el torso masculino hasta llegar a la cicatriz del marcapasos y la pequeña elevación que este producía. De allí pasó a la garganta y luego al rostro. Resiguió las diminutas arrugas a cada lado de los ojos y Alek los cerró con un gemido por tan delicadas caricias. Ella le besó los párpados, bajó por su nariz y pasó de largo por los labios para morderle el mentón cubierto por la barba de esos días.

Alek se dejaba hacer, perdido en la nebulosa del placer que ella le daba con sus caricias y sus besos. De pronto, Erika le cogió las manos y las plantó sobre sus senos.

—Tócame —exigió con un pequeño gemido.



La voz le salió con un gruñido tan erótico que erizó el vello corporal de Alek y alteró sus terminaciones nerviosas. El sonido fue a parar directamente a sus genitales y terminó de hinchar la poderosa erección.

Alek masajeó con delicadeza los pechos de su novia. Jugueteeó con los pequeños pezones hasta que posó su boca sobre uno de ellos y lo fustigó con la lengua para endurecerlo. Erika sintió el calor húmedo de la boca del croata y todos sus sentidos se revolucionaron. Jadeó cogiéndole del pelo y lo aplastó todavía más contra su seno. Alek se lo succionó igual que un bebé mamando de su madre. Después de un rato, pasó al otro y repitió el proceso bajo la atenta mirada lujuriosa de la joven.

—Preciosos —dijo, al distanciarse para ver su obra.

Erika tenía los pechos enrojecidos por el roce de la barba del dalmata, con los pezones hinchados por sus ardientes besos.

—Desnúdate —ordenó el hombre.

Ella se levantó del regazo y se quitó los pantalones cortos que llevaba, arrastrando las bragas con ellos al tiempo que Alek hacía lo propio con su pantalón y su *slip*.

Volvió a agarrarla de la cintura y la colocó de nuevo encima de su pelvis, con el rígido miembro masculino aplastado entre los dos cuerpos.

Se besaron con las respiraciones y el pulso erráticos, con el corazón latiendo frenético y con las ganas de unirse en uno solo quemándoles las venas.

Ella bajó las manos para abarcar la dureza del croata y él deslizó los dedos por toda la hendidura de la mujer.

—Estás a punto —comentó Erika jadeando.

—Tú también estás preparada. Mira cómo me mojas los dedos.

—¿Tienes condones aquí? —quiso saber ella.

—No. Están en la habitación. En el último cajón de la mesilla.

Erika asintió y se levantó de sus rodillas. Agarró la mano de Alek empapada con sus fluidos y le condujo escaleras arriba. Nada más entrar en el cuarto, ella lo empujó y él cayó de espaldas sobre la cama. Mientras abría un cajón y rebuscaba los preservativos, Alek quitó la colcha y se colocó de nuevo en el colchón, con los brazos tras la nuca y el pene listo para insertarse en el sexo de Erika.

Ella localizó una funda de látex y, después de sacarla de su envoltorio, se la desenrolló en torno al miembro duro como una piedra. Sin más preámbulos, se colocó sobre él y se dejó caer poco a poco, notando como la colmaba con cada centímetro hasta que estuvo llena.

Alek jadeó al sentir el calor del sexo de Erika, que lo envolvía igual que un guante, y se adaptaba a su vagina como si estuviera hecho a su medida. Cuando ella comenzó a cabalgarle creyó que moriría de placer. La agarró del culo para acompañarla en sus movimientos mientras ella se sujetaba con las manos sobre los pectorales masculinos y le clavaba las uñas en ellos.

La habitación entera vibró con la pasión de los dos amantes cuando gritaron a la vez, unidos en su orgasmo y ella se derrumbó exhausta sobre él.

Alek repartió tiernos besos por el pelo de Erika mientras la abrazaba con cariño. Ella se pegó más a él buscando su calor.

—Y decías que estabas cansada... —murmuró Alek, junto a su oreja—. Anda, que si no llegas a estarlo, acabas conmigo, princesa.

Erika apoyó el mentón sobre el pecho de él y le sonrió. Después lo besó fugazmente en los labios, en la mandíbula y en el cuello. Cuando llegó a los pezones masculinos, los lamió, dejándolos húmedos. Comenzó a jugar con el vello de su torso, haciendo espirales en él hasta que Alek le indicó que debía quitarse el condón.

Se movieron para deshacer la unión de sus cuerpos y cuando él se fue a tirar el látex a la basura, ella aprovechó para pincharse la dosis de insulina lenta correspondiente a la noche.

Cuando Alek regresó a la cama, abrazó el cuerpo desnudo de Erika por la espalda. La pegó a él, dándole su calor y, tirando de la sábana que había quedado arrugada a los pies, los tapó a ambos.

—Buenas noches, mi amor —suspiró el hombre, entrelazando sus dedos con los de ella. La dio un suave beso bajo el lóbulo de la oreja y apoyó la cabeza en la almohada, aspirando el aroma femenino que había quedado impregnado allí.

—Buenas noches, cariño —dijo Erika, antes de quedarse dormida profundamente.

# Capítulo 14

Alek se espabiló con el sonido del despertador: Eran las siete de la mañana y tocaba levantarse para ir a trabajar después de un fin de semana intenso en compañía de Erika. No quería salir de la cama y separarse del cuerpo de su novia. Pero era lunes y la rutina hacía su entrada de nuevo.

Apagó el despertador y se volvió hacia Erika, que aún dormía ajena al sonido estridente del reloj.

Lo que vio le dejó boquiabierto.

El cuerpo desnudo de la joven temblaba y una capa de sudor hacía que su piel brillase.

—Erika —la llamó poniéndole la mano en un hombro para despertarla.

Pero ella no reaccionó.

Notando la frialdad de su piel, la zarandeo más fuerte, intentando espabilarla al tiempo que se preguntaba por qué estaba temblando si la sábana la cubría hasta el pecho y la temperatura de la habitación era buena. El sudor de ella le empapó la mano y se dio cuenta de que también lo hacía con las sábanas.

—Erika, despierta —dijo, sintiendo cómo una creciente ansiedad lo invadía.

¿Qué le pasaba a su chica? ¿Por qué no se despertaba? ¿Por qué estaba temblorosa y el sudor frío le cubría la piel?

La giró y se colocó de rodillas a su lado. Ella comenzó a murmurar palabras incongruentes y a darle manotazos.

—¡Erika, por favor, despierta! —gritó casi al borde de la histeria—. ¿Qué te ocurre? ¡Por favor, por favor, tienes que espabilarte!

El corazón de Alek latía a mil por hora. No sabía qué hacer para reanimarla, para que su preciosa chica española abriera los ojos y le sonriera, dándole los buenos días.

El cuerpo de la joven se convulsionaba levemente por los pequeños espasmos que lo sacudían y el charco de sudoración se iba apoderando de la sábana. Algo no estaba bien, pero ¿el qué? ¿Por qué Erika no se despertaba?

¿Por qué temblaba como si estuviera en el maldito polo norte rodeada de nieve y sudaba como si estuviera en una sauna? Pero el sudor era frío, no caliente. ¿Por qué murmuraba palabras incoherentes y le daba manotazos para quitárselo de encima? ¿Por qué estaba medio inconsciente? ¿Qué le había pasado a su chica durante la noche?

—¡Erika! ¡Despierta! —volvió a gritar cada vez más asustado.

De pronto, recordó algo que había leído unos días antes, cuando estuvo informándose sobre la enfermedad de ella. Tenía que darle algo dulce para reanimarla.

Saltó de la cama y corrió escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos hacia la cocina. Entró en ella como un vendaval y abrió la nevera para coger una botella de zumo. Bajó las escaleras veloz y de nuevo se colocó al lado de Erika que seguía tiritando sobre la sábana empapada en sudor. La cogió por la nuca y, acercando el zumo a su boca, después de quitarle el tapón, intentó que tomara un poco. Pero el líquido azucarado se derramó por las mejillas de la chica y él gimió de frustración al ver que no lo había conseguido.

—Una pajita. Tengo que dárselo con una pajita —se dijo a sí mismo.

Otra vez regresó a la cocina y rebuscó frenético en los cajones intentando localizar una maldita pajita que le permitiera meter a Erika el zumo en la boca. Cuando la encontró, gritó de júbilo y corrió al lado de su amada.

Pero por más que le metió la pajita en la boca, ella no chupó ni una gota.

Su desesperación era cada vez mayor y cuando Erika de un manotazo tiró el zumo al otro lado de la habitación, Alek gimió de impotencia.

—Por favor, Erika, por favor... —murmuró frustrado.

Tenía que llamar a una ambulancia para que la llevaran al hospital porque estaba claro que él no podía solucionar aquella angustiosa situación.

Agarró el móvil y marcó el número de emergencias rezando para que llegasen lo más rápido posible.

La espera se le hizo eterna mientras intentaba reanimar a Erika. Aunque todas sus acciones eran en vano, él no perdía la esperanza.

Cuando llegaron los sanitarios les puso al corriente de la situación en pocos segundos.

—Mi novia no se despierta. No sé qué le pasa —mencionó con la voz estrangulada. El miedo se había apoderado de él y ya no le interesaba nada que no fuera ver a Erika abrir los ojos—. Es diabética, pero yo no sé mucho del tema, así que...

—Por favor, retírese y déjenos trabajar —le indicó uno de los sanitarios.

Alek se marchó a un rincón del cuarto sin apartar los ojos de lo que sucedía en la cama. Erika sacudía manotazos a los jóvenes que habían ido a ayudarla. Continuaba temblando, sudando y mascullando palabras incoherentes.

—Su nivel de azúcar en sangre es de 23. Está al borde del coma. Vamos, rápido —dijo uno de ellos.

¿Al borde del coma? ¡No, por favor, no! Sin poder evitarlo, las lágrimas acudieron a sus ojos. Estaba completamente aterrado. ¿Erika en coma? ¡No podía ser! ¡No!

Vio cómo uno de los técnicos sacaba una jeringuilla llena de algo y preguntó:

—¿Qué es eso que le van a inyectar?

—Es suero con glucosa. No se preocupe. En pocos minutos ella estará bien.

Observó cómo pinchaba a Erika y rezó para que el tiempo de recuperación fuese rápido.

Tardó diez minutos en hacerlo. Los diez minutos más largos y angustiosos de la vida de Alek.

La joven abrió los ojos poco a poco y se sorprendió al encontrar a tanta gente en la habitación a su alrededor.

—¿Qué... qué... pasa? —preguntó. Sentía como si hubiera corrido una maratón y lo único que deseaba era descansar. Estaba agotada, muerta de cansancio.

Al escucharla, el corazón de Alek saltó en su pecho. Un enorme alivio le inundó todo el cuerpo y lágrimas, esta vez de felicidad, anegaron sus ojos.

Atravesó el cuarto como una centella, abrazó el cuerpo desnudo de Erika como si el mundo fuera a acabarse en ese momento y ella fuese su única tabla de salvación.

—¿Por qué...? ¿Qué hacen aquí... los técnicos sanitarios?

—Señorita, ha sufrido usted una bajada de azúcar. Una hipoglucemia — la informó uno de ellos.

Erika asintió, sabiendo lo que le había sucedido sin que la dieran más explicaciones. Conocía bien su enfermedad.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Alek mirándola con las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Bien. Cansada, pero bien.

Los sanitarios recogieron todo y se despidieron de ellos.

—Me has dado un susto de muerte. No podía despertarte y... creí que te perdía —dijo Alek cuando se quedaron solos.

—Lo siento —se disculpó Erika—. ¡Ay, no llores!

—He pasado tanto miedo... Me has hecho envejecer diez años de golpe.

—No ha sido mi intención —volvió a disculparse ella.

—¿Te pasan estas cosas a menudo?

Erika sacudió la cabeza negando.

—No. Solo me ha ocurrido una vez. Esto ha pasado porque anoche cené muy poco y al tener dos insulinas reaccionando al mismo tiempo en el cuerpo, pues se ha dado el caso. Normalmente llevo una inyección de supervivencia, que es glucosa pura. Se llama Glucagon, pero se me olvidó en el hotel.

—Pues a partir de ahora vas a cenar en condiciones y me encargaré personalmente de que lleves la inyección esa —la riñó él, limpiándose las lágrimas con los dedos de una mano—. No quiero volver a vivir una situación así nunca más.

La abrazó de nuevo, con más fuerza, y permanecieron en silencio unos minutos.

—Qué vergüenza. Me han visto desnuda esos chicos —murmuró ella.

—Eso no importa. Tu vida corría peligro y, además, ellos están acostumbrados. Su trabajo es así.

—Ya, pero de todas formas ¡qué vergüenza! —repitió Erika—. Y mira cómo te he puesto las sábanas. Están empapadas en sudor. Lo siento, Alek, lo siento tanto...

—No te lamentes ni te disculpes más. Estás aquí y estás bien. Eso es lo que cuenta.

La besó en el pelo, en la frente, en los ojos y en las mejillas. Buscó su boca y la reclamó con un beso largo, lleno de alivio y alegría.

Había pasado por un momento tenso, angustioso y horrible que no deseaba a nadie, pero tenía a su chica de vuelta con él... solo por unas horas. Ese lunes Erika debía regresar a España. Y vivía sola. ¿Qué iba a ser de ella si volvía a sucederle lo mismo? No habría nadie a su lado para socorrerla.

—No quiero que te vayas. No regreses a Madrid. Quédate aquí conmigo —le pidió, mirándola a los ojos.

—No puedo quedarme. Mañana debo reincorporarme en la oficina —contestó ella apenada al ver la tristeza en su mirada.

—¿Y si llamas y dices que te has puesto enferma o... no sé... que te has roto una pierna, un brazo...? —insistió él.

—No puedo hacer eso. No quiero mentirle a mi jefe. Él siempre se ha portado bien conmigo. No es justo engañarlo.

—Pero...

Erika le silenció con un dedo sobre los labios.

—Mi avión sale a las cinco de la tarde. Tengo que marcharme, Alek.

Con el dedo, repasó el contorno de la boca del *mâitre* y luego lo deslizó por su mejilla. Posó la mano sobre la poca barba que le recubría y Alek movió la cara, buscando más el contacto con la piel femenina.

—Además, debo hablar con mi jefe para decirle que dejo el trabajo y esas cosas no se hacen por teléfono. Hay que hablarlas cara a cara. Y tengo que decírselo a mi familia. También debo informar a la casera que me tiene alquilado el piso de que no seguiré viviendo en él.

—Arregla las cosas rápido en Madrid y regresa aquí conmigo. No quiero que estemos separados demasiado tiempo. Si vuelve a pasarte esto de hoy... —murmuró derrotado.

Erika se acercó a su boca para besarle.

—Tranquilo —susurró ella contra sus labios—. Tranquilo.

Milka estaba fuera del hotel fumándose un cigarro cuando los vio llegar juntos en el coche y la rabia dentro de ella subió como si se tratara de la espuma del champán. Encima Alek seguro que llegaba tarde por culpa de la

española, algo que nunca en su vida laboral había sucedido. Pero se dijo que ya faltaba muy poco para que la joven se largase de allí. Según la reserva, ese día debía abandonar la habitación.

Observó desde lejos cómo se daban un beso antes de bajar del coche y cómo él sacaba del maletero el *trolley* de ella. Con rabia apagó el pitillo y se metió dentro del hotel. Minutos después, Alek entró en el establecimiento. Al pasar por recepción no la saludó como hacía siempre y eso la enfadó todavía más. El semblante del hombre estaba serio y... ¿Triste? Sí, triste también. E incluso preocupado. ¿Por qué?

Estaba preguntándose el motivo por el cual su objeto del deseo se encontraba así cuando vio que Erika caminaba hacia ella para pedirle la llave de su habitación.

—Buenos días. La 504, por favor

—Buenos días. Aquí tiene la llave —dijo, entregándosela—. ¿Sabe que debe dejar la habitación antes de las doce del mediodía, verdad?

—Sí, lo sé. Gracias —respondió Erika, recogiendo del mostrador la tarjeta-llave.

—Le queda menos de una hora para recoger sus cosas y marcharse —comentó Milka con una sonrisa de oreja a oreja, imposible de ocultar la felicidad que sentía al saber que la joven se iba.

La española estuvo a punto de soltar que no tuviera tanta prisa por deshacerse de ella porque se volverían a ver en el futuro, pero decidió callarse. Cuando la vaca del chocolate supiera que se mudaba a Dubrovnik para vivir con Alek, se iba a llevar una sorpresa tremenda y también una gran decepción, pues ya no podría conquistar al *maître*.

Se preguntó si cuando viviese allí coincidiría mucho con ella. Esperaba verla en contadas ocasiones. Al estar relacionada con Aleksandar por su trabajo, supo que tarde o temprano acabarían viéndose y tendría que soportar los celos de la mujer croata.

Sin embargo, le dio igual. Alek la quería a ella, no a Milka. Se lo había dejado bien claro.

Subió a la habitación y comenzó a recoger sus cosas.



—¿Se te han pegado las sábanas? —preguntó Pavle a Alek cuando lo vio llegar al hotel casi dos horas más tarde del horario habitual—. ¿O es que tu española no te dejaba salir de la cama? Me ha contado Jelenia que estás con esa chica.

—No estoy para bromas, Pavle —soltó enfurruñado el *maître*.

—¿Tan malo ha sido el fin de semana con ella? Tu hermana me dijo que parecías muy feliz cuando os vio juntos.

—No. Ha sido un fin de semana estupendo. Lo malo es que... —Hizo una pausa en la que maldijo su suerte mentalmente—... Ella se marcha hoy a España.

—¿Y por eso estás así? —Su amigo puso cara de extrañeza—. ¡Vaya! Pues sí que te ha dado fuerte con esa chica.

Alek cabeceó. Si solo fuera eso...

Recordó todo lo sucedido esa mañana y su cuerpo se tensó. No soportaba la idea de que Erika sufriera otra hipoglucemia estando sola. Le aterraba pensar que no tuviese nadie a su lado para ayudarla. ¡Había estado a punto de entrar en coma! Si el despertador no llega a sonar espabilándolo a él... No quería ni imaginarlo.

—¿Quedamos mañana para salir en kayak? —preguntó Alek cambiando de tema—. Avisaré también a Matko.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—A las cuatro y media. Y a ver si esta vez apareces, malqueda.

—¿Qué me has llamado? —quiso saber su amigo, quien no conocía la palabra dicha en español.

—Si no me fallas, te lo diré mañana. A las cuatro y media. No te olvides —repitió.

Alek dio media vuelta y se dirigió a su lugar de trabajo. Agradeció al empleado que le había sustituido hasta entonces y ocupó su sitio.

Erika estaba agotada después de lo que había sucedido esa mañana y lo que más le apetecía era tumbarse en la cama para dormir un rato, pero debía dejar la habitación. No podía demorarse más.

Con un suspiro agarró su ordenador portátil, lo metió en la funda y se lo

colgó del hombro. Tenía que acabar el informe para la empresa de calidad en la que trabajaba. Al día siguiente debía entregárselo a su jefe para que este se lo hiciera llegar a la gerencia del Ragusa Princess Palace y tomaran las decisiones oportunas en cuanto a las cosas que debían mejorar en el alojamiento de lujo.

Habían sido pocas, con sinceridad, pensó Erika contenta. Nada que no pudiera subsanarse con pequeños detalles. Era la vez que menos trabajo había tenido, la vez que menos quejas debía presentar en el informe. Así que satisfecha por el trabajo bien hecho, salió de la habitación para dirigirse a recepción y hacer el *check out*.

Mientras bajaba en el ascensor, calculó lo que le faltaba por añadir en el documento y el tiempo que le llevaría. Se dijo que en el vuelo podría hacerlo. Así estaría entretenida trabajando y no se le haría tan largo el viaje.

Cuando llegó a recepción notó a Milka más alegre que antes por su marcha.

—Espero que haya disfrutado de su estancia en la ciudad y se lleve un bonito recuerdo —dijo la recepcionista.

—Sí. La verdad es que he disfrutado tanto que voy a venirme a vivir aquí —la informó Erika. Y añadió—. Con Alek.

Milka abrió los ojos como platos.

—¿Con Alek?

—Sí, con Aleksandar Kovačić —aclaró la española, para que la mujer croata no tuviera dudas de quién hablaba.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Milka entre la rabia y la indignación.

—Porque en estos días nos hemos enamorado y vamos a vivir juntos. Ahora me voy a España para solucionar algunos asuntos, pero volveré dentro de poco —le contó Erika para fastidiarla, disfrutando de la expresión en la cara de la recepcionista.

Milka, roja de rabia, con los puños apretados sobre el mostrador, no podía creerse lo que la española le decía.

—Eso es mentira —siseó.

—Allá tú si no me crees. —La joven se encogió de hombros y le sonrió—. Cuando me veas otra vez por aquí con Alek ya te lo creerás.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo al escuchar el comentario que le soltó la croata con toda su mala leche.

—Supongo que Alek habrá jugado bien sus cartas para salir beneficiado en el informe de calidad que has hecho sobre este hotel. Te ha engatusado todos estos días, prometiéndote mil cosas, y tú te lo has creído. Piensa bien lo que vas a hacer porque sería una lástima que cometieras el error de dejarlo todo en tu país por alguien que te ha estado engañando.

Erika se giró boquiabierta al escucharla.

—Eres una ilusa —continuó Milka—. Seguro que cuando llegues a España, él te pondrá cualquier excusa para romper la relación. Créeme. A mí me hizo lo mismo.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué informe hablas? —preguntó, temiendo haber sido descubierta y con una creciente sensación de ansiedad al pensar que todo lo que le decía Milka sobre Alek podía ser cierto. Si la descubrían o no, no era problema para realizar su trabajo, ni para relacionarse sentimentalmente con algún empleado. Su jefe jamás le había dicho que no pudiera hacerlo. Incluso conocía el caso de un compañero que fue a elaborar un informe al hotel donde trabajaba su esposa y el jefe lo sabía. Esto no había sido impedimento para que su compañero hiciera un buen trabajo destacando las cosas buenas y las que había que mejorar. Así que por el tema de Alek estaba tranquila en ese sentido. Le preocupaba más lo que Milka le decía sobre su relación amorosa con él.

La recepcionista sonrió con malicia. Por la cara de la española sabía que acababa de sembrar la semilla de la duda y la desconfianza.

—Hablo del informe de calidad que has hecho sobre el Ragusa Princess Palace. Todos en el hotel sabemos que eres un cliente *mystery*. Por eso te han tratado con tanta deferencia, siendo amables y educados contigo, y satisfaciendo todos tus deseos al instante, sobre todo Alek. Excepto yo, claro, que me da igual si eres un huésped de este tipo o no.

Erika abrió la boca para rebatir todo lo que salía de la de Milka, pero ¿qué podía decir? En realidad ella estaba allí para hacer ese trabajo. No podía negarlo.

—Le habrás puesto buena nota a Alek, ¿verdad? En la cama es una maravilla de hombre y, supongo, que contigo se habrá tenido que esforzar más

porque no eres su tipo de mujer. Habrá tenido que hacer de tripas corazón para meterse entre tus piernas. Espero que salga bien parado porque acostarte con alguien que no te atrae nada en absoluto tiene que ser muy duro —soltó, con veneno la mujer ante el desconcierto de Erika.

Escuchar aquello fue más de lo que la española estaba dispuesta a consentir. La recepcionista estaba hiriendo su orgullo femenino además de su alma romántica. Pensó unos instantes lo que le había dicho y se dio cuenta de que Milka tenía razón. Las dos mujeres que había conocido de la vida de Alek que habían tenido relaciones sexuales con él eran iguales. Rubias, de pechos grandes y con bastante más carne que ella en el cuerpo. ¿Por qué se había fijado el *maitre* en ella que era completamente distinta? Fácil. Porque sabía que era un cliente *mystery* y estaba allí para realizar un informe.

¿Y todas las promesas de amor, las palabras de cariño, el sexo compartido? Falso. Todo falso. No era la primera vez que un hombre del que estaba enamorada la engañaba. ¿Cómo no se había dado cuenta? Nadie podía enamorarse en una semana hasta el punto de planear una vida juntos. Y ella había caído en la trampa de Alek como una tonta.

Sintió cómo las lágrimas llenaban sus ojos y se volvió para que la recepcionista no la viera llorar.

Salió del hotel y rodeó el edificio hasta que encontró un lugar apartado donde poder dar rienda suelta a su decepción. Se hinchó a llorar hasta que ya no tuvo más lágrimas mientras maldecía su mala suerte y su ceguera en el amor.

Cuando se recuperó una hora después igual que el Ave Fénix, resurgiendo de sus cenizas, se limpió la cara y fue a buscar a Alek para enfrentar la situación.

Pero no estaba dispuesta a dejarlo hablar. No iba a escuchar más mentiras.

Se iría de Dubrovnik con la cabeza bien alta, sabiendo que la habían engañado pero haciendo frente a aquello y dispuesta a que no volviera a sucederle. Nadie más se reiría de ella.

Lo encontró saliendo de su turno. Habían quedado cerca de su coche aparcado para que él la llevase al aeropuerto y comer allí juntos antes de que ella cogiese el vuelo con destino a Madrid a las cinco de la tarde.

En cuanto él la vio, una sonrisa se instaló en su cara. Pero al recordar que ella se marchaba del país, el dolor por la separación le cruzó el pecho.

A medida que se acercaba a Erika y observaba su ceño fruncido y sus ojos hinchados por el llanto, Alek temió que se encontrase mal. ¿Otra bajada de azúcar? Aceleró el paso para acercarse a ella y rodearla con sus brazos. ¿O era que la separación le dolía tanto como a él?

—¿Qué te pasa? —quiso saber él—. ¿Por qué estás así? ¿Te encuentras bien?

Erika clavó la mirada en la suya dispuesta a presentar batalla y poniéndole la palma de la mano en el pecho lo detuvo para que no la abrazase.

—¿Desde cuándo sabes que soy un cliente *mystery*? —le espetó con rabia contenida.

Alek se quedó paralizado. ¿Cómo había descubierto ella que él lo sabía?

—Yo... Desde...

—Da igual. No me importa —lo cortó—. Lo sabes y punto. Y no me habías dicho nada. Has preferido callarte y engañarme todos estos días. ¿Te has divertido mucho haciéndome creer que estabas enamorado de mí para que hablase bien de ti en el informe de calidad? —preguntó con furia, mordiendo cada palabra que salía de su boca.

—¡Yo no te he engañado! —exclamó Alek, cogiéndola de un brazo, clavando sus ojos en ella para que viera que estaba siendo sincero—. Mis sentimientos por ti son verdaderos. No te dije nada sobre tu trabajo y lo que estabas haciendo en el hotel porque no me importa.

—Ahórrate las mentiras, por favor.

Erika se soltó de su agarre y se dio la vuelta para dirigirse a la parada del autobús.

—No estoy mintiendo.

—Ya. Lo que tú digas —soltó ella, con sarcasmo.

Alek fue tras ella y la agarró de nuevo del brazo para detenerla.

—¿Quién te ha dicho que yo lo sabía? —preguntó él.

—¿Acaso importa? Lo sabe todo el maldito hotel —contestó la joven, forcejeando para soltarse.

—Seguro que ha sido Milka. Te buscó en Facebook, ¿sabes? Así supo en

qué trabajas —le explicó mientras la sujetaba más fuerte de los dos brazos para que le escuchase—. Me lo dijo, pero la ignoré. No me importa qué empleo tengas, Erika.

—Suéltame —le ordenó, entre dientes—. No quiero saber nada de ti. Eres un mentiroso.

—¿No te das cuenta? Está intentando separarnos porque está celosa. Porque yo no quiero tener una relación con ella.

—Deberías habérmelo dicho cuando supiste a qué me dedico.

De un fuerte tirón, Erika logró desasirse de las manos de Alek.

—Si no te lo dije fue porque no me importa en qué trabajas. A mí me gustas tú. Tal como eres. Tu personalidad. Y me da igual si eres cocinera, administrativa o empleada de una empresa de calidad que va por ahí haciendo inspecciones en los hoteles.

El autobús llegó y paró en la marquesina para que subieran los pasajeros.

Erika cruzó la carretera con Alek pisándole los talones, intentando detenerla al ver que ella se disponía a coger el transporte público.

—Por favor, Erika. Párate. Tenemos que hablar y solucionar esto —le pidió él.

—No hay nada de qué hablar. Me has engañado. Lo sabías y no me dijiste nada. Te lo guardaste y me has tenido como una tonta todos estos días. Pero tranquilo, no hablaré de ti en el informe. Como *maître* eres un buen profesional. Como hombre... no puedo decir lo mismo.

Alek estaba empezando a enfadarse por su cabezonería. ¿Pero es que no había escuchado ni una palabra de lo que él le había dicho? ¿No le importaba en qué trabajase ella! Y no había estado con ella para que hablase bien de él en ese maldito informe.

—Me da igual si pones que soy un maleducado que trata mal a los clientes y al personal a su cargo, ¿me oyes? ¿No me importa el puto informe de calidad! ¿Me importas tú, Erika! Yo te quiero.

La gente que estaba dentro del vehículo público contemplaba el espectáculo que daban los dos amantes a través de las ventanillas.

—Adiós, Alek —se despidió ella, caminando más deprisa para no perder el autobús.

—No te puedes ir a Madrid sin solucionar las cosas —suplicó el croata,

intentando agarrarla de nuevo para detenerla.

Pero Erika echó a correr y se subió al bus que la llevaría al aeropuerto.

Alek también corrió, pero no llegó a tiempo y el vehículo cerró sus puertas. A pesar de que aporreó el cristal, el conductor no abrió ante las súplicas de Erika, que le pidió que no lo hiciera. Empezó la marcha, dejando al croata en la acera.

Con rapidez, Alek se dirigió a su coche y siguió al transporte público hasta que llegó a la terminal y todos los pasajeros se bajaron de él.

Dejó mal aparcado el auto y salió en pos de Erika cuando la vio descender del autobús.

—¡Erika! ¡Espera!

—¡Déjame en paz! —le gritó ella.

—¡No! ¡Espera! ¡Tenemos que hablar!

Pero Erika no quería saber nada de él, así que se apresuró a pasar el control de equipajes y pasajeros para que Alek no pudiera seguirla más.

—Por favor, mi novia se marcha a España y está enfadada conmigo —le dijo a uno de los guardias del control—. Déjeme pasar. Tengo que hablar con ella. No puede irse así.

Pero el personal de seguridad le denegó la entrada.

Alek se quedó allí parado. Mirando impotente y frustrado cómo Erika se alejaba de él sin volver la vista atrás.

—¡Erika! —la llamó.

Sin embargo, a pesar de haberle oído perfectamente, ella no se giró.

Se marcharía de Dubrovnik e intentaría olvidar aquellos días allí. Aquellos días con él.

Viendo que no había logrado su objetivo, Alek sacó el móvil para llamarla. Pero ella no contestó. Le mandó varios mensajes en los que le volvía a repetir que no le importaba en qué trabajaba y por eso no le había dicho nada cuando lo supo. También le pedía perdón por haberle ocultado que sabía a qué se dedicaba. Y que la quería. Que esos días con ella habían significado mucho para él. Que se había enamorado de ella. Le rogaba que le cogiera el teléfono o que contestase a sus mensajes. Tenían que hablar y solucionar aquel malentendido.

Pero Erika, cabezota, lo ignoró.

Se compró un bocadillo en una cafetería del aeropuerto y mientras se lo comía abrió el portátil. Nada mejor que refugiarse en el trabajo para superar un desengaño amoroso. Ya le había servido otras veces. Esta también le serviría.

Buscó en el escritorio del ordenador el documento del informe de calidad.

¿Dónde demonios estaba?

Por más que miró, no lo encontró. No era posible que lo hubiera borrado. Sin embargo, fue a la papelera y buscó en ella.

Tampoco había nada.

¿Qué coño había pasado con su informe? ¿Cómo era posible que hubiese desaparecido de la noche a la mañana?

Mientras tanto, su móvil seguía sonando con mensajes entrantes.

Lo apagó. Estaba nerviosa por la pérdida del informe y tener el teléfono sonando cada dos por tres la alteraba aún más.

¡Maldita sea! ¿Dónde estaba ese puto informe?, se preguntó enfadada.

En ese momento, recordó que al coger el portátil, este estaba fuera de la funda cuando ella siempre lo guardaba dentro. En aquel momento no le extrañó. Tenía otras cosas en las que pensar, como la pena por dejar Dubrovnik y la esperanza por volver.

¿Y si alguien había entrado en su habitación, había cogido su portátil para leer el informe y después lo había destruido?

Eso era lo que debía haber pasado. Estaba segura. Sintió que habían vulnerado su privacidad con esa invasión, tanto al entrar en la habitación del hotel como al husmear en su ordenador. Decidió que debía poner una clave para que nadie que no fuera ella tuviera acceso a la información del portátil y, además, hacer constar en el informe lo que había pasado.

Pero ¿quién lo había hecho? No podía acusar a nadie sin tener pruebas.

Por los altavoces, llamaron a los pasajeros del vuelo 3578 con destino a Madrid. Era su vuelo. Recogió todo indignada y se dirigió a la puerta de embarque con la sensación de haber sido vapuleada y ultrajada. No solo por lo que había sucedido con Alek, sino por la desaparición del informe.



# Capítulo 15

Cuando Alek recibió el mensaje de Erika varias angustiosas horas después dio saltos de alegría. ¡Por fin le había contestado! Aunque no era lo que él esperaba. Pensó que durante el tiempo de vuelo hasta España, ella habría recapacitado. Sin embargo, no fue eso lo que descubrió al abrir el WhatsApp.

¿Has borrado tú el informe que tenía en el portátil?

¿Ya has llegado a tu casa o todavía estás en el aeropuerto? ¿Qué tal el viaje? ¿Todo bien? Tenemos que hablar, princesa. No me ha gustado nada la forma en la que nos hemos separado. Hay que arreglar este malentendido

Cuando Erika lo vio, apretó los dientes enfadada.

Responde a mi pregunta. ¿Borraste mi informe del ordenador?

Yo no he tocado tu ordenador para nada. No lo trajiste a mi casa y yo nunca he subido a tu habitación en el hotel

Pues alguien ha debido de hacerlo. Mi informe ha desaparecido.

Alek leyó su respuesta y de nuevo repitió su inocencia.

¿Y tu hermana? Es la gobernanta del hotel, ¿no? Tiene acceso a las habitaciones. Podría haber entrado en la mía y eliminar mi informe.

Acusó Erika a Jelenia.

No te atrevas a mancillar el buen nombre de mi hermana ni la labor que realiza en el hotel. Jelenia no ha sido. Te lo juro.

Respondió Alek cabreado.

La joven empezó a escribir otro mensaje. Pero lo pensó mejor y lo borró.

Durante el vuelo, había hecho un nuevo documento. Aún no lo tenía acabado, pero en un par de horas esa noche, después de cenar, lo terminaría. Así que, ¿de qué servía estar discutiendo con Alek por WhatsApp?

En Dubrovnik, Alek llamó a su hermana y le contó lo sucedido.

—Podemos averiguar quién ha sido si miramos las cámaras de vigilancia de los pasillos que pusieron el año pasado para evitar robos —le dijo Jelenia.

—Bien. Hazlo.

—No te preocupes. Sabremos quién le ha hecho esa guarrada a Erika, aunque tengo una ligera idea de quién ha podido ser.

—Yo también tengo mis sospechas, pero antes de acusar a nadie, quiero estar seguro —comentó él.

—Mañana en cuanto llegue al hotel lo miraré —respondió la gobernanta.

—Ven a buscarme en cuanto sepas algo —suplicó Alek.

Se despidieron y el hombre dejó el móvil sobre la mesilla que había al lado de la cama. Estaba molesto por lo que había sucedido con ese informe y la indignación crecía dentro de él. Si al final se comprobaba la identidad del culpable, acudiría a denunciarlo ante el jefe de Recepción o, en su defecto, a la misma Dirección del hotel. Además, Jelenia también lo haría, pues era su responsabilidad como gobernanta informar de hechos tan graves como el allanamiento en la habitación del hotel por parte de un empleado y después se tomarían las medidas oportunas.

Se tumbó sobre el colchón, aspirando profundamente una bocanada de aire para tranquilizarse. El aroma de Erika flotaba en la habitación y deseó tenerla a su lado para dormir abrazado a ella como las noches anteriores.

Erika llegó a la oficina puntual para la reunión con su jefe al día siguiente. Apenas había dormido pues volver a redactar el informe le había llevado más tiempo del que supuso. Aun así el trabajo estaba terminado y había quedado perfecto. Tras comentar algunos detalles con él, le envió una copia por *email*.

Cuando salía del despacho, sonó su móvil. En la pantalla vio que era Alek quien la llamaba. No contestó. No tenía ganas de hablar con él. Seguía enfadada por su engaño.

Aunque lo echaba de menos terriblemente...

Y desearía escuchar su voz...

Y besar sus labios...

Y tocar su piel morena...

Y...

El móvil dejó de sonar y ella se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Por el camino hacia su mesa se encontró con Marta.

—¡Hola! ¿Qué tal todo por Dubrovnik? ¿Me has traído un croata de manos grandes y dedos largos para que me alegre el cuerpo?

Erika sonrió, haciendo desaparecer un poco su pena y su dolor.

—¿Tienes veinte minutos libres para tomarnos un café? —quiso saber Erika.

Su compañera y amiga asintió con la cabeza, y las dos se marcharon a una cafetería cercana a la oficina.

Erika le contó todo lo acontecido en la vieja Ragusa, también lo sucedido con el informe. La revelación que le hizo Milka, su discusión con Alek y cómo se sentía al respecto.

—Vamos a ver —comenzó a hablar Marta cuando ella acabó—. Ese hombre siempre ha sido sincero contigo...

—Ahora ya no estoy tan segura —la cortó Erika, haciendo una mueca.

—No me interrumpas —la riñó su amiga—. Alek te ha contado cosas privadas, detalles que tú has podido comprobar por ti misma los días que has estado allí. ¿Por qué cuando te dice que no le importa en qué trabajas, que no te lo dijo porque para él carece de importancia, no lo crees?

—Me lo tenía que haber dicho —replicó cabezota Erika.

—¿Para qué? ¿Para que huyeses y no le dieras la oportunidad de estar contigo cuando estabais empezando a enamoraros?

—Pues sí. Quizá ahora no me dolería tanto como me duele —se quejó—. Si me lo hubiese contado en el momento en que lo supo, yo no habría intimado con él de la manera en que lo he hecho y ahora no me sentiría engañada.

Marta sacudió la cabeza a un lado y al otro negando.

El móvil de Erika volvió a sonar. Ella miró la pantalla y, ante el gesto de interrogación en la cara de su amiga, le enseñó quién era.

—Contéstale —la aconsejó la otra chica—. Si está insistiendo tanto en hablar contigo desde ayer es porque quiere arreglar las cosas.

—No hay nada que arreglar. Lo mejor es que me olvide de Alek y punto. Él está en Dubrovnik, yo en Madrid. Si me ha ocultado algo tan simple como que sabía en qué trabajo, ¿qué no me ocultará al tener una relación a distancia? No, Marta, no. Yo voy a seguir mi camino sin él. Fue bonito mientras duró, sí, pero la vida continúa y yo no me puedo quedar anclada a un rollo vacacional.

El teléfono dejó de sonar mientras Marta observaba con desaprobación a Erika.

—La relación a distancia no la tendríais si te vas con él a Dubrovnik. ¿No es eso lo que planeabais hacer? —preguntó, recordando lo que su amiga le había comentado antes.

—Pero ahora ya no...

—¡Déjate de estupideces, Erika! Arregla las cosas con él y ya está. Cógale el puto teléfono la próxima vez que te llame o llámalo tú.

Erika se enfurruñó aún más al escuchar la regañina de su amiga y cómo se ponía de parte del croata.

—Tenemos que regresar a la oficina —dijo en cambio.

—¿En serio piensas que Alek se ha aprovechado de ti para que hables bien de él en ese maldito informe? Yo creo que no. Ya sé que no lo conozco, pero algo me dice que es sincero.

En ese momento, llegó un mensaje de WhatsApp.

Erika abrió la aplicación y lo leyó mientras salían de la cafetería para regresar a la oficina.

—Joder

—¿Qué pasa? —preguntó su amiga.

—Alek dice que Jlenia, su hermana, ha descubierto quien entró en mi habitación.

—¿Y quién fue? —quiso saber Marta.

—Milka, la recepcionista. Según pone aquí han visto en las cámaras de

seguridad de los pasillos del hotel que el viernes cuando yo me marché con Alek a su casa, ella subió a mi habitación, estuvo dentro alrededor de diez minutos y después salió para regresar a su puesto de trabajo. Así que con toda seguridad ha sido ella. Van a informar a la Dirección del hotel para que tome las medidas oportunas.

—Espero que la despidan —comentó Marta.

Erika no contestó nada. Escribió un mensaje con la palabra «Gracias» y, tras enviarlo, se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Bueno, ahora que está todo solucionado, ¿arreglarás las cosas con Alek? —dijo su amiga.

—Que hayan descubierto quien es el culpable de la desaparición del informe no quiere decir que yo tenga que olvidar que Alek me ocultó que sabía en qué trabajo. Me engañó, Marta. No me confesó la verdad.

—Joder... Mira que eres cabezota... —se quejó la otra chica, sacudiendo la cabeza.

# Capítulo 16

Alek trató muchas veces de contactar con Erika en las dos semanas siguientes, pero ella nunca cogía el teléfono y tampoco contestaba a sus mensajes. Desde aquel en el que él la informó de que Milka era la culpable de la desaparición del informe de calidad y Erika le dio las gracias por decírselo, no había vuelto a saber de ella. Ni siquiera cuando le escribió otro para comentar que a la recepcionista la habían despedido del hotel por lo que había hecho. Esta lo acusó de haberse liado con la clienta en cuestión, en un intento de fastidiar el máximo posible y que Alek también se quedara sin trabajo. Sin embargo, el gerente pasó por alto este hecho, puesto que el *maître* le juró que su relación no había influido en la redacción del informe y sus compañeros lo apoyaron. Así que la dirección simplemente lo amonestó y le hizo prometer que jamás volvería a ocurrir algo así.

A pesar de la alegría por conservar su puesto de trabajo, el croata estaba desesperado por hablar con su novia. Tenían que arreglar ese malentendido, pero la española no estaba poniendo de su parte.

Así que decidió coger un vuelo y plantarse en Madrid ese fin de semana dispuesto a solucionar aquello.

A través de las redes sociales contactó con su amiga Marta, que se convirtió en una gran aliada para propiciar ese encuentro.

Estaba de pie, en la parte superior de la escalera mecánica de aquel centro comercial en el que las dos amigas visitaban tiendas, cuando Erika alzó sus ojos y lo vio.

Se quedó petrificada mientras subía, agarrada al pasamanos. Alek no podía estar allí.

Parpadeó, creyendo que su mente le jugaba una mala pasada, que era una ilusión óptica, pero descubrió que no. El croata estaba al final de la escalera, mirándola fijamente, con una *sexy* sonrisa pegada en los labios.

Cuando la escalera llegó hasta arriba, Marta tuvo que tirar de Erika para que no se le engancharan los pies en el peldaño que se iba a tragar el mecanismo.

El corazón de Erika bombeaba frenético. El de Alek también.

—Hola —saludó el hombre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, sorprendida.

Él la cogió del codo y la apartó para que el resto de personas que usaban las escaleras pudieran salir del mecanismo.

—He venido a buscarte. Tenemos que hablar.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

Erika deseaba colgarse de su cuello y besarlo. Notaba los dedos de Alek en torno a su brazo, quemándole la piel, pero recordó que él la había engañado al ocultarle que sabía en qué trabajaba ella, por lo que reprimió su impulso.

Alek la pegó más a su cuerpo. Necesitaba sentirla cerca. Habían sido demasiados días sin tenerla.

—Tu amiga Marta me ayudó —confesó él, pasando un brazo en torno a su cintura al tiempo que se inclinaba sobre los labios femeninos para unirlos a los suyos—. Te he echado de menos, princesa.

—¿Marta? —Erika giró la cara, buscando a su amiga.

El beso que Alek estaba a punto de darle quedó en el aire.

Marta había desaparecido.

Erika vio a lo lejos su melena rubia balanceándose al compás de sus pisadas y la maldijo interiormente. Su amiga le había preparado una encerrona.

Se deshizo de los brazos de Alek para poner un poco de distancia entre sus cuerpos. Tan pegada a él no conseguía pensar con claridad. El calor que desprendía la piel del croata, traspasaba la tela de la ropa y la atontaba.

—¿Qué haces aquí, Alek? —insistió de nuevo, recuperándose de la sorpresa inicial. Se cruzó de brazos para reforzar el enfado que comenzaba a sentir por la jugarreta que le había hecho Marta. Ella sabía que no quería hablar con el croata. Lo suyo estaba más que acabado. Y, sin embargo, no había respetado su decisión de pasar página.

Al igual que Alek.

—Ya te lo he dicho. He venido para hablar contigo y solucionar este malentendido —repitió el hombre.

—No hay ningún malentendido que arreglar. Me engañaste. No fuiste

sincero conmigo. No me dijiste que sabías en qué trabajo —lo acusó ella, cabezota.

—¿Vamos a algún lugar tranquilo para hablar? —Alek miró a su alrededor y descubrió una cafetería vacía— Allí, por ejemplo —señaló con el dedo.

—No voy a hablar contigo de nada.

Él la miró muy serio.

—Erika, por favor —suplicó—. He cruzado media Europa para verte y arreglar lo nuestro. Creo que lo mínimo que me merezco es un poco de consideración por tu parte.

—Habértelo pensando antes de coger el avión. ¿O no te ha quedado claro en todos los días que me has llamado y que me has enviado mensajes y yo no te he contestado nunca, que no quiero hablar contigo? —le soltó enfurruñada, pero al mismo tiempo halagada porque él hubiera hecho ese esfuerzo.

Alek cerró los ojos un momento y sacudió la cabeza.

—No lo hagas más difícil —pidió el croata—. ¿Crees que si no me importases estaría aquí? ¿Crees que habría insistido tanto en contactar contigo si realmente hubieras sido un pasatiempo para mí? ¿Si lo único que de verdad buscase es que hablaras bien de mí en ese informe? Por favor, Erika...

De nuevo la agarró de ambos brazos y tiró de ella hacia su cuerpo.

Como la joven no se resistió, sopesando cada una de sus palabras, sumida en sus pensamientos, Alek aprovechó para llevarla a la cafetería del rincón, donde no había nadie y podían hablar con tranquilidad.

El hombre pidió un par de cafés al camarero y se sentaron alrededor de una mesa. Permanecieron en silencio hasta que el chico les trajo lo que habían pedido. Una vez que se marchó, Alek comenzó a hablar.

—No te dije nada porque no me importa en qué trabajas.

Erika lo miró a los ojos.

—Aun así, deberías... —intentó quejarse otra vez, pero Alek le puso un dedo en los labios.

—No empieces con lo mismo de nuevo. —Retiró el dedo de su boca y prosiguió—. ¿Cómo puedo hacer que lo olvides? —quiso saber frustrado.



—Traicionaste mi confianza —lo recriminó Erika.

—Tú también podías habérmelo dicho —la acusó.

—Sabes que eso no es posible. Yo no puedo ir por los hoteles diciendo: «Hola, soy un cliente *mystery* y he venido a hacer una inspección». El personal me haría la pelota y el informe no sería real. Mi trabajo no habría servido para nada.

Alek agarró su mano por encima de la mesa.

—Lo sé y lo entiendo. Pero ¿no puedes comprender que cuando tuve esa información ya estaba enamorándome de ti? ¿De tu personalidad? ¿De tu risa? ¿De tus ojos? ¿De tu boca? No me importó nada. Solo supe que me sentía bien contigo y que quería que aquello que comenzaba durase. Hacía mucho tiempo que no estaba tan ilusionado con una mujer. Y tuve miedo, sí, miedo de que sucediese precisamente lo que nos está pasando ahora.

Erika lo escuchaba con el corazón luchando contra su cabeza. Uno le decía que lo perdonase; la otra se negaba.

—¿Qué hubiera ocurrido si dentro de un tiempo yo te hubiera dicho qué era lo que hacía en Dubrovnik, en tu hotel? —quiso saber ella—. ¿Me habrías seguido engañando o me hubieras dicho la verdad, que ya lo sabías?

Alek meneó la cabeza.

—No lo sé. Probablemente te hubiese confesado que lo sabía.

—Aun a riesgo de que me enfadase contigo como lo estoy ahora —replicó ella.

—Pero ya estaríamos viviendo juntos y me sería más fácil redimirme.

Erika notaba la mano de Alek abrigando la suya, con el dedo pulgar trazando círculos en su dorso. Sintió que sus neuronas se fundían poco a poco con aquel delicado roce y retiró su mano. Las necesitaba todas intactas.

Agarró la taza de café y bebió un poco.

—¿Qué tal está Elizabeta? —preguntó para cambiar de tema.

—Bien. Cuando le he dicho que venía a España a verte se ha puesto muy contenta. Quiere que vayas a visitarla, que le compres helados y le hagas trencitas en el pelo. Quiere que juegues con ella en el mar como aquel día de playa que pasamos juntos. Mi hija te ha cogido cariño en poco tiempo —hizo una pausa y añadió—. Como yo.

Erika ignoró el último comentario.

—¿No deberías estar con ella este fin de semana?

—Sí, debería, pero hablé con Ivana, le conté lo que nos pasaba y me dijo que viniera a buscarte. A la niña la puedo tener cualquier otro fin de semana. Además, sabiendo que iba a viajar, he aprovechado para estar con ella casi todas las tardes.

La joven se maravilló una vez más de la buena relación que Alek tenía con su ex.

—Erika, por favor, olvida lo que ha pasado. No fue mi intención ocultarte nada ni engañarte. Simplemente para mí no es importante el empleo que tengas. Yo te quiero a ti, no a tu trabajo. Aunque, gracias a él, nos conocimos —explicó de nuevo con voz dulce, agarrándola otra vez de la mano.

Ella no sabía qué hacer. Tenía una lucha de sentimientos interna y no se decidía.

—Necesito pensarlo —pronunció al fin—. Me han engañado muchas veces en mi vida y este ha sido otro palo más que me he llevado.

—No me compares con tus otros novios. Yo no te he sido infiel —replicó Alek molesto—. Desde el primer día que te conocí he sido sincero contigo. Te he abierto mi corazón, te he contado toda mi vida, ¿y no puedes perdonar una pequeña omisión?

Erika se soltó de nuevo de su agarre.

—Necesito recuperar la confianza en ti —declaró mirándolo a los ojos, a esos ojos que había echado de menos esas dos semanas.

—¿Y cómo pretendes que consiga que confíes de nuevo en mí si tengo que marcharme a Dubrovnik mañana mismo? No puedo quedarme, Erika. No tengo vacaciones hasta que acabe la temporada alta. ¿Pretendes dejar en *standby* lo nuestro casi cuatro meses? —preguntó él desesperado.

—No lo sé —admitió ella también confusa— No sé cómo voy a hacerlo ni cómo puedes hacerlo tú, pero necesito confiar en ti otra vez.

Se levantó de la silla con ánimo de marcharse.

—No te vayas todavía, por favor —suplicó Alek con tristeza.

Pero Erika lo ignoró. Dio media vuelta y salió de la cafetería.

Él, viendo que se escapaba su oportunidad, corrió tras ella después de dejar un billete sobre la mesa para pagar los cafés.

La alcanzó a medio camino de las escaleras mecánicas, deteniéndola con un abrazo por la espalda.

—Por favor, Erika —susurró en su pelo.

Ella se volvió entre sus brazos y lo miró.

—Si tengo que viajar a Madrid todos los fines de semana hasta que me perdones, lo haré —prometió Alek—. Si me tengo que poner de rodillas delante de un montón de gente, lo haré —dijo, colocándose en ese instante justo cómo había dicho.

La gente a su alrededor los miraba, imaginándose una pequeña pelea de enamorados y la posterior reconciliación.

—¿Qué haces? ¡Levántate ahora mismo del suelo! —masculló entre dientes Erika.

Pero Alek, con sus manos en la cintura femenina, mirando a Erika como si fuera un pecador que necesita ser absuelto y está clamando por una penitencia justa, no se movió.

—Alek, por favor... —suplicó ella mortificada.

—Dime que me perdonas. Dime que vas a venirte conmigo a Dubrovnik.

Erika lo pensó unos instantes. De verdad creía capaz a Alek de plantarse en Madrid todos los fines de semana hasta que lo perdonara, aunque eso supusiera pasar menos tiempo con su hija, con lo importante que era la niña para él.

Verlo allí, de rodillas ante ella, rodeados de gente, sin importarle el qué dirán, implorándole una nueva oportunidad, hizo que su corazón se ablandase.

Además, ella también lo quería y, a pesar de esta pequeña riña, deseaba unir su vida a la de él. Reconoció que se había molestado por una tontería, algo sin importancia. Debido a su testarudez y al miedo a que fuera la primera de muchas mentiras había estado a punto de perder a un buen hombre. A un hombre que le podía dar el amor de cinco estrellas que ella siempre había buscado. Alguien en quien confiar, con quien compartir su vida, que la amase incondicionalmente.

Se inclinó sobre la cara de Alek, cogiéndosela con las manos.

—Te quiero —fue su respuesta, antes de fusionar sus labios con la boca

masculina.

La gente que había a su alrededor prorrumpió en aplausos y vítores, contentos de la reconciliación que acababan de presenciar.

Alek se levantó poco a poco del suelo, sin soltar a Erika y continuó besándola como si el mundo fuera a acabarse esa tarde.

# Epílogo

*Cinco años después...*

La sintonía del programa *Madrileños por el mundo* sonó y tras unos segundos escuchándola, la voz de la periodista comenzó a relatar:

—Empezamos nuestro recorrido por el sur del país. Dubrovnik es el destino más famoso de la costa dálmata y Erika es una madrileña que trabaja en un restaurante que está en la lista de los diez más románticos del mundo.

Un rótulo informando sobre Erika, su edad y cuántos años llevaba en la ciudad, apareció junto a la foto de la española.

—¡Hola! —saludó a la cámara con una sonrisa de bienvenida—. ¿Qué tal?

La melodía del programa volvió a escucharse antes de dejar paso a la explicación que Erika iba a dar sobre su vida en Croacia.

—Bueno, pues este es el Buza y yo trabajo aquí. Soy la asistente de mánager del restaurante. Las vistas como podéis comprobar son impresionantes; es un entorno idílico. He visto muchas pedidas de mano desde que comencé a trabajar aquí hace cuatro años. Mi turno termina justo ahora, así que si me esperáis, me cambio de ropa y nos vamos a recorrer la ciudad mientras os explico su historia.

El reportaje seguía con Erika contando que fue a Dubrovnik para unos días y se enamoró de un croata que le robó el corazón. Desde entonces, vivía allí con él y con la familia que habían formado entre los dos.

Tras pasear por la ciudad y explicarle varias curiosidades de ella, fueron al encuentro de Alek y sus tres niños.

—Este es mi marido, Alek —contó Erika a la cámara—. Trabaja de *mâitre* en el Ragusa Princess Palace y estos son mis hijos: Elizabeta, de once años; Darius, que tiene tres y la pequeña Natasha, de ocho meses.

La periodista no preguntó cómo era posible que tuviesen ya una niña de once años y Erika no le dio más información. Se imaginaría que era fruto de una relación anterior de alguno de los dos.

Continuaron el paseo hasta que encontraron a otro «madrileño por el

mundo» y Erika se despidió de la periodista, dejándola a cargo de su compatriota.

—Bueno, pues no ha estado tan mal —dijo Erika, tumbada en el sofá de su casa, tras ver en el ordenador por internet, el programa completo que habían grabado días antes.

Su marido agarró el portátil y lo dejó sobre una mesa cercana. Después, regresó junto a su esposa y se tendió a su lado, apretándose contra ella para no caerse del sofá.

—Sales muy guapa —la piropeó Alek, inclinándose sobre Erika para besarla.

—Tú también. —Ella le echó los brazos al cuello para atraerlo más todavía—. Y los niños igual —murmuró, antes de apoderarse de la boca de su marido.

Se habían casado a los pocos meses de que la madrileña se marchase a vivir con Alek a la vieja Ragusa, en una ceremonia civil muy emotiva en el Palacio Sponza, rodeados de familiares y amigos.

De pronto se oyó el llanto del bebé y el matrimonio rompió el beso.

—Voy a ver qué le pasa a Natasha —dijo Alek, levantándose del sofá.

—Te esperaré arriba, en nuestra cama. No tardes.

Erika le guiñó un ojo cómplice mientras se alzaba también ella.

Alek le dio un fugaz beso y corrió escaleras arriba para ir a ver a la pequeña de sus hijas.

—Se le había caído el chupete —contó varios minutos después, entrando en la habitación.

Al ver a su esposa desnuda en mitad de la cama, el deseo se apoderó de él con tanta fuerza que a punto estuvo de hacerle caer de rodillas.

Se aproximó a Erika despacio, disfrutando al máximo de la excitación del acercamiento, recreándose en cada recoveco de la fisonomía femenina, dando gracias al cielo por tenerla en su vida.

Se tumbó sobre ella tras despojarse de su ropa y comenzó a besarla.

Erika no paraba de suspirar mientras las caricias de su hombre la incendiaban.

Y así, entre beso y beso, entre caricia y caricia, hicieron el amor al tiempo que Alek le susurraba lo mucho que la amaba.

**Fin**

# Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a mi amiga Teresa Lozano por toda la información que me dio sobre Dubrovnik. Por soportar mis preguntas y responderlas con paciencia. Han sido largas horas de conversaciones vía WhatsApp sobre esta ciudad medieval, en la que nuestra amistad en la distancia se ha fortalecido aún más. Ella ha sido mis ojos, mis oídos, mi tacto, mi olfato y mi gusto en la Perla del Adriático. Muchísimas gracias, guapa.

En segundo lugar, agradezco a Verónica Antonio Gutiérrez toda la información que me facilitó sobre el organigrama y el trabajo que se realiza en un hotel. También la acosé con preguntas a todas horas, consultándole dudas y demás, y ella respondió con amabilidad, educación y mucha paciencia. Me explicó todos los intrínquilis de un hotel de cinco estrellas, súper lujo, y de todo corazón se lo agradezco.

A Laura Sanz por toda la información que me facilitó sobre las personas diabéticas y a Paco ;)

Debo agradecer también a todas las personas que respondieron a la publicación que puse en Facebook aquel 30 de agosto de 2018, en la que preguntaba por las anécdotas que habían vivido en los hoteles en los que se habían alojado: Cristi P. Blanco, Arancha Eserverri Barrau, Ángela Franco, Isa Pérez Sierra, Iris T. Hernández, Eva M. Soler, Aroa R. Cantero (Sra. de Cavill), Isabel GD, María Arribas, María Sánchez Polo, Estefanía Jiménez, Clara Álbori, María Camús, Sayo Hernández Mesa, Noelia Tejada Casero, Ana Urrea, Jossy Loes, Estrella Correa, Ñeckis Carmen García, Esther Pérez Galbis, Lorena Doncel, Nuria Ortega y Amara Sánchez Gómez. Muchas gracias a todas, chicas, me ayudasteis un montón. Mil besos.

A mi marido y mis dos hijos, que son mi pilar fundamental, que me sostienen, me apoyan y me bajan de las nubes. Que soportan mis ausencias y me dan libertad para escribir un capítulo más. Os quiero.

A mis padres, hermanos, cuñadas, primas, primos por entender que no siempre puedo coger el teléfono porque estoy escribiendo y se me va la inspiración o que no puedo ir a verlos porque estoy hasta arriba de eventos,



presentaciones, etc.

A mis amigas, sobre todo a Vanessa Valor y Mónica Quiroga, mis lectoras cero. Como siempre es un placer contar con vuestras distintas visiones sobre el manuscrito. Gracias por volcaros de nuevo con una historia mía para mejorarla con vuestras críticas constructivas.

A las compañeras de letras que he ido conociendo a lo largo de estos años, que me han mostrado su apoyo de una u otra manera.

A todas las lectoras y lectores que me siguen por Facebook e Instagram. Gracias por estar ahí al pie del cañón.

A las organizadoras de los diversos encuentros de romántica, cafés literarios, clubes de lectura y demás, por acercarnos a autoras y lectoras. Supone un esfuerzo muy grande y eso es de agradecer.

A Manuela Bravo, de Librería Bravo, Fuenlabrada (Madrid) por abrirme siempre las puertas de su maravillosa casa para hacer mis presentaciones. Por acogermme con tanto cariño y apoyar a todas las escritoras que acudimos a su librería, promoviendo la lectura. También agradezco al resto de librerías que nos ayudan a que la romántica sea más conocida. Librería Cala, Librería Bibliopola, Librería Biznaga, Librería-Papelería Universal y tantas otras.

A todas las personas que elijan esta novela para entretenerse. Espero que hayáis pasado un rato divertido.

Y por último, pero no menos importante, a Ediciones Kiwi y a mi editora Teresa, por darme la oportunidad de participar en este proyecto. Por seguir confiando en una historia escrita por mí. Por escucharme, por cuidarme. Y a Borja por las portadas tan chulas que hace. Seguimos sumando. ¡Y lo que nos queda!